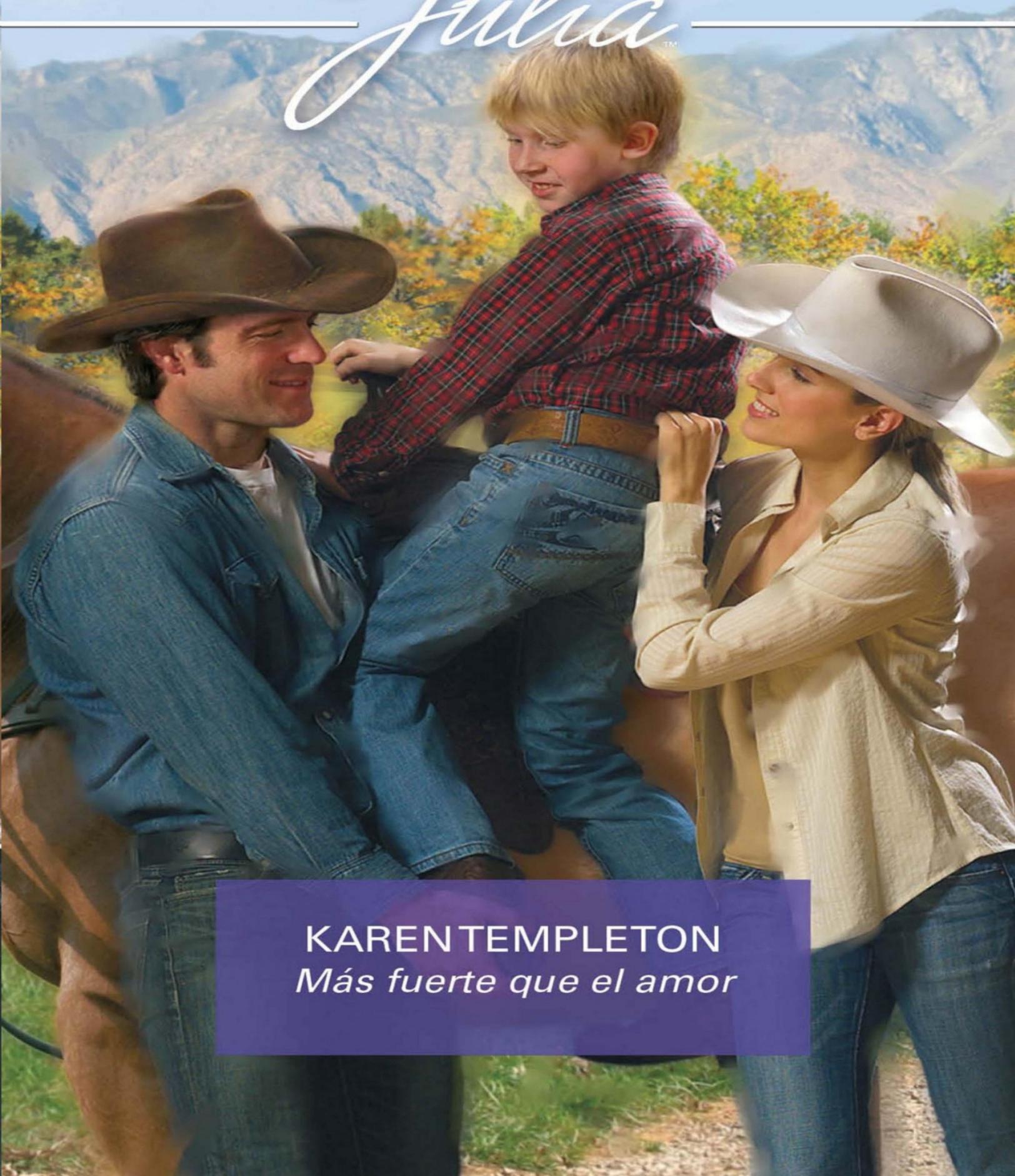


 HARLEQUIN™

Julia™



KAREN TEMPLETON
Más fuerte que el amor

Julia.

KAREN TEMPLETON

Más fuerte que el amor



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2008 Karen Templeton-Berger
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Más fuerte que el amor, n.º 1789- junio 2019
Título original: A Mother's Wish
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.

Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1307-871-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Visita: www.theespaciodevale.blogspot.com

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

CON los ojos entornados para protegerse del sol, Winnie Porter se paró en la puerta del Skyview Gas 'n' Grill. Fuera, el implacable viento azotaba el árido oeste de Tejas con su grito lastimero.

«Muy apropiado», pensó mientras escuchaba la insistente llamada de la I-40. «Vamos, chica, adelante», parecía decirle el viento, fiel reflejo de la inquietud que la invadía.

Desplazó el peso sobre un pie y se secó la sudorosa mano con los pantalones, vaqueros, de suave tela. Por encima de la camiseta de algodón, las puntas de sus cabellos mojados le acariciaban los hombros. Annabelle, su border collie, hundió el hocico en la pantorrilla de su dueña, como si quisiera decirle, «¿Nos vamos ya? Yo iré de copiloto, ¿vale?».

– Toma. Pero no te lo comas todo antes de llegar a Amarillo.

– Gracias – contestó Winnie tomando una abultada bolsa, con suficientes provisiones para que una familia pasara el invierno. Se sentía algo incómoda ante la acusadora mirada negra de Elektra Jones.

– No hace ni una semana que murió la señorita Ida...

– Lo sé.

– Y lo único que vas a hacer es provocarte más sufrimiento.

– No puedo sufrir más de lo que he sufrido durante los últimos nueve años.

– Pero, todo este tiempo, dijiste...

– Me equivoqué – interrumpió Winnie –. Y no vuelvas a empezar con que me necesitas aquí, E, sabes tan bien como yo que llevas este lugar tú sola. Sobre todo desde hace un año...

La voz de Winnie se entrecortó al contemplar el legado de Ida Calhoun a su única nieta: una destartalada gasolinera-tienda-cafetería cuya única virtud era la proximidad a la interestatal. Desde los diez años, aquel lugar era su refugio y prisión. Y, de repente, era de su propiedad.

– Ni siquiera me echarás de menos – dijo Winnie.

– Ahí te equivocas – dijo Elektra a punto de llorar.

«No te atrevas, E, maldita sea», pensó Winnie.

– Demonios – murmuró E antes de agarrarla y atraerla contra su no desdeñable pecho.

– Sólo será una semana, por el amor de Dios.

– Aun así – Elektra le prodigó un último apretón –. ¿Tendrás cuidado, querida?

Winnie asintió, incapaz de hablar.

Minutos más tarde, con la música atronando desde la radio y Annabelle gruñendo al viento desde el asiento del copiloto, Winnie se lanzó por la interestatal detrás de un enorme camión con matrícula de Alabama, y se dirigió hacia el oeste a lo que se imaginaba sería una estupidez.

Horas después, se bajó del coche frente a un enano de adobe, agachado en el bosque, que llevaba un ridículo sombrero rojo de chapa. Annabelle, se lanzó hacia la espesura de piñones y amarillentas hojas de roble y se revolcó en el aire más puro que Winnie hubiera respirado jamás. Echó un vistazo al cielo azul, casi del mismo color que la gastada pintura de la puerta de la casa. «Podré soportarlo», pensó mientras el viento helado le ponía la piel de gallina.

Sacó una camisa de manga larga del asiento delantero en el momento en que un Toyota Highlander blanco se detuvo tras ella. Supuso que se trataría de la agente inmobiliaria, y sus sospechas se vieron confirmadas cuando una chica de cabellos oscuros, muy guapa y muy embarazada, salió del coche.

— ¡Tú debes ser Winnie! Soy Tess Montoya, hablamos por teléfono —la chica abrió la puerta trasera para dejar bajar a un niño de oscuros cabellos—. Ya te dije que no te hicieras ilusiones.

— ¿Bromeas? — Winnie tiritó mientras sonreía al niño que se agarraba a la falda de su madre. Después se volvió para contemplar los cosmos rosas que flanqueaban la puerta y las pequeñas ventanas, de marcos azules y pintura desgastada, hundidas en unos gruesos muros—. ¡Me encanta! — rió mientras agarraba la bolsa y el saco de dormir del asiento trasero del coche, antes de seguir a la charlatana agente al interior.

— Desgraciadamente, la electricidad y la fontanería no siempre funcionan bien — dijo Tess mientras se acariciaba la barriga y Winnie desviaba la mirada—. Mi tía, la asistente de la dueña, pasó aquí una temporada antes de irse a vivir con la familia. Por eso sé que la casa es habitable. ¡Al menos durante una semana! Aunque sigo sin comprender por qué tanto empeño en quedarte en Tierra Rosa. Si me hubieras dicho Taos o Santa Fe...

— Esto está muy bien. De verdad — dijo Winnie mientras dejaba caer el equipaje ruidosamente sobre el estropeado suelo de madera. Las paredes blancas carecían de adornos. Junto a la chimenea había un sofá y una silla a juego, ambos con desgastados asientos de cuero, una enorme mecedora y una cama de matrimonio con el cabecero de madera. La cocina estaba formada por un viejo aparador, un oxidado fregadero, una vieja cocina de gas y una mesa desgastada con dos sillas desparejadas. Una puerta baja conducía a un minúsculo cuarto de baño, claramente añadido a la casa, con una bañera con patas.

Pero el lugar estaba immaculado y unas esponjosas toallas colgaban del toallero. Y la gruesa colcha y suaves almohadones de la cama la llamaban a gritos.

— Es... acogedor — dijo ella, provocando la risa de Tess.

— Bonita descripción. Escucha, lo siento, pero tengo un montón de cosas que hacer antes de que este personajillo se asome al mundo. Aquí tienes mi tarjeta — dijo mientras dejaba una tarjeta sobre la mesa y se dirigía a la puerta—. Llámame si necesitas algo. O a mi tía, vive en lo alto de esa colina, te he dejado su número. ¡Miguel! No cariño, deja en paz al perrito.

— Creo que es al contrario — rió Winnie mientras apartaba a Annabelle del niño que reía encantado con el rostro húmedo de babas de perro.

— No dejo de pensar en regalarle un perro, pero su padre no está y con el bebé... —

Tess suspiró.

Winnie observó alejarse el coche por el polvoriento camino. Annabelle saltó sobre la cama, dio tres vueltas y se derrumbó con una mirada alegre, «¿Ésta es nuestra casa ahora?».

—Sólo durante una semana —dijo Winnie con una punzada de ansiedad en el estómago mientras las palabras de Elektra resonaban en su cabeza—. A lo mejor.

Abrió la puerta trasera de la casa y salió a un claro del bosque. El estridente grito de un pájaro le hizo levantar la vista a tiempo de ver el aleteo de unas alas azules. Un grajo buscaba piñas entre las ramas. Cerró los ojos y saboreó el ambiente mientras se decía que si aquello no salía bien, al menos, y después del último año, años, habría cosas peores que pasar una semana en el paraíso.

Sin embargo, la sonrisa de Winnie se esfumó al abrir los ojos y ver las marcas recientes de bicicleta en el camino de tierra que desaparecía en el bosque. Con el ceño fruncido, se volvió y siguió el camino que llegaba casi hasta la casa y moría junto a un montón de leña que estaría lleno de cosas con ocho patas o, peor aún, sin patas, pero con escamas y lenguas bífidas.

Algo crujió en el bosque. Winnie se giró presa del pánico y vio a Annabelle desaparecer alegremente... y recibir una descarga de piñas, cortesía de una ardilla chiflada. El perro miró, confuso, hacia arriba antes de volver a toda prisa para ocultarse entre las piernas de Winnie.

Casi sin aliento, el niño se aferraba al manillar de la bicicleta, regalo de cumpleaños, una bicicleta de montaña, justo la que había pedido, mientras contemplaba a la señora y su perro entre los árboles. Se limpió la nariz con el dorso de una mano mientras su pecho estallaba de ira. «¡Aléjate de mi casa!», quiso decir, pero su garganta no emitía sonido alguno.

—¡Robbie! ¡Ro-bie!

Robson se volvió ante el grito de Florita. Si no volvía pronto, ella se preocuparía, y se lo contaría a su padre, y él se preocuparía, y todo iría mal. De modo que, tras un último vistazo a la señora que reía junto a su estúpido perro, pedaleó lo más deprisa que pudo de regreso.

—¿Dónde estabas? —preguntó Florita cuando el niño entró en la soleada cocina.

Las baldosas azules y amarillas hicieron que Robson se sintiera al mismo tiempo mejor... y triste. Porque las había elegido su madre.

—He ido a dar una vuelta —dijo Robson, aún jadeante, mientras se dirigía hacia la nevera plateada en busca de un zumo. Sentía la mirada de Florita en la nuca, como si pudiera ver a través de él. Le gustaba Flo, pero, a veces, veía demasiado. Y por amable que fuera, no era su madre. Su madre había sido todo dulzura con unos cabellos largos, negros y plateados, y sedosos. El pelo de Flo también era oscuro, pero áspero y encrespado. Además, llevaba demasiado maquillaje y vestía como una adolescente, como si tuviera miedo de envejecer.

Su madre siempre había dicho que envejecer no le asustaba porque formaba parte de la vida. Robson sintió un nudo en la garganta y se dio cuenta de que Flo le hablaba.

—¿Qué?

—Uno de estos días —Flo puso los ojos en blanco—, te lavarás las orejas y por fin oirás algo de lo que yo te diga, y yo me desmayaré del susto —Flo siempre hablaba en ese tono, pero no estaba enfadada—. Decía que tu padre se va a Garcia, ¿quieres ir con él?

—No. No importa —dijo Robbie mientras recibía una mirada comprensiva de Flo. Desde que su madre había muerto, su padre pasaba cada vez más tiempo en el estudio, pintando, y no tanto tiempo como solía con él. Flo siempre decía que intentaba superar la muerte de su madre. Y eso enfadaba a Robson, porque resultaba que él también la echaba de menos. Muchísimo. Y le dolía no poder hablar de ello con su padre. Pero, cada vez que lo intentaba, su padre se derrumbaba. De modo que Robson había dejado de intentarlo. Porque, ¿de qué serviría?

—No puedes rendirte —dijo Flo con dulzura, como si le hubiera leído el pensamiento.

Robson sabía que no iba a dejarle en paz si no accedía, de modo que se terminó el zumo, fue al baño y se arrastró hasta el estudio de su padre.

Una vez allí, pestañeó para acostumbrarse a la brillante luz que provenía de las ventanas del alto techo. A Robbie le gustaba el olor de aquel lugar, a óleos y madera y esas cosas que su padre utilizaba para fabricar los lienzos antes de empezar a pintar. La música atronaba toda la sala. De pequeño, a Robbie le gustaba gritar allí su nombre a pleno pulmón para escuchar el eco.

Su padre limpiaba uno de los pinceles con el ceño fruncido. Al menos eso parecía, porque no resultaba fácil de adivinar con los oscuros rizos que casi le cubrían el rostro. Robbie se mesó sus propios cabellos, mucho más claros y casi tan largos. Flo siempre decía que necesitaban un corte de pelo. Tampoco se afeitaba a diario, y Flo también opinaba sobre eso.

Robbie contempló la pintura. Algunos de los lienzos eran tan enormes que hacía falta un andamio para llegar a la parte superior. Pero el que pintaba en aquel momento era pequeño. Los colores eran brillantes, naranjas, morados, rosas y verdes, como la vista desde su ventana a la puesta del sol. Pero, en lugar de resultar bonito, parecía que los colores se estuvieran peleando.

—¿Te gusta? —preguntó su padre. Su padre hablaba distinto al resto de la gente porque era irlandés.

Robbie distinguió en sus ojos esa mirada triste que tanto odiaba.

—¿Para quién es?

—Para mí —dijo su padre.

—Ah —contestó Robbie antes de añadir—. Flo dice que vas a ir a Garcia.

—Sí, han recibido un pedido para mí —a menudo recibía en la vieja tienda de la autopista algún material de arte, en lugar de recibirlo en su casa, de más difícil acceso para los camiones. Además, no le gustaba que nadie husmeara en su trabajo—. ¿Te apetece venir?

—Claro —dijo el niño de forma casual—. ¿Podré comprarme un helado?

El padre sonrió, aunque sus ojos reflejaban la misma tristeza de siempre, como si pretendiera pedir disculpas. Como si la muerte de su madre hubiera sido, en algún modo, culpa suya.

—Trato hecho —contestó su padre mientras tomaba a Robbie en brazos y el niño lo

abrazaba con todas sus fuerzas, sin importarle que la cara de su padre pinchara como un puercoespín.

El letrero del escaparate estaba escrito a mano:

Permitida la entrada a perros y niños únicamente si van acompañados de un adulto.

«No tendré problemas para amar una ciudad que tiene tan claras sus prioridades», pensó Winnie mientras soltaba a Annabelle frente al gran edificio de estuco que se levantaba aislado en medio de la autopista. Además, según el cartel más grande, también escrito a mano, junto a la carretera, era la única gasolinera de Tierra Rosa. Tendría que tenerlo en cuenta.

A un lado de la entrada había una serie de mecedoras flanqueadas por carretillas de madera repletas de maíz, melones y manzanas. Dos de las mecedoras estaban ocupadas por una pareja de ancianos desdentados que estudiaron a Winnie, protegidos por unos ajados sombreros, mientras subía la escalera junto a Annabelle. Ella los saludó con una inclinación de cabeza y ellos respondieron del mismo modo.

Por dentro, el edificio entarimado era la versión moderna de las antiguas tiendas de ultramarinos. Había de todo, desde pañales a aperos de pesca, cenas preparadas, aceite para coches, unos Levis o unos Rice Krispies. Además de comida, gasolina y casi cualquier cosa, un cartel en el mostrador proclamaba que era la oficina de correos y que había buzones disponibles.

Aparte de los viejos de las mecedoras, Winnie y Annabelle eran los únicos clientes. Junto a la caja registradora, una bonita adolescente morena, vestida con una blusa escotada apoyaba la barbilla en una mano sobre el mostrador mientras ojeaba lo que parecía un libro de texto y tomaba notas en un cuaderno de espiral. De pie junto a ella, un adolescente muy alto intentaba hacerle arrumacos.

— ¡Déjalo ya, Jessie! — dijo ella mientras se apartaba exageradamente—. Tengo un examen mañana.

— Venga ya, Rach... sólo un besito. ¿Por favor?

Ella rió y el chico lo interpretó como una invitación.

Winnie hábilmente empujó el vetusto carrito hacia el fondo de la tienda mientras pensaba en lo bonito que era el amor, pero tras una enorme oleada de *déjà vu*, estuvo a punto de volver sobre sus pasos e intentar meter un poco de sentido común en esas cabezotas adolescentes. Porque nadie mejor que ella sabía adónde podía llevar toda esa pasión.

Sin embargo, sonrió y siguió su camino mientras se recordaba que no todas las adolescentes que se dejaban besar acababan embarazadas. Algunas eran lo bastante listas como para no permitir que las cosas fueran tan lejos. O al menos, para asegurarse de que no hubiera consecuencias.

— ¿Necesita ayuda? — gritó la chica, casi como si le importara.

— Pues... — Winnie asomó la cabeza por encima de una estantería—. ¿Comida para perros?

— Al fondo a la derecha. También está en oferta el helado. Casi cuatro litros por seis pavos.

—Gracias —Winnie cargó un saco de veinte kilos de pienso en el carro antes de dirigirse al congelador, ya que la chica se había molestado tanto en empujarla en esa dirección. Perdida entre chocolates y mentas, apenas oyó la puerta abrirse por lo que necesitó unos segundos para asimilar la profunda voz masculina con fuerte acento irlandés que preguntaba por un paquete.

— Ah, sí, el señor Black — dijo la chica —. Está ahí mismo, iré a buscarlo...

Sintiendo una violenta subida de adrenalina, Winnie se escondió tras un expositor de cañas de pescar para echar un vistazo. Un segundo después, un chico rubio apareció en su campo de visión y abrió el congelador para sacar de él un helado. Winnie contuvo el aliento, mientras el chico se volvía con ojos muy abiertos, y algo en su interior explotó.

No había necesitado más de cinco minutos en Internet para conseguir el artículo, con foto incluida, del solitario paisajista y su esposa, de sonrisa mucho más amplia y relajada que la de su, visiblemente más joven, esposo. El artículo describía, con fotos incluidas, la maravilla en madera y cristal, en parte destinada al alto techo del estudio, diseñada para albergar los enormes lienzos del «vaquero irlandés», que Aidan y June Black habían construido en las montañas que bordeaban el pintoresco pueblo de Tierra Rosa, al norte de Nuevo México.

El corazón de Winnie se había paralizado ante la imagen del único hijo de los Black. Un niño adoptado, aunque el artículo no mencionaba ese detalle. En aquella época tenía siete años, dos menos que en ese momento, y sus cabellos eran de un rubio casi blanco.

El mismo color que los cabellos de Winnie a su edad...

— ¡Guau!

Annabelle apareció frente al chico, meneando el rabo. «¿Niño quieres jugar conmigo? ¿Por favor?». Con el ceño fruncido, el chico miraba del perro a Winnie y vuelta al perro.

— Está bien — dijo Winnie —. No le haría daño a una mosca aunque la pisoteara.

Lentamente, el niño se arrodilló en el suelo para darle una palmada a Annabelle y el perro se volvió loco, «le gusto al niño», mientras le intentaba lamer por todas partes. El chico reía encantado, pero, de inmediato se puso en pie, como si fuera consciente de que no debería jugar con un perro extraño. Ni con el perro de un extraño. Los ojos se posaron en los de Winnie, acusadores, sospechosos. Dolidos. Y de un extraño color azul grisáceo... como los de ella, salvo por las motas doradas junto al iris.

— ¿Eres la señora que vive en la casa vieja? — la casa vieja era su nombre, no una descripción.

— Sólo durante unos días — «también tiene mi nariz. Para meterla en líos, seguro», pensó ella —. ¿Me... viste?

— Sí. Antes — el chico alzó la barbilla —. Entre los árboles. Yo iba en bici.

Las marcas de bicicleta.

— Y... ¿te gusta jugar por esa zona?

— A veces — el niño se encogió de hombros.

Winnie sonrió ante la belleza del niño, su osadía; ante el ridículo aspecto de sus largos cabellos que llegaban casi hasta el hombro, brillantes y sueltos como los de una chica. Aun así, ella supuso que su punto fuerte en la escuela sería su altura, que le hacía parecer un niño de diez, incluso once años, en lugar de los nueve recién cumplidos.

Con el rostro ardiendo, se volvió hacia el congelador y eligió un helado de tarta de queso con fresa mientras evitaba pensar en que el crío podría aparecer por su casa en cualquier momento.

—Robbie, ¿dónde estabas?

Ambos se quedaron mirando a Aidan Black, mucho más desgredado y rudo de lo que ella recordaba, materializado al final del pasillo y a punto de provocar que el corazón saliera disparado del femenino pecho. Una segunda ojeada le confirmó que no se trataba del delicado y sonriente joven, con su acento musical tan suave como los batidos de chocolate de Elektra, que había conocido apenas dos semanas antes de dar a luz al bebé que se convertiría en su hijo. Los cálidos y alegres ojos verdes ya no brillaban. Parecía el mismísimo diablo.

Un diablo que, a pesar de lo mucho que ella misma había cambiado, la reconoció al instante.

Y no se alegró lo más mínimo.

Ya no llevaba los pelos de punta y teñidos de color azabache, pero no había posible error en esos ojos azules grisáceos, en la determinación de la mandíbula, en los largos brazos y piernas.

—Es la señora que vive en la casa vieja —dijo el niño.

«Flo es mujer muerta», pensó Aidan.

—Tenemos que irnos —murmuró mientras agarraba a su hijo, su hijo, de la mano y prácticamente se lo llevaba en volandas con la esperanza de que la «señora», hubiera captado el mensaje de que si se atrevía tan siquiera a abrir la boca...

Tras pagar el helado, empujó a Robbie al interior del camión y se sentó al volante.

—¿Papá? —dijo Robbie con cautela una vez de vuelta a la autopista—. ¿Qué sucede?

«Por dónde quieres que empiece», pensó Aidan.

—Nada, muchacho —murmuró.

Tras coronar la colina, miró de reojo a su hijo que tenía la mirada fija en un campo de calabazas.

—Si quieres podemos parar —dijo, pero Robbie no se movió—. Podemos elegir el mejor ejemplar.

Tras unos segundos, Robbie negó con la cabeza. Aidan no necesitaba mirarlo a la cara para saber que lloraba. Con sus propios ojos inundados de lágrimas, siguieron adelante mientras una profunda tristeza le invadía.

—¿Y no se te había ocurrido decirme a quién le había alquilado Tess la casa vieja? —Aidan esperó a que su hijo estuviera enfrascado en un videojuego antes de enfrentarse a la asistenta.

Había cedido de mala gana a la insistencia de Flo, a través de su sobrina, para alquilarle la casa a una mujer de Texas que quería alojarse en Tierra Rosa, y sólo en Tierra Rosa. Cualquier hombre habría sentido, como mínimo, curiosidad. Pero Aidan no era cualquier hombre y casi nunca se preocupaba por lo que sucedía en el pueblo en el que vivía desde hacía una década. ¿Por qué iba a interesarse por una mujer que

quería alojarse en ese lugar, y no en ningún otro?

«Porque soy idiota», pensó mientras Florita se volvía, dispuesta al contraataque.

—¿Y cómo iba yo a saber que era la madre biológica de Robson? Aunque Tessie me hubiera dicho el nombre de la mujer, no habría significado nada para mí, ya que nadie me dijo cómo se llamaba. ¿Verdad? De modo que ya puede parar el carro, jefe.

Aidan se dejó caer sobre una silla de la cocina mientras se frotaba el entrecejo. Era cierto. Dado que Flo había empezado a trabajar para ellos después de que Winnie Porter hubiera desaparecido de la ecuación, no hubo ningún motivo para revelarles su nombre.

—¿Tiene miedo de que esa mujer se la vaya a jugar? —Flo lo miraba con ansiedad.

—Miedo no. Estoy enfadado porque... —Aidan apretó los puños—. No tenían ningún derecho.

—Pero si fue una adopción abierta...

—Ella se desentendió hace más de ocho años.

—¿Cree que sabe lo de la señorita June? —Flo pareció reflexionar durante unos segundos—. ¿Cree que ha aparecido porque la madre de Robbie ha muerto?

—No tengo ni idea —Aidan suspiró y se puso en pie—. ¿Te importaría retrasar un poco la cena?

—¿Adónde va?

Pero Aidan ya había salido por la puerta con la sangre corriendo por sus venas con más fuerza de lo que había hecho en más de un año.

Capítulo 2

HACÍA años que Aidan no bajaba a la vieja casa de adobe en la que había vivido con June nada más instalarse en Tierra Rosa. Habían adquirido la propiedad y vivido allí hasta que las ganancias obtenidas con la pintura les habían permitido construir la casa nueva a menos de un kilómetro de la vieja, un kilómetro más lejos de la civilización. Aidan y June no eran famosos, ni formaban parte de las celebridades que se habían instalado en Nuevo México, pero valoraban su intimidad. Aidan sobre todo, y había protestado por el reportaje de la revista, pero June...

La camioneta se bamboleó por el camino de tierra hasta pararse frente a la casa vieja.

Adormilada en un rincón soleado del porche, la border collie saltó de inmediato y ladró. Un segundo después, la puerta de mosquitera se abrió y Winnie Porter apareció con las manos hundidas en los bolsillos del vaquero. Tenía las facciones más duras de lo que él recordaba, claro que la última vez que la había visto era una chica de dieciocho años, embarazada y agobiada, según June, por el peso y las noches sin dormir.

Aidan volvió a sobrecogerse, como años atrás, por la estatura de la mujer, y su porte casi masculino. No había nada dulce en ella, ni siquiera sus cabellos rubios completamente tiesos.

—Ya me imaginé que no tardarías en aparecer —ella lo miró con aire resuelto.

—¿Cómo demonios nos has encontrado? —Aidan se bajó de la furgoneta y se acercó lo justo para poder hablar. Lo justo para percibir la decisión marcada en la mandíbula de la mujer.

Ella se recogió un mechón de cabellos tras la oreja. A diferencia de años atrás, cuando llevaba los ojos pintados y más colgantes que una cantante country, no llevaba joyas ni maquillaje.

—Por Internet —dijo ella—. En un artículo de hace dos años. Así supe que vivíais en Tierra Rosa...

—Renunciaste a tu derecho a formar parte de la vida de Robson hace más de ocho años cuando nos suplicaste, suplicaste, que no te enviáramos más información sobre él.

—Lo sé —su voz reflejaba arrepentimiento—. Pero si me hubieses dado una oportunidad...

—¿Para qué? ¿Para alterar la vida de un chico de nueve años?

—¡No! —exclamó ella—. Jamás fue ésa mi intención —dijo ella—. Sabía que me la jugaba apareciendo así de repente.

—De jugártela nada —Aidan estaba tenso. En los ojos de la mujer se reflejaba que había algo más—. Más bien has hecho una estupidez.

—De haber sabido cómo contactar con vosotros, lo habría hablado con June y contigo antes.

—La madre de Robbie está muerta.

—Dios mío —ella dio un paso atrás—. No tenía ni idea...

—Del mismo modo que supongo que no tenías ni idea de que esta casa estaba en mi propiedad.

—Es cierto —dijo ella frunciendo el ceño—. Por el amor de Dios, no pensaba ir por ahí proclamando que os buscaba, al menos no antes de llegar aquí. ¿Cómo iba a saberlo?

—De manera que sólo has venido por si... por si... ¿qué? —Aidan se cruzó de brazos y el maldito perro se acercó, meneando el rabo, a modo de mediador.

—Por si, de algún modo, lograba verlo —ella hundió las manos en los bolsillos traseros, en un gesto humilde y desafiante a la vez—. Eso es todo. Sólo... verlo.

—¿Te crees que soy imbécil?

—No creo que nadie ponga en duda tu capacidad mental —ella casi sonrió mientras el perro volvía a su lado—. Hace poco que June murió, ¿verdad?

—Hace un año —Aidan se preparó para recibir la oleada de dolor, aunque ya no golpeaba tan fuerte como antes, y eso le generaba una sensación de culpa que a veces era peor—. Ya estaba enferma cuando se hizo el reportaje. Han sido dos años muy duros. Sobre todo para el niño.

—Me lo imagino —Winnie desvió la mirada antes de volver a posar sus ojos en él—. Mi abuela también ha muerto. Hará una semana más o menos.

De inmediato, Aidan intuyó que ese suceso había tenido algo que ver con la repentina aparición de Winnie. En su mente surgió el recuerdo de una mujer alta y autoritaria, con el pelo rojo y una mirada capaz de desollarle a uno vivo.

—Mi más sentido pésame.

—No hace falta —Winnie se puso tensa—. Como pudiste comprobar, la señorita Ida era la clase de mujer que siempre imponía su voluntad, y eso no incluía ayudar a criar al bastardo de su nieta adolescente.

—Aseguraste que la adopción había sido idea tuya —Aidan se puso rígido.

—Tenía dieciocho años y no estaba capacitada para criar sola a un hijo. Y sola habría estado, ya que el padre había desaparecido y mi abuela nos habría echado al bebé y a mí a patadas.

—¿En serio crees que habría llegado tan lejos?

—Ya la conociste —Winnie soltó una amarga carcajada—. ¿Tú qué crees? Además —susurró ella con la voz ahogada por la emoción—, por aquel entonces yo estaba de acuerdo con la idea de la adopción abierta. Poder mantener el contacto con mi bebé, recibir noticias tuyas de vez en cuando... —ella hizo una pausa para retirar nuevamente los cabellos del rostro.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Aidan mientras se preparaba para oír el resto.

—Cometí el error de sujetar a mi bebé en brazos. Consciente de qué era lo mejor y de qué sentía —los ojos de Winnie se humedecieron—. Pero por el bien de mi hijo pensé, «podré hacerlo. Puedo dejarle marchar». Salvo que no es fácil cuando hay ese pequeño hilo que os mantiene unidos. Tras unos meses, supe que si no cortaba ese hilo del todo, me volvería loca.

—Entonces, ¿qué haces aquí ahora?

—Al morir Ida —contestó ella—, se me ocurrió que no tenía más familia que él en todo el mundo. Ni tíos, ni primos, nada. A lo mejor esto sólo tiene sentido para mí,

pero yo... yo sólo quería asegurarme de que mi niño estaba bien, eso es todo. Por mi propia tranquilidad.

—Muy bien —susurró Aidan—. Ya lo has visto. Puedes volver a tu casa con la conciencia tranquila.

—Eso parece —dijo Winnie con tristeza.

De repente, Aidan cayó en la cuenta de que no era ira lo que le provocaba esos escalofríos.

Era miedo.

Incluso bajo la tenue luz del atardecer, se adivinaba claramente la expresión de «ni te atrevas a tocar a mi cachorro», en el rostro de Aidan Black. Al menos Winnie podía estar tranquila sabiendo que la adopción había generado un fuerte apego. De haber sido al revés, ella seguramente lo vería como una amenaza también.

Pero las cosas no eran al revés, eran como eran, y el hecho era que una mirada a su hijo no le había bastado. Algún día intentaría comprender cómo había pensado que le bastaría con verlo. Plenamente consciente de estar deslizándose sobre una fina capa de hielo... ya que estaba allí...

—Supongo que no querrás ni pensar en dejarme pasar un rato con Robbie...

—¿Lo dices en serio?

—Sólo como una amiga —Winnie tragó con dificultad—. Como tu hijo, no el mío. Y te doy permiso para mandarme al infierno...

—De vuelta a Texas me bastará.

—Ya sé que no confías en mí... —dijo ella mientras las lágrimas amenazaban con brotar.

—Y estás haciendo que ambos perdamos el tiempo —dijo Aidan mientras se dirigía al coche.

—Al menos podrías intentar conocerme —exclamó ella—. La persona que soy ahora, no la alocada adolescente que conociste sólo durante una hora. Jamás le haría daño a mi hijo. A ningún niño.

—Puede que no intencionadamente —Aidan se volvió hacia ella—, pero el resultado sería el mismo.

—¿Por qué? —dijo ella mientras avanzaba hacia el coche y en su cabeza oía una vocecilla que gritaba, «tonta, tonta, tonta»—. Aidan, te juro que no tengo ninguna intención de volver atrás en el tiempo. Incluso respetaré tu decisión si no le has dicho que es adoptado...

—¡Por supuesto que sabe que es adoptado! —exclamó Aidan mientras se agarraba a la puerta del coche—. Pero jamás ha mostrado ninguna curiosidad por sus padres biológicos, y además está destrozado por la muerte de su madre. ¿No crees que es más que suficiente para un niño de nueve años?

—Sí. Lo es. Yo he vivido lo mismo, de modo que tengo una idea bastante aproximada de cómo se siente Robson —ella hizo una pausa al identificar de repente la emoción que había visto en los ojos del niño en la tienda—. Demonios, lleva con él su pena como si fuera una bola atada a una cadena. Sí, se le nota a la legua —añadió al ver que Aidan arqueaba una ceja—. Si no quieres que sepa, de momento, que soy su madre

biológica, me parece bien.

Por primera vez, le pareció que Aidan vacilaba.

—Por favor —susurró ella—. Sé que pido demasiado, y tienes todo el derecho a negarte...

—Y lo hago —Aidan la miró con frialdad—. Lo siento, Winnie —añadió como si no le importara lo más mínimo—. No puedo correr ese riesgo.

Era ridículo sentir tanto dolor, sobre todo teniendo en cuenta las pocas expectativas que había tenido. En cualquier caso, aunque llegara a hablar con Robson, ¿qué sucedería si tampoco se quedaba satisfecha con ello? ¿Qué pasaría si volvía a Texas con el corazón aún más destrozado que antes, como había predicho Elektra?

Sin embargo, era demasiado tarde. Ya había abierto la caja de los truenos.

—¿Al menos sabe cómo me llamo? —ella asintió mientras desviaba la mirada.

—No.

—¿Alguna vez piensas hablarle de mí? —ella volvió a mirarlo a la cara.

—Sólo si pregunta.

Tras unos segundos, Winnie volvió a asentir e intentó volver a la casa antes de que las lágrimas empezaran a rodar.

—¿De modo que te marchas mañana por la mañana? —sonó una voz a sus espaldas.

—Supongo. Y ahora, si me disculpas, he tenido un día muy largo...

—Ten cuidado con la electricidad, no funciona muy bien.

—Sí —Winnie se volvió, muy confusa—, ya me lo dijo Tess.

—Supongo que tendrás móvil.

—Ahora mismo lo tengo cargando...

—Dame tu número —dijo Aidan mientras sacaba su propio móvil del bolsillo.

—¿Para qué?

—Estás en mi propiedad. Soy responsable de tu bienestar. Dame ese maldito número.

Winnie entró en la casa en busca de su bolso y garabateó el número en una servilleta de papel del Burger King. Después, volvió a salir y se lo entregó.

—Lo mejor será que me des también el tuyo. Por si una manada de mapaches rabiosos invaden la casa durante la noche.

—505-555-2076 —dijo él mientras su boca describía lo que parecía una mueca.

Winnie escribió el número en otra servilleta, aunque ya lo había memorizado. Después, sus miradas se fundieron unos instantes hasta que Aidan se subió a la camioneta.

—Oye —gritó ella antes de que él pudiera cerrar la puerta.

—¿Qué pasa?

—Puede que haya hecho muchas estupideces en mi vida, pero algo me dice que elegiros a June y a ti como padres de mi bebé, no fue una de ellas.

«Ahí tienes algo en qué pensar», se dijo ella mientras entraba en la casa.

Un poco más tarde, sentada sobre la cama, vestida con unos raídos pantalones, el helado de tarta de queso desapareció rápidamente mientras contemplaba la danza de las llamas en la chimenea. «¿Y ahora qué?». Winnie había llegado a un punto muerto.

Debería sentirse un poco asustada, sola en medio de la nada, sin más compañía que la

de un perezoso perro, pegado a su muslo, para protegerla. Pero Winnie nunca había sido de las que se asustaban por películas o historias de fantasmas, o por ruidos en medio de la noche.

Tampoco era la clase de persona que solía aburrirse, ya que casi toda su vida había estado sola y había aprendido a mantenerse ocupada. Siempre había personas con las que hablar, trabajo que hacer, abuelas enfermas a las que asistir... aunque al final de la enfermedad de Ida, el sueño de Winnie había sido no tener nada que hacer.

«Muy bien, querida», pensó mientras dejaba los restos del helado sobre la cómoda y se abrazaba a las rodillas. «Deseo concedido». Porque en aquellos momentos no tenía nada que hacer ni a quién cuidar.

Estaba sola con sus pensamientos.

Pensar en lo sola que estaba hizo que se diera cuenta de lo sola que estaba.

Y eso sí que la asustaba.

No es que su familia hubiera sido una piña. Aunque, en el fondo, Winnie siempre había pensado que así deberían ser las familias. Familias en las que los lazos te sujetaban, no te destrozaban.

Haber ido allí. Haber visto a Robson...

Mientras se sonaba la nariz, pensaba que lo curioso era que se había enamorado de Robbie nada más verlo. Había sentido una punzada de algo que aún no había podido definir. Puede que fuera curiosidad, junto con la impresión. Pero sobre todo, pensaba, «vaya, ése es mi chico».

— ¡Jesús! — exclamó ante el repentino sonido de alguien que golpeaba la puerta.

Miró al perro, que bostezó y se acomodó un poco más sobre la colcha mientras miraba a Winnie con una expresión de, «yo me quedaré aquí, así te mantendré la cama calentita, ¿de acuerdo?».

— Lo último que querría sería molestarte — murmuró Winnie antes de suspirar y salir de la cama —. ¿Quién es? — gritó a través de la, afortunadamente, sólida puerta.

— Florita Pena — se escuchó una voz cálida y con un fuerte acento —. Soy la asistenta del señor Aidan. Sólo quería comprobar que tuviera suficientes toallas y... cosas.

La mujer parecía inofensiva. Claro que muchas personas habían pensado que su abuela también era inofensiva... siempre que estuvieran lo bastante borrachas. Consciente de que la historia de las toallas no era más que una excusa, Winnie se armó de valor y abrió la puerta a una mujer de mediana edad y ropas muy ajustadas.

— ¿Sabe su jefe que ha venido? — le preguntó a la asistenta.

— ¿Parezco estúpida? — los labios iban maquillados de rojo fuego y el rostro brillaba.

— Prepararé un té. Pase — dijo Winnie mientras alejaba sus pies descalzos de los altísimos tacones.

— ¿Dónde demonios has estado? — rugió Aidan al ver entrar furtivamente a la asistenta por la puerta de la cocina —. Como si no me lo pudiera imaginar.

Florita se quitó la chaqueta y la colgó del perchero antes de mirarlo a los ojos. Lo había asaltado nada más volver de su entrevista con Winnie, aunque Aidan no había podido explicarle los detalles hasta después de la cena, cuando Robson se subió a su cuarto para hacer los deberes. Ella había escuchado, hablado poco, algo que debería

haber disparado las alarmas, y se había esfumado en cuanto Aidan le dio la espalda.

—No soy la cenicienta, don importante. No tengo que darte explicaciones de mis idas y venidas. Sólo quería ver a la chica.

—¿Y? —preguntó Aidan cuando Flo agarró un estropajo y empezó a limpiar la ya impoluta cocina.

—Tiene agallas —dijo al fin—. Hace falta valor para venir como lo ha hecho.

—¿Y...? —insistió él nuevamente.

—Creo que sabe que, pase lo que pase, nada va a cambiar. Pero también creo que necesitaba hacerlo. Como si hubiera escuchado una voz.

—Eso no significa que escuchemos las mismas voces —murmuró Aidan—. Jesús, Flo, esa mujer ya ha cambiado de opinión dos veces, una cuando Robson aún era un bebé, y la otra hace apenas dos horas. Winnie Porter es tan equilibrada como una mesa con tres patas. Eso suponiendo que no esté completamente loca al venir sin saber si seguíamos aquí o no.

—Sólo porque haya hecho una locura no quiere decir que esté loca —dijo Flo sin convicción.

—¿No pensarías que iba a permitirle ver al chico?

—Ya lo sé, jefe. De todos modos, no es asunto mío.

—Winnie juró y perjuró que no le diría a Robbie quién era —Aidan suspiró—. Pero, ¿qué le iba a impedir volver a cambiar de opinión? Basta un desliz para hacer todo el daño.

La asistenta lo miró por encima del hombro mientras aclaraba el estropajo bajo el grifo.

—Nunca ha preguntado por su madre biológica, Flo...

—Y tampoco se puede decir que le hayas animado a hacerlo.

—¿Para qué iba a hacer algo así si todo está bien tal y como está?

—¿Bien? —exclamó Flo mientras lanzaba el estropajo al fregadero y se volvía hacia Aidan—. Después de un año, Robbie aún está deprimido y se lo guarda todo... a mí eso no me parece estar «bien». Dios mío, ¿cuándo fue la última vez que se escuchó una carcajada de verdad en esta casa? Yo te diré cuándo —añadió mientras las lágrimas inundaban los negros ojos—. Cuando la señorita June vivía. Si eso te parece «bien», a mí me parece que estás loco.

Aidan tenía los labios apretados. Era cierto. Robson y él apenas hablaban. Incluso aquella noche, los torpes intentos de conversar con su hijo habían fracasado, como su ofrecimiento para ayudarlo en los deberes, rechazado por el chico. No, las cosas estaban lejos de estar «bien».

—Ella tuvo su oportunidad, Flo. Estábamos más que dispuestos a mantenerla al tanto, y ella se echó atrás. Además, ¿de parte de quién estás tú?

—Robbie también es mi niño —Flo cruzó los brazos sobre el pecho—. No quiero verlo sufrir. Y no digo que me fíe por completo de esa chica...

—¿Crees que sería capaz de verlo a mis espaldas? —preguntó Aidan con el corazón en un puño.

—Llegado a este punto —Flo frunció el ceño—, no. No lo creo. Ella sabe que no conseguirá lo que quiere forzando las cosas. No, el que me preocupa es Robbie.

—¿Robbie?

— Cuando volvisteis de Garcia, él entró aquí y empezó a preguntarme si sabía que había una señora en la casa vieja, y que cómo era que nadie se había alojado allí antes — ella hizo una pausa y miró a Aidan con una expresión turbada —. Me preguntó si sabía quién era y yo le dije que no, pero se veía que le estaba dando vueltas a la cabeza. Y una vez se empieza... — terminó la frase encogiéndose de hombros —. Ya sabes lo que dicen: al gato satisfecho no le preocupa ratón.

— Salvo que Winnie se marchará por la mañana — dijo Aidan —, de modo que no hay problema.

— ¿Piensas que si ella desaparece, las preguntas también lo harán? — al ver el gesto de Aidan, Flo continuó —. Deberías preguntarte qué haría la señorita June, qué le gustaría que hicieras.

Minutos más tarde, con una cerveza en la mano, Aidan se asomó a la terraza de la segunda planta que dominaba la casa vieja. En esa casa había una mujer con el valor suficiente para pedir algo que sabía que no tenía derecho a pedir. Tanto como le había irritado su súplica, también había amenazado una parte de él que creía haber enterrado meses atrás.

Aidan bebió un sorbo de su cerveza mientras pensaba en el refrán sobre el gato y el ratón. Pero las personas no eran gatos. De hecho, ése era el problema con los humanos, cuanto más sabían, más querían saber. Winnie Porter ya lo había demostrado.

Dejó escapar un lamento al viento. La aparición de Winnie era un problema que no necesitaba. Sin embargo... ¿qué habría hecho June? ¿Hacia qué lado se inclinaría?

Una pregunta estúpida. La alegría de adoptar a Robson no le había impedido a June preocuparse por Winnie y su estado de ánimo.

Con una sonrisa en los labios pensó que, en muchos aspectos, June siempre había aceptado causas que nadie más querría, sin importarle crear problemas si pensaba que era necesario. Pero su corazón era blando como el algodón. Era más que una persona amante, era como si el amor fuera el motor de su vida. No la clase de amor ciego a los defectos humanos, sino la clase que ve a través de esos defectos a la verdadera persona. Su esposa no tenía paciencia para la estupidez, pero en el fondo creía en la bondad esencial de la humanidad.

Los pulmones se le llenaron de aire fresco con un olor a hojas enmohecidas y humo de chimenea que siempre le recordaría a su esposa. Para ella el otoño significaba el renacimiento. No veía muerte en los colores otoñales de la montaña, sino belleza, consuelo y alegría.

Y en aquellos instantes, sentía su presencia con tanta fuerza que le costaba respirar.

June jamás había especificado sus deseos con respecto a Robbie y su madre biológica, pero de haber estado allí...

«Pero no está», pensó Aidan con amargura. Y la situación habría sido muy distinta de haber estado. Su prioridad debía ser proteger a Robbie, a toda costa. A Winnie Porter no le debía nada.

«Por el amor de Dios, cariño», pareció susurrarle el viento, «no seas tan mezquino».

Aidan dio un respingo que casi le hizo perder el equilibrio. Segundos después, la voz de Winnie sustituyó a la de June en su mente. Una voz tan fuerte y decidida como la de June, pero acompañada de unos ojos azules que no temían enfrentarse a los suyos. Claro que, aquella mujer estaba loca de atar...

«A veces la locura no es más que el valor disfrazado».

Otra vez June. Aidan respiró hondo mientras recordaba cómo June había dicho, tras conocer a Winnie, lo mucho que pensaba que se parecían las dos.

—No podrías haber estado más equivocada —dijo Aidan en voz alta antes de negar con la cabeza. «¿Quién es el loco ahora?», pensó. Un violento escalofrío lo sacudió cuando el viento rozó su espalda, pero lo más alarmante era el sonido que parecía hablarle. «Habla con ella». Lo repetía una y otra vez hasta que pensó que se volvería loco. Más de lo que ya creía estar.

El viento, y las palabras, cesaron al entrar de nuevo en la casa. «Gracias, Dios, por las pequeñas cosas», pensó mientras arrojaba la botella a la basura antes de subir a la habitación de su hijo para darle las buenas noches. Pero Robbie ya dormía entre una maraña de sábanas, brazos y piernas. Estiró las sábanas lo mejor que pudo antes de acariciar la cabeza del niño con una mano manchada de pintura. Bajo los cabellos, el rostro hablaba más de lo que hacía cuando el chico estaba despierto. Y su expresión era tan enmarañada como las sábanas.

—Estamos hechos un asco tú y yo —susurró Aidan. «Tras el primer año, las cosas mejoran», habían dicho. Y Aidan había esperado sentirse más adaptados a su nueva realidad de lo que, aparentemente, estaban.

Después recordó la mirada de Winnie y comprendió que a algunas realidades era más difícil ajustarse que a otras.

La pérdida de June era permanente, irreversible, siendo la desesperación una especie de consuelo. Pero para un niño de nueve años...

Para una mujer que, nueve años atrás, seguramente se había sentido acorralada...

Suspiró, se puso en pie y salió del dormitorio de su hijo mientras sacaba el móvil del bolsillo.

Capítulo 3

WINNIE despertó a la mañana siguiente con un grito al sentir un hocico helado contra su espalda. Completamente despierta, e irritada, se giró para contemplar a la bestia cuya sonrisa parecía decirle, «ya es de día. ¿Vamos a jugar?».

–Ni lo sueñes –gruñó Winnie. Apenas había dormido tres horas en toda la noche por la extrañeza de la cama y la incesante actividad de su mente. Ya era de día, y hacía mucho frío al otro lado del edredón—. Maldita sea –murmuró al recordar que Aidan Black la había invitado a desayunar. Esa mezcla de aire solitario y acento irlandés era devastadora...

A lo lejos se oyó el canto de un gallo.

–¡Maldita sea! ¿Qué hora es? –preguntó en voz alta mientras consultaba el reloj y volvía a hundirse en el colchón. «Señor, mándame una señal», había rezado la noche anterior, «¿debería quedarme o marcharme?». No sabía si querer conocer a Robbie sería una buena idea, o un ejemplo de la tozudez que tantas decisiones suyas había gobernado en el pasado. Entonces había recibido la llamada de Aidan y pensó, «vaya, un servicio rápido»—. Podré hacerlo –le dijo al perro, aunque no estaba segura de qué podría hacer.

Annabelle miró a su dueña antes de emitir un gran suspiro perruno y apoyar la cabeza sobre la cama mientras le dedicaba a Winnie lo que pretendía ser su mirada más lastimera. Tras diez segundos sin respuesta, el perro reculó unos pasos, levantó el trasero y ladró.

Winnie se levantó envuelta en el edredón y le abrió la puerta antes de prepararse un café. No iba a enfrentarse a Aidan sin una buena dosis de cafeína en el cuerpo.

El móvil sonó y Winnie lo contempló moverse por la encimera como una serpiente de cascabel. Sintió un escalofrío. A lo mejor era Aidan que llamaba para anularlo todo. Sin embargo, si quería acercarse a Robbie, no le quedaba más remedio que pasar por Aidan.

Además, según Elektra, una vez aceptabas una señal, estabas obligada a ceñirte a ella.

–Estupendo –dijo Aidan en cuanto Winnie contestó al teléfono—. Estás despierta.

–Levantada sí –dijo ella entre bostezos—. Despierta, no tanto.

Annabelle lloriqueó junto a la puerta trasera y Winnie la dejó entrar.

–Creí haberte dicho que el desayuno sería a las ocho y media...

–Son las ocho... –lo último que necesitaba era esa actitud irlandesa—, y diez. No hay problema.

–Me alegra oírlo –dijo Aidan antes de colgar.

–Dime si hago lo correcto –Winnie miró a Annabelle, que fingía no escuchar. Los consejos no formaban parte del perfil laboral de Annabelle.

A Winnie, el pueblo de Tierra Rosa, donde había quedado para desayunar con Aidan, le pareció curiosamente encantador, una mezcla de poblado español para películas del Oeste y campamento de casas móviles.

—No, tesoro —le dijo al perro mientras se bajaba de la camioneta y dejaba las ventanas medio abiertas—. Tú tienes que quedarte aquí.

Tras unos segundos de incredulidad, el perro suspiró y se sentó.

Sintiendo el viento que atravesaba su vieja cazadora color caqui, Winnie se dirigió hacia la cafetería, sumergida en una ola de nerviosismo y temiendo que fuera a desmayarse. Sin embargo, al empujar la puerta de cristal, el aroma del café y la grasa quemada, los gritos de los pedidos para el cocinero y la animada charla la envolvieron y relajaron por su familiaridad.

El local estaba casi lleno y la gente se apiñaba alrededor de media docena de mesas colocadas al azar. Del techo surgían unas buganvillas de flores rosas pintadas a mano sobre una pared azul. «No, desde luego esto no es Texas», pensó ella una vez recuperada de la explosión de color. Winnie respiró hondo y muy despacio, como le había enseñado Elektra antes del parto, aunque, a la hora de la verdad no le había servido de nada. Después, su mirada se posó en Aidan que se levantó de la silla y pensó, «tampoco me está sirviendo de nada ahora».

Aidan empujó la diminuta mesa, tensando esos músculos tan duros que casi se oía su movimiento. La luz que entraba por la ventana incidía en su camisa blanca, con demasiados botones desabrochados. Algunas personas dirían que los vaqueros que llevaba tenían la cintura demasiado baja. Pero Winnie no estaba segura de ser o no una de esas personas.

El hombre hizo una leve inclinación de cabeza con el ceño fruncido, lo que no hizo más que acentuar ese aire entre celta y vaquero que tenía. No es que resultara desagradable, ¡de eso nada!, pero era...

—¡Cuando quieras! —dijo él, frunciendo aún más el ceño.

«No te vendría mal un poco de buenos modales», pensó Winnie mientras se abría paso hasta él y recordaba el motivo de su presencia allí. Aidan tenía la sartén por el mango y, de haber tenido un mínimo de sentido común, se habría dejado las hormonas en la camioneta con el perro.

Sin embargo, cuanto más se acercaba, más percibía esa mirada de dolor disfrazada de irritación en sus ojos. Era una mirada que había visto en muchas ocasiones mientras servía café o una porción de tarta, o un plato de carne con puré de patatas. El descubrimiento no contribuyó, precisamente, a su relajación, aunque introducía algún matiz nuevo.

Aunque dudaba que alguna vez pudiera recordar con cariño los años pasados al servicio de su abuela, tenía que admitir que no había nada como una cafetería para pulir la capacidad de leer en los demás. Los hombres, sobre todo, se empeñaban en no admitir ser vulnerables a cosas como la tristeza y el mal de amor.

Incluso se había permitido el lujo de dar algún que otro consejo de vez en cuando, siempre que hubiera recibido la suficiente información para sentirse segura. Pero, en aquella ocasión, casi soltó una carcajada al pensar que podría ayudar a Aidan. No sólo no sabía nada de aquel hombre, sino que ¿cómo demonios iba a ayudar a alguien cuando su propia vida se tambaleaba como un cuenco de gelatina?

Tuvo la sensación de que un par de manos la empujaban suavemente hacia la silla y suspiró, resignada a obedecer la orden de su vocecilla interior.

—Pareces diferente —dijo Aidan como si no pudiera descansar hasta descubrir la causa.

—Es de día —repentinamente famélica, ella tomó la carta plastificada intentando controlar el temblor de sus manos.

—No es eso... es que llevas maquillaje.

—¿Y? —Winnie pestañeó rápidamente.

—Anoche no lo llevabas.

—Era tarde —ella se encogió de hombros—. Y no esperaba recibir visita —lo cual no era del todo cierto—. Créeme —añadió mientras repasaba la lista de especialidades para desayunar—, te estoy haciendo un favor. Pero la buena noticia es que ningún conejito ha sido torturado para fabricar este rímel —tras elegir lo que quería tomar, dejó el menú sobre la mesa—. ¿Y bien? ¿Qué te hizo cambiar de idea? —preguntó justo cuando apareció la rubia, bonita y sonriente camarera.

—Hola, Aidan, hacía tiempo que no venías por aquí.

—Supongo —contestó él sin devolverle la sonrisa.

Winnie estaba a punto de darle un puntapié a Aidan por debajo de la mesa cuando la camarera se volvió hacia ella y le dedicó una mueca de desesperación mientras ponía los ojos en blanco y golpeaba a Aidan en el hombro con la libreta de los pedidos. Era lo bastante joven como para tener buen aspecto bajo la luz fluorescente, y en los ajustados vaqueros negros, pero lo bastante mayor para sacudir a los clientes irascibles con su libreta. A Winnie le gustó de inmediato.

—¿Me vas a presentar o qué?

Aidan frunció el ceño. Se le acababa de ocurrir que llevar a Winnie a un lugar público a lo mejor no había sido lo más inteligente.

—Thea, ésta es Winnie Porter. Winnie, Thea. ¿Los huevos son frescos?

—Teniendo en cuenta que son de tus gallinas, supongo que sí. La salsa también está recién hecha.

—¿Qué te hace pensar que he cambiado de idea? —Aidan esperó a que la camarera se hubiera vuelto a la cocina con el pedido antes de hablar.

—¿Te refieres a aparte del hecho de que anoche dabas la impresión de desear que la nave nodriza viniera a abducirme?

—Eso suponiendo que estuvieran interesados en llevarte con ellos.

—Madre mía. Tu esposa era una santa.

—Ahí no tengo nada que objetar —murmuró Aidan mientras su mirada se perdía a través de la ventana. Parecía mirar a Annabelle, que no le quitaba ojo. El perro ladró cuando Winnie agitó una mano en su dirección—. De todos modos, siento haber sido tan rudo contigo.

—Tenías motivos —tras fundirse sus miradas un instante, ella bajó la vista hasta la servilleta extendida sobre sus muslos, antes de echarse azúcar en el café. No necesitaba más café. Era la tercera taza del día, pero algunos días eran así—. ¿Y bien? ¿Esto es una especie de examen? ¿El número de respuestas acertadas determina si puedo ver o no a Robbie?

—No es algo previsto de antemano —dijo él con aspecto incómodo.

—No —contestó Winnie mientras probaba el café y, tras hacer una mueca, echaba más azúcar—. Supongo que no —Winnie dirigió su mirada hacia Annabelle, en busca de apoyo moral.

—Tengo entendido que mi asistenta te hizo una visita anoche.

—Lo hizo —dijo ella tras volver a centrarse en Aidan—. ¿Pasé la prueba?

—¿Por tener «agallas»? Pues sí. ¿De qué te ríes?

—Jamás me habían dicho algo así antes, pero transmítele mi agradecimiento.

—Eso no significa necesariamente que esté de tu parte.

—Eso salta a la vista —cuando Aidan arqueó las cejas, ella aclaró—. Es evidente que Flo es muy leal hacia ti. Hacia vosotros —añadió mientras se echaba hacia atrás al llegar Thea con la comida, antes de dirigirse hacia un atractivo vaquero que iba a recoger un pedido. Ella era todo sonrisas, y él no evitaba el contacto visual, pero se marchó, y la mirada, herida y confusa, de Thea se encontró con la de Winnie antes de darse media vuelta y desaparecer.

—Lo es —dijo Aidan.

«¿Qué? Ah, sí, se refiere a Flo», pensó Winnie.

—Y así debe ser —ella atacó las patatas fritas—, de modo que no percibí un claro apoyo de ese lado. Aun así, creo en el destino.

—Desear que algo suceda no es el destino —Aidan hizo una pausa con el tenedor en el aire.

—Cielo —Winnie rio—, si yo deseara algo, tú te darías cuenta. Esto ni siquiera se le aproxima —ella untó mantequilla en una tostada mientras pensaba que, a veces, no había nada mejor que una tostada bien hecha y empapada en mantequilla—. Además, nadie te dijo que me llamaras.

—De modo que todo esto es cosa mía... —Aidan bajó la cabeza, sin lograr ocultar su sonrojo.

—A mí me vale.

Aparentemente bloqueado, Aidan parecía incapaz de desviar la mirada de la tortilla que Winnie embadurnaba con abundante salsa.

—Deberías tener cuidado con eso. No es para flojuchos.

—Creo que podré con ello —dijo ella, convencida de que se refería a algo más que a la salsa. Desde luego era fuerte, pero había probado cosas más picantes—. Y si todo esto trata de llegar a conocerme, tendrás que confiar un poco, porque no he traído referencias. Pero, te juro que no he venido para complicarle la vida a nadie —la salsa alcanzó el estómago con una pequeña explosión—. Sobre todo la de Robbie. Y te juro también...

—¿Qué?

—Muy bien —Winnie se tomó una pausa para masticar, consciente de que Aidan estaba maravillado de que no se hubiese bebido medio litro de agua de golpe para apagar las llamas—, esto seguramente no me dará muchos puntos, pero ya que has sacado el tema del deseo y todo eso, yo no decidí exactamente venir aquí.

—Lo que dijiste sobre no tener familia no dejaba lugar a dudas.

—Ah. Eso era... cierto. Pero yo sola no me habría decidido a hacer una cosa así. Un par de días después de la muerte de mi abuela —ella suspiró—, fue como si escuchara... una voz. Aunque no fue una voz, voz, fue más bien una sensación muy

fuerte. Tenía que venir aquí —ella se encogió de hombros al ver la expresión incrédula de Aidan—. Lo sé. Elektra también pensaba que estaba loca. De modo que ya puedes ponerte otra cruz.

— ¿Elektra?

— Lleva el restaurante de mi abuela. Mi restaurante ahora, supongo.

— No pareces muy contenta.

— Sí, bueno, es que no he heredado precisamente una cadena de hoteles de cinco estrellas. Debería estar agradecida. No me haré rica, pero da igual. No sabría qué hacer con la riqueza. No es... mi estilo.

— ¿Y cuál es... tu estilo? —preguntó él muy serio.

— Creo que me gustaría trabajar con niños. Soy maestra, sólo necesito la licencia, pero no he tenido tiempo de pensar en ello —Winnie soltó una mezcla de risa y suspiro—. Aquí es donde se supone que intento causarte una buena impresión. Pero, ¿sabes qué? Soy como soy, lo tomas o lo dejas. Puede que sea un poco rara, pero no soy mala persona. Ya no.

— ¿Ya no?

— Venga ya... cuando nos conocimos, estoy segura de que debí parecerme que llevaba la marca del diablo. Al menos yo me sentía así a veces —dijo ella mientras agitaba el tenedor—. No era una rebelde sin causa. O al menos sin motivo.

— ¿Te quedaste embarazada a propósito? —dijo él con curiosidad.

— Si te digo que no estoy segura —contestó Winnie—, no quiere decir que intente evitar tu pregunta, ¿de acuerdo? Es porque, después de todos estos años, aún no lo sé —ella frunció el ceño y bebió un sorbo de agua antes de mirarlo a los ojos—. Sobre todo, quería ser dueña de mi propia vida. Aunque tomara las decisiones equivocadas. Pero ya no soy esa persona, Aidan.

La oleada de simpatía surgió antes de que Aidan pudiera evitarla. Desde luego recordaba a la Winnie de años atrás, con esos enormes ojos azules que destilaban una mezcla de ira y resentimiento. Pero sobre todo, recordaba esa inmensa tristeza que, incluso entonces, le había marcado. Recordó lo mal que se había sentido porque su felicidad y la de June se cimentara sobre la desdicha de otra persona.

— ¿Y exactamente cómo crees que has cambiado?

— Bueno, por un lado —dijo ella tras una pausa—, he dejado de ser víctima de mi propia ira. Hizo falta tiempo, pero al final comprendí que intentar herir a alguien es un modo seguro de herirte a ti misma. Pero hasta que llegué a eso... —ella respiró hondo—. ¿Quién hubiera dicho que me sería más difícil amarme a mí misma que a mi abuela?

— No me pareció una persona muy cálida —dijo Aidan esperando otra oleada de simpatía.

— Supongo que eso es lo que hace el miedo. Ella tenía miedo de que acabara como mi madre. Ida no podía evitar ser estricta, la criaron así. Pero cada vez que me decía... —Winnie miró por la ventana y tragó con dificultad—. «Eres igual que tu madre», yo me decía que, si ya pensaba lo peor de mí, ¿por qué no ponerte a la altura de sus expectativas?

—¿Y a qué se refería con que eras igual que tu madre? —Aidan tenía un nudo en el estómago.

—Llegué a la conclusión de que mi madre era tan cabezota como yo. Al parecer se enfrentaba a mi abuela siempre que tenía ocasión. Y la gota que colmó el vaso fue cuando se fugó con mi padre en cuanto cumplió dieciocho años —ella miró a Aidan a los ojos—. Recuerdo a mi padre como a un buen hombre. Amable. Simplemente no tuvo suerte. Seguro que Ida consideraba la elección de mi madre como un fracaso suyo, pero me sentaba muy mal escuchar constantemente a mi abuela hablar pestes de las personas a las que más amé en el mundo.

Aidan se había olvidado del desayuno y de todo lo que les rodeaba. Pero reaccionó justo a tiempo, antes de hundirse en las profundidades de los ojos azules que lo miraban. Aunque sabía que Winnie no le estaba tomando el pelo, la ira lo inundó con una intensidad al borde del dolor.

No quería sentir simpatía por Winnie Porter, ni por nadie más, no quería verse envuelto en el triste relato de otra persona. No en esos momentos. June había sido la parte compasiva de la pareja, la que tenía un corazón sin fondo. Pero, mientras que él había amado a su esposa con locura, y haría cualquier cosa por su hijo...

—Tu antipatía me parece totalmente justificada —Aidan se negó a terminar sus pensamientos.

—Puede. Pero me di cuenta de que no era sano. Cuando Ida enfermó, ya me había reconciliado con un par de aspectos. Al menos aprendí a canalizar la ira de manera más positiva.

—¿La perdonaste?

—El resentimiento es una gran carga —Winnie suspiró—. Su deseo de algo mejor para mi madre no era nada malo. Y sé que la muerte de mi madre casi la mató. Dios sabe que no era divertido vivir con una mujer que alimentaba su desilusión y su dolor como si fuera una orquídea, pero no fue culpa suya si enfermó. Y en cualquier caso, aprendí mucho de ella.

—¿Qué aprendiste?

—A no hacer pagar a los demás tu propio dolor. Sobre todo a un niño inocente.

—¿Has terminado? —preguntó Aidan tras una larga pausa mientras señalaba el plato vacío. Al asentir Winnie, pidió la cuenta y pagó con su tarjeta de crédito—. Supongo que piensas que soy un intransigente por no querer que Robbie sepa quién eres.

—Eres su padre, Aidan —Winnie se limpió la boca con la servilleta, haciendo desaparecer lo que quedaba del carmín de labios—. Como dijiste ayer, perdí todo mi derecho a opinar al respecto hace mucho tiempo, y debo confiar en que sepas lo que es mejor para tu hijo.

—¿Y no has pensado —exclamo Aidan—, dado que ya te ha visto y que sabe que te alojas en nuestra propiedad, qué sucederá si pregunta por ti? Me has colocado en una situación insostenible, Winnie. ¿Te das cuenta?

—Lo siento mucho —ella se sonrojó mientras recogía el bolso del suelo—. Lo único que quería... —tras negar con la cabeza, se levantó y tropezó con una silla vacía antes de darse la vuelta y dirigirse hacia la puerta.

Un hombre en su sano juicio la hubiera dejado marchar con su sinceridad y remordimientos, y esos condenadamente expresivos ojos. Unos ojos que lo habían

turbado nueve años atrás, cuando era feliz y estaba enamorado y ella no había sido más que un medio para convertirse en padre. Aidan firmó la nota y salió tras ella, alcanzándola, junto a la camioneta.

—De acuerdo, escucha —furioso como un demonio, Aidan se paró a escasos metros de ella—. Sigo pensando que el momento no es bueno. Contarle a Robbie la verdad ahora... —la mera idea le dolía, aunque no sabía muy bien por qué—. Pero... —desvió la mirada para no ver la esperanza reflejada en los azules ojos—. Quizás si te conociera un poco antes, llegaría a comprender.

—¿Estás seguro? —dijo ella cuando, tras unos segundos, Aidan volvió a mirarla a la cara.

—No del todo.

—Lo que de verdad quieres que te diga es que he cambiado de idea, ¿verdad?

—No tienes ni idea.

—Te prometo que no le diré nada —ella lo miró con el ceño fruncido—. No hasta que tú lo decidas.

—Entonces ven a cenar a casa esta noche —dijo él mientras sentía que el quebradizo suelo sobre el que llevaba un año caminando cedía un poco más—. Sobre las siete. No tienes más que seguir el camino que sube desde la casa vieja. Y ten cuidado con las gallinas.

—¿Qué vas a decirle? —ella lo miró con expresión divertida durante un instante.

—No tengo ni idea. Ya se me ocurrirá algo.

—Gracias —ella asintió antes de abrir la puerta del coche y prodigarle un abrazo al perro.

Pero Aidan no quería su gratitud. Ni la responsabilidad o la simpatía que despertaban esos ojos azules. Y, sobre todo, lo que no quería era ser amable, ni siquiera civilizado, a no ser que fuera absolutamente necesario. Se dirigió a su propia furgoneta mientras pensaba que ella se había equivocado por completo al creer que necesitaba llevar maquillaje a plena luz del día.

—Y eso ha sido todo —le dijo Winnie a Elektra, apoyada en la furgoneta mientras la factura de la gasolina aumentaba a medida que se llenaba el depósito. Estaba demasiado nerviosa para volver a la casa por lo que había decidido hacer algo de turismo. Santa Fe fue vetada, muy bonita, pero demasiado abarrotada, en favor de un rosario de pueblecitos parecidos a Tierra Rosa. Hacía un tiempo estupendo y el paisaje montañoso bajo el cielo azul era vivificante.

—Ya —contestó Elektra—. No cuelgues—Winnie escuchó el sonido de la caja y a E, que deseaba buen viaje a alguien—. Una cosa, ¿habrías ido allí de saber que June había muerto?

—No lo sé —Winnie suspiró y frunció el ceño mientras la gasolina seguía entrando sin parar—. Sólo sé que lo que tenga que pasar esta noche, pasará. O congeniamos Robbie y yo, o no.

—Podrías marcharte —dijo Elektra tras un profundo silencio.

—No —dijo Winnie con calma—. No puedo. Ahora no —tras escuchar un enorme suspiro al otro lado, añadió—. Aidan tiene razón, E, Robbie lo encajará mejor cuando

averigüe quién soy si ya le caigo bien.

La bomba de gasolina por fin se paró y Winnie tomó el recibo sin atreverse a mirarlo y entró en la camioneta, esquivando los lametones de Annabelle. Desgraciadamente, no iba a ser tan fácil esquivar el significativo silencio de Elektra.

– Estaré bien, E.

– Claro, y a lo mejor esta semana me toca la lotería.

– Quién sabe, puede que sea así. Tengo que irme – dijo Winnie mientras arrancaba el motor –. Por aquí se toman muy en serio lo de no conducir mientras se habla por el móvil.

– Cariño...

– ¿Sí?

– Ten cuidado – dijo Elektra tras una pausa.

«Ya lo tengo, maldita sea», pensó Winnie mientras se dirigía por el camino de tierra hacia Tierra Rosa. Pero una vocecilla le contestó, «y un cuerno».

– ¿Quién te ha pedido opinión? – murmuró ella a la vocecilla.

Veinte minutos más tarde estaba de vuelta en el pueblo y, hambrienta, irrumpió en la cafetería, recibiendo la bienvenida de una todavía alegre, aunque algo derrotada, Thea.

– Vaya, hola otra vez... Winnie, ¿verdad? ¿Qué te pongo? – tras recibir el pedido de Winnie, Thea gritó hacia la cocina –. Un filete y burritos de queso para llevar – los ojos de la camarera reflejaban muchas preguntas, pero se limitó a desviar la mirada mientras Winnie pagaba.

– Un buen sitio.

– Muchas gracias, aunque no es mérito mío. Yo sólo trabajo aquí.

Un cliente se acercó a la caja para pagar y Winnie observó que las manos de Thea temblaban al entregarle el cambio. Cuando se hubo marchado, Winnie se inclinó hacia la camarera.

– ¿Estás bien? Esta mañana no he podido evitar darme cuenta... – la mirada de Thea hizo que se sonrojara –. No es asunto mío, lo siento.

– No. Está bien, es que me emociona que te importe lo bastante como para preguntar. No es que me vaya a desahogar con una completa extraña, pero... gracias.

– Thea, ¡el pedido!

La camarera se apresuró a recoger la comida envuelta de Winnie y se la entregó en el mismo instante en que una pareja entraba en el bar, impidiendo la continuación de la conversación.

Winnie volvió a su furgoneta y ahuyentó a Annabelle que había olido el filete y los burritos. Tenía pensado volver directamente a la casa y echarse una siesta que le compensara por la noche en blanco. No iba a pararse en el campo de calabazas que había visto al pasar... pero, ¿quién iba a poder resistirse a un campo de calabazas iluminadas por el sol? Ella no.

Media hora más tarde, se preguntó qué iba a hacer con la media docena de calabazas que sacaba de la parte trasera de la camioneta. Sobre todo, teniendo en cuenta que estaría de vuelta en Texas mucho antes de Halloween. Las colocó en el porche de la casa, cambiándolas de sitio hasta que Annabelle y ella estuvieron satisfechas. Hacían un terrible contraste con los cosmos rosas, pero, aun así, Winnie se maravilló de lo bien que combinaban los colores en la naturaleza.

Tras engullir los burritos con la ayuda de un vaso de leche, se dejó caer sobre la cama sin hacer, sin tiempo para quitarse más que las botas antes de dormirse. De no haber llamado alguien a la puerta unas cuatro horas más tarde, a saber cuánto tiempo habría dormido. Mientras se atusaba el pelo con la mano, Winnie se dirigió en calcetines hasta la puerta en el instante en que volvían a llamar, suavemente, no como lo haría un irlandés gruñón de más de metro ochenta.

Winnie abrió la puerta y se encontró con un malhumorado niño de nueve años vestido con una polvorienta sudadera, de pie en el porche y con una bicicleta tirada en el suelo.

— ¿Se puede saber quién eres? — preguntó Robbie con la exasperación de alguien que llevaba un buen rato pensando en ello.

Capítulo 4

ROBBIE no sabía por qué le molestaba tanto que alguien se alojara en la casa vieja. Sobre todo, porque la señora había dicho que no se quedaría más de una semana. ¿Por qué se alojaba allí? Se lo había preguntado a Flo, pero sin éxito. Todo lo que sabía era que la presencia de aquella señora en la casa le sentaba peor que cuando Florita entraba en su cuarto sin llamar.

Porque en aquella casa era donde él pensaba en su madre, incluso a veces hablaba con ella, aunque no hablaba realmente con ella, pero podía decirle cosas que no podía decirle a su padre, como lo mucho que la echaba de menos y todo eso. Tampoco pasaba nada si lloraba, porque no había nadie más allí. También pensaba en su madre en otras partes, pero aquello era diferente.

Durante todo el día en el colegio, había tenido la sensación de que aquella señora se interponía entre su madre y él, aunque era una tontería. De modo que, en cuanto se había bajado del autobús escolar, había decidido ir a preguntarle quién era. Pero, tras hacerlo, se sintió estúpido. Sobre todo por la extraña mirada en el rostro de la señora.

—Me llamo Winnie —ella sonrió mientras salía al porche. No cerró la puerta tras ella, pero Robbie sintió que le dejaba fuera, y eso le enfureció—. Te invitaría a pasar, pero seguro que ya sabes que no deberías hacer eso con un extraño —el rostro del niño reflejaba el espanto que le producía que ella le hubiera podido leer la mente—. Tú eres Robbie, ¿verdad?

—¿A qué has venido? —dijo él tras asentir.

—Leí un artículo sobre Tierra Rosa y decidí venir a verlo, y como no tenéis hoteles ni nada...

—No te quiero aquí —dijo Robbie sonrojándose y desviando la mirada.

—Éste es tu escondite, ¿verdad? —Winnie hundió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Algo así —Robbie se sonrojó aún más, aunque lo peor eran las ganas de llorar.

—No lo sabía —dijo Winnie con dulzura—. Quiero decir que cuando alquilé esto no sabía que era tuyo —tras unos segundos de silencio, continuó—. De todos modos, no me quedará mucho tiempo.

—En la tienda dijiste una semana.

—Puede que me marche antes. Aún no lo he decidido.

Algo en el rostro de la mujer hizo que Robbie se sintiera como si se mirara en un espejo, como si ella estuviera tan triste como él, aunque intentara disimularlo. Y eso le hizo sentirse mal, porque no era culpa suya. Entonces vio las calabazas.

—Si no te vas a quedar, ¿para qué tienes todas esas calabazas?

—Fue un impulso —Winnie se rio.

—¿Qué quiere decir eso?

—Es cuando haces algo sin pensar —ella suspiró y acarició al perro—. Yo lo hago

mucho.

—Halloween era la fiesta preferida de mi mamá —dijo Robbie sin apartar la vista de las calabazas.

—¿En serio? La mía también.

—¿Vas a grabar caras en ellas?

—Seguramente. Cuando vuelva a casa. Si las corto ahora se estropearán.

—Sí. Lo sé —el niño hizo una pausa—. Mi mamá se murió. Justo antes de Halloween el año pasado.

—Cariño... lo siento mucho —dijo ella como si lo sintiera de verdad—. Mis padres también murieron cuando yo tenía más o menos tu edad.

—¿Cómo? —él la miró con curiosidad.

—En un accidente de coche —contestó ella.

—Vaya.

Nunca había conocido a nadie que hubiera perdido a sus padres de niño. A lo mejor por eso ella no decía alguna estupidez como solían hacer otras personas, fingiendo amabilidad, o bien evitaba siquiera mirarlo a la cara. Antes de darse cuenta, se había sentado en un peldaño junto a ella. El perro trajo un palo para que se lo lanzara.

—¿Cómo se llama?

—Annabelle.

—Cuando mamá estaba enferma, yo solía venir aquí a menudo —Robbie le lanzó el palo al perro.

—¿Para estar solo?

—Sí. Y ahora es casi como si...

—¿Qué?

—Nada —él negó con la cabeza. Apenas se podía creer que hubiera estado a punto de decir que se sentía como si su madre se hubiera trasladado a la casa vieja tras su muerte—. Se me olvidó.

—A mí también me pasa eso —dijo Winnie mientras Robbie la miraba.

—¿En serio?

—Sí. Muchas veces. A mi abuela le volvía loca. Ella me crió tras la muerte de mis padres. También ha muerto. Oye, ¿te apetece un plátano? O una barrita de cereales... si quieres.

—Sí quiero —el niño reflexionó un rato—. ¿Podría tomar las dos cosas?

—Por supuesto —dijo Winnie con voz ligeramente temblorosa.

Con los ojos inundados de lágrimas, Winnie se apoyó contra la pared mientras intentaba dejar de temblar. No tenía que haber sido así, no se tenía que enamorar tanto, tan pronto...

«Por el amor de Dios, chica, recomparte». Tras respirar hondo tomó un par de plátanos y una barrita de cereales de la mesa y se dirigió fuera otra vez. Por un lado deseaba que su hijo se hubiera marchado, pero por otro lado... Por otro lado, estaba loca de contenta.

Robbie acababa de lanzarle el palo a Annabelle cuando ella reapareció. Tomó el plátano y empezó a pelarlo. En un intento de mostrar indiferencia, Winnie se sentó a

su lado.

– Gracias – dijo él.

– De nada.

– ¿Tienes hermanos o hermanas, o alguien? – preguntó él con la boca llena.

– No.

– ¿Quieres decir que estás sola de verdad? – él la miró perplejo.

– Lo estoy – «muchas gracias, hijo, lo estás arreglando», pensó.

– Yo tengo un abuelo y una abuela en Irlanda – Robbie le dio otro mordisco al plátano –. Pero sólo les he visto un par de veces, una de ellas nada más ser adoptado, por lo que no cuenta realmente.

– Pero para ellos seguro que cuenta – el maldito plátano le estaba agujereando el estómago. «Por favor no digas nada sobre ser adoptado, por favor», suplicó ella en silencio.

– Supongo que sí – Robbie terminó el plátano y rasgó el envoltorio de la barrita de cereales –. Con pepitas de chocolate, ¡genial!

– No me pareciste del tipo al que le gustan las pasas – rio Winnie ante la expresión del niño.

– ¿Puedo darle un trozo? – preguntó Robbie mientras señalaba a Annabelle.

– A ella le encantaría, pero el chocolate no es bueno para los perros, de modo que no.

– ¿Sabes lo que de verdad es un asco? – el niño frunció el ceño mientras mordisqueaba la barrita.

– ¿Qué? – preguntó Winnie sin aliento.

– Que todo el mundo habla sin parar de que papá terminará por casarse de nuevo y que entonces tendré otra mamá – él la miró con ojos inundados de lágrimas –. ¿No es una estupidez?

– Desde luego – Winnie desvió la mirada para que el niño no viera que sus propios ojos estaban húmedos también –. Porque nadie podrá ocupar el puesto de tu mamá, ¿verdad?

– De ninguna manera. Quiero decir, cuando tu mamá murió, ¿alguna vez pensaste en tener otra?

– No es que hubiera habido ninguna posibilidad, pero... no.

– Papá jamás se volvería a casar. Está demasiado triste. Y, además, Florita dice que es tan gruñón que nadie querría estar con él.

– A veces, cuando las personas están muy tristes – Winnie no pudo evitar reírse –, se enfadan. Tu padre no estará así siempre – sin embargo, Aidan Black parecía dispuesto a disfrutar de su irritabilidad durante mucho tiempo –. Apuesto a que tu mamá era una señora muy especial.

– ¿Por qué lo dices? – Robbie frunció el ceño –. ¿La conocías?

– No, pero hace falta una mamá especial para criar a un niño especial.

– ¿Piensas que soy especial? – el niño frunció el ceño.

– Bueno – «te estás adentrando en un terreno peligroso, querida», le dijo la vocecilla de la cabeza. «Ten mucho cuidado» –, apenas te conozco, pero se me da bastante bien interpretar a la gente.

– ¿Interpretar a la gente? ¿Como leer un libro?

– Más o menos. Salvo que en lugar de palabras, tengo sensaciones sobre cómo son las

personas al observar sus rostros, escuchar sus voces, prestar atención a sus movimientos. A veces me equivoco, pero casi nunca. Y me da la sensación... —ella entornó los ojos mientras miraba a su hijo. «¿Recordarás esta conversación dentro de un año? ¿Te acordarás de la chiflada del perro y el porche lleno de calabazas?»—, de que a veces te metes en líos, pero nunca nada serio. Lo normal para un chico. El colegio no se te da mal, pero prefieres los fines de semana. Creo que echas mucho de menos a tu mamá, pero a lo mejor...

—¿Qué?

—No importa.

—No, en serio, ¿qué?

—Que a lo mejor te cuesta explicarle a tu papá cómo te sientes —ella contempló esos ojos tan azules, tan serios, tan parecidos a los suyos—. Lo siento. No debería haber dicho eso. Ya estoy actuando impulsivamente otra vez. Diciendo algo sin pensar.

—No pasa nada —Robbie se frotó los ojos contra el hombro antes de fijar su mirada en los árboles—. Tengo que irme —murmuró mientras se ponía en pie—. ¿Puedo volver a verte mañana?

—Creía que no me querías aquí —Winnie se apretaba las manos con tanta fuerza que dolía.

—Supongo que no pasa nada si te quedas —el chico se ruborizó.

—Vaya. Pues, muchas gracias, pero... —sintió que el miedo la dominaba—. Creo que he cambiado de idea y, seguramente, me marcharé mañana.

—Pero, volverás, ¿verdad?

—Cariño... —«no me hagas eso», pensó ella mientras intentaba no llorar.

—¡Muy bien! —un grito furioso salió de la boca del niño—. ¡Haz lo que te dé la gana! Y justo en ese momento se oyó el rugido de la voz de su padre:

—¡Robbie! ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Winnie se puso de pie de un salto mientras Aidan avanzaba hacia la casa. Incluso a través de las lágrimas que le nublaban la visión, quedaba claro que el hombre estaba furioso.

Aidan apenas le dedicó una mirada a Winnie antes de centrar toda su atención en el niño.

—Nada. Yo sólo quería saber quién era —el niño miró a Winnie y luego a Aidan—. Eso es todo.

—Está bien —empezó a decir Winnie, pero Aidan le dedicó una mirada que la dejó sin palabras.

—Sabes muy bien que no puedes ir a ningún sitio sin decírnoslo a Florita o a mí —dijo Aidan con mucha tranquilidad—. Flo estaba loca de preocupación. De modo que vuelve a casa ahora mismo. Y salvo para ir al colegio, no sueñes con salir de casa en al menos tres días.

—¡Papá!

—En marcha.

—Has sido un poco duro, ¿no te parece? —dijo Winnie después de que el niño se hubo marchado.

—¿Por saltarse la regla en la que June y yo le insistimos hasta la saciedad desde que aprendió a caminar? —Aidan se volvió, casi agradecido por tener un motivo para estar furioso contra ella—. No lo creo. Y, ¿qué derecho tienes a criticar mis decisiones?

—Lo siento —ella buscó un pañuelo en el bolsillo del pantalón y se sonó la nariz antes de cruzarse de brazos—. Tienes razón. Aunque, si te diste cuenta, no dije nada delante de Robbie.

—Y supongo que, al menos, debería estarte agradecido por ello —Aidan desvió la mirada

—Sí —dijo ella, más segura—. Te juro que no tenía ni idea de que no sabías dónde estaba...

—¿Y de verdad pensaste que le hubiera dejado venir aquí?

—¿Cómo demonios iba a saber eso, don «ven a cenar a casa esta noche»?

—¿Se lo has dicho?

—¿Que soy su madre biológica? Pues claro que no —dijo ella con un tono de fastidio—. No soy tan estúpida, ni tan egoísta, ni tan mentirosa. Te dije que no le contaría nada y no lo he hecho. Además, de habérselo dicho, ¿no crees que te lo habría soltado nada más verte?

—Pero él dijo...

—Que me había preguntado quién era. Y yo le dije mi nombre. No pensé que eso pudiera hacer daño a nadie. Sobre todo, teniendo en cuenta que él no sabía cómo me llamaba —aunque aparentemente había recuperado la calma, el lenguaje corporal de Winnie reflejaba su estado alterado—. Puede que la cena de esta noche no sea tan buena idea.

—Y tú eres quien jura haber cambiado —dijo Aidan muy enfadado.

—Sinceramente, no pensé que fuera a sentir ninguna conexión —ella abrió desmesuradamente los ojos y, de repente, fue consciente—. No después de tantos años. Y desde luego no después de mantener únicamente dos conversaciones con él —se frotó la nariz con una mano—, de modo que, sí, supongo que he vuelto al punto en el que estaba hace ocho años y medio —miró a Aidan a los ojos—. Es un chico realmente estupendo.

—Eso debes agradecerérselo a June —Aidan tragó con dificultad

—Ojalá la hubiera conocido mejor —ella lo miró fijamente.

—Tuviste tu oportunidad.

—Lo sé —dijo Winnie con cautela antes de suspirar—. Me marcho mañana por la mañana. No volveré a molestaros.

La sensación de alivio no fue todo lo grande que él había esperado. Pero, nada lo era desde hacía un año. Y seguramente nunca volvería a serlo.

—Si Robbie quiere verme cuando sea mayor...

—¿Cómo se lo vas a explicar?

—¿Que ya nos conocíamos? No lo sé —ella se apartó el flequillo de la frente—. Con suerte, puede que para entonces ya no importe. Siento haber causado tantas molestias.

Incapaz de hablar, Aidan se limitó a asentir antes de volver sobre sus pasos. Se había alterado tanto al descubrir que Robbie no estaba, que se había lanzado en su busca sin pensar... y sin tener en cuenta la caminata de vuelta que le esperaba.

Al descubrir las calabazas sobre el porche, frunció el ceño. No había tantas como

habría reunido June, pero bastantes como para tocarle la fibra sensible del recuerdo.

— ¿Te dijo Robbie algo más? — Aidan se dio la vuelta—. Aparte de preguntarte quién eras.

— No sé a qué te refieres — Winnie lo miró con extrañeza.

— En realidad, yo tampoco lo sé. Es que... es que ya no sé en qué piensa.

— Si quieres saber de qué hablamos — dijo Winnie con dulzura —, lo mejor será que se lo preguntes.

El canto del gallo la acompañaba. A la mañana siguiente, Winnie cargó las calabazas en la furgoneta con el estómago revuelto tras el envase de helado de chocolate que se había tragado la noche anterior en un inútil intento de acallar el dolor. No era sólo por ella, ni por el niño al que no tenía derecho a llamar hijo suyo desde hacía años, sino también por la agonía en los ojos de Aidan. El temor de que, tras perder a su esposa, pudiera perder también a su hijo.

Aunque dudaba de que él fuera consciente de lo que sentía.

De lo que sí parecía ser consciente era de la falta de comunicación con su hijo.

Winnie suspiró. Podría llamar al hombre y decirle:

— Dos palabras: consejero familiar.

A lo mejor lo hacía... una vez hubiera cruzado la frontera de Texas. Aun así, ella no era la que iba a ayudarlos. Y no sólo porque el momento no podría haber sido peor, sino también porque...

Porque no podía con ello.

Del mismo modo que no había podido con ello hacía años, cuando se había echado atrás en el acuerdo. Aidan tenía razón, ella no había cambiado en absoluto.

— Vamos, chica — Winnie llamó al perro y se sentó al volante—. ¿Qué demonios...? — murmuró al girar la llave y no escuchar nada. Ni el más mínimo ruido del motor.

Con los ojos cerrados, Winnie se dejó caer en el asiento mientras profería palabras malsonantes. A pesar de no tener ni idea de mecánica, hasta ella reconocía una batería muerta cuando la escuchaba o, en ese caso, cuando no la escuchaba. ¿Cómo era posible? Le había hecho la puesta a punto al coche antes del viaje, y no se había dejado las luces encendidas.

Ahí acababa su espectacular huida de allí. Bueno, tampoco es que fuera tan espectacular. No había testigos, salvo por las calabazas y el perro. Aun así, en su mente, habría sido espectacular.

Winnie suspiró y sacó el móvil del bolsillo para marcar el número del móvil de Aidan.

Nada, ni siquiera el buzón de voz. Ese hombre valoraba en serio su soledad.

Tras suspirar nuevamente, se bajó de la furgoneta, esperó a que el perro hiciera lo propio e inició lo que resultó ser una sorprendentemente larga caminata cuesta arriba por un camino de tierra plagado de hojas. El canto del gallo sonaba cada vez más fuerte.

Capítulo 5

POR fin –murmuró Winnie cuando, veinte largos y asfixiantes minutos después, se topó con el refugio de montaña de madera y cristal, construido a varios niveles, en medio de un claro infestado de aves de corral. «No es el mejor sitio para estar si se declara un incendio en el bosque», pensó en medio de la algarabía del cacareo de las gallinas alrededor del border collie. Annabelle y ella caminaron entre las gallinas. En realidad, Winnie se abría paso entre ellas mientras Annabelle ejercía de pastora. Por fin, subieron las escaleras de piedra que conducían al porche de madera. Winnie llamó al timbre y se volvió para admirar la increíble vista mientras esperaba a que Florita contestara. Unos segundos después, oyó abrirse la puerta. No era Florita.

– ¿Tienes gallinas?

– Flo tiene gallinas –gruñó Aidan.

– Y hablando de Flo... ¿dónde está?

– Fuera. Se ha ido de compras con su sobrina.

– ¿Tess? ¿La que está embarazada...?

– ¿Qué quieres?

– No estás de muy buen humor por las mañanas, ¿eh? –Winnie suspiró, mientras Aidan le dedicaba una mirada furiosa, e intentó no fijarse en lo bien que le sentaba la ropa manchada de pintura. Ni en los cabellos, aún mojados de la ducha, que formaban angelicales rizos alrededor de un rostro nada angelical. Ni en el hecho aparente de que las hormonas de ella respondían a la perfección a las feromonas de él—. No tengo batería en el coche –dijo al fin, casi sin aliento—. Necesito una guía de teléfonos. O el número de un mecánico.

– ¿No perteneces a ningún club de automovilismo?

– Ya que nunca viajo, quiero decir hasta ahora, no me pareció que el gasto mereciera la pena.

– ¿Te has dejado las luces encendidas?

– No. No me he dejado las luces encendidas –dijo ella con irritación.

– ¿De modo que te subiste a tu furgoneta y condujiste hasta aquí sin comprobar antes que todo funcionaba correctamente?

– Déjame que te lo aclare, Aidan. Este pequeño desvío no entraba en mis planes para esta mañana, de modo que ya estaba bastante enfadada cuando abriste la puerta. Por supuesto que puse a punto la furgoneta antes de venir. Y la batería es nueva. La cambié precisamente para el viaje. No tengo ni idea de por qué está agotada. De modo que si eres tan amable de pasarme la guía telefónica...

– ¿Has venido andando desde la casa vieja?

Aidan, aparentemente inmune a la bronca que ella acababa de echarle, miraba por encima del hombro de Winnie.

– Salvo ensillar a Annabelle, no tenía otra opción –Winnie se preguntaba qué

vapores habría estado aspirando aquel hombre durante años—. ¿Qué haces?

Lo que hacía era ponerse una cazadora vaquera y salir de la casa cerrando la puerta tras de sí.

—Bueno, ¿qué vas a hacer? —Aidan se volvió hacia ella—. ¿Vienes conmigo o no?

—Disculpa —ella se cruzó de brazos—, he debido desmayarme durante un segundo y me he perdido un fragmento de conversación. ¿Acompañarte adónde?

—A tu furgoneta, por supuesto —Aidan suspiró.

—Y... ¿por qué me llevas de vuelta a mi furgoneta?

—Para que pueda echarle un vistazo —un nuevo suspiro—, antes de que llames a cualquiera encantado de sacarte los cuartos por no hacer prácticamente nada.

—Es que no me pegas como mecánico —Winnie no pudo evitar apreciar lo encantador que era su acento irlandés, que se hacía más fuerte cuanto más alterado estaba.

—Las apariencias pueden engañar. Y ahora, ¿podemos irnos ya? No dispongo de todo el día.

—Por el amor de Dios, dame la maldita guía para poder llamar a un mecánico o a alguien...

—No sé dónde está —dijo Aidan sin dejar de caminar hacia su furgoneta.

Tras soltar un suspiro, Winnie lo siguió.

Diez minutos después, obtuvo un veredicto.

—No es la batería —la voz de Aidan surgió de las entrañas de la furgoneta—. Es el alternador.

—¿Bromeas? —en contra del sentido común, ella se pegó a Aidan para echar un vistazo al motor, apenas incapaz de ignorar el bombardeo hormonal que atronaba sus venas.— ¿Y eso es lo que se ha cargado mi batería?

—Parece.

No es que Winnie supiera realmente qué estaba mirando, pero al menos sabía para qué servía un alternador. También sabía para qué servían los riñones, pero no tenía ni idea de qué aspecto tenía ninguna de las dos cosas. Con su suerte, seguramente le saldría más barato un riñón nuevo.

—La buena noticia es que puedo cambiarte las dos cosas y ahorrarte un montón de dinero —dijo Aidan como si le hubiera leído la mente.

—¿Y la mala noticia?

—¿Qué te hace pensar que hay una mala noticia? —él cerró el capó y se limpió las manos con un trapo viejo que sacó de su propia furgoneta.

—A lo mejor lo digo por ese nubarrón que siempre llevas sobre la cabeza.

—Si nos vamos a Santa Fe ahora mismo —él la miró exasperado durante unos segundos antes de suspirar —, llegaremos a tiempo para comprar las piezas y estarás en camino después de comer.

—Odio causarte tantas molestias...

—También podemos quedarnos aquí a discutir el resto de la mañana, o puedes dejar de ser tan malditamente cabezota para que así nos podamos poner en marcha.

—¿Puede venir Annabelle también?

- Sí – nuevo suspiro –. Annabelle puede venir.
–No puedes esperar a que me largue de aquí, ¿verdad? –dijo ella mientras se sentaba a regañadientes en el asiento del acompañante.
–Nunca escuché verdad más grande –murmuró Aidan tras ponerse al volante.

«No tienes ni idea», pensó Aidan mientras salían a la autovía que conducía a Santa Fe, «de cuánto deseo que te largues». Esos ojos azules y la bonita boca estaban causando verdaderos estragos. Jamás se había considerado a sí mismo como un protector de mujeres, ni siquiera antes de conocer a June, que se enorgullecía de ser autosuficiente. Al principio, Aidan había dado por hecho que esa autosuficiencia se debía a que June era mucho mayor que él, pero con el tiempo se dio cuenta de que ella, sencillamente, era así.

Y no era que Winnie fuera desvalida, aparte de su evidente incapacidad para elegir un buen mecánico. Al contrario. Aidan sospechaba que cualquier intento por parte de un hombre de protegerla, acabaría con ese hombre hecho puré. Aun así, había algo en ella...

- ¿De verdad sabes cambiar una batería y un alternador? –preguntó ella.
–De verdad sé hacerlo –desde el asiento trasero, el perro gruñó–. La familia de mi madre ha sido granjera durante generaciones. A los catorce años ya tenía experiencia como mecánico de tractores. Y, de todos modos, cuando vives en el campo aprendes a arreglártelas por tu cuenta.
–Entiendo –dijo ella antes de sumirse en sus propios pensamientos.
–De modo que –Aidan descubrió que el silencio era mucho peor que el parloteo de Winnie–, ¿qué piensas hacer cuando vuelvas a tu casa?
–Por favor, no te sientas obligado a mantener una conversación por cortesía –dijo ella con aire cansado–. Sé que no te interesa saberlo realmente.
–Siento haberte parecido algo... brusco –el comentario de ella le había hecho más daño del que esperaba–. Es una de las consecuencias de guardármelo todo –al ver que ella no contestaba, la miró de reojo–. Y eso es lo mejor que sé disculparme. Si esperabas algo más...
–No espero nada, Aidan. Jamás lo esperé –ella hizo una pausa–. Nunca lo hago.
–¿De verdad te ha ido tan mal? –preguntó él.
–No tanto –dijo ella a la defensiva–. Simplemente ha habido muchas... desilusiones por el camino. Una promesa incumplida por aquí, un corazón roto por allá... –ella soltó una risita–. Claro que, tengo a mi perro. Y tengo amigos, y una casa y un negocio... podría irme mucho peor –ella dudó un instante–. Dadas las circunstancias, creo que me va bien, por si acaso surge el tema con Robbie. No fumo, no bebo demasiado, no hago trampas, no apuesto con dinero, y cuando digo que voy a hacer una cosa, la hago. Mi carrera me costó seis años, pero la terminé.
–No me pareces una empollona.
–Estamos hablando de una diplomatura en educación infantil –ella rio–, no una tesis doctoral en física avanzada. Aunque tampoco fue un paseo por el campo. No tienes ni idea de la psicología que hay que estudiar, y eso sólo para la escuela infantil –volvió a reír–. Los niños son estupendos. Y mientras espero a tener los míos

propios...

Winnie dio un respingo que sobresaltó a Aidan, pero levantó una mano para tranquilizarlo.

—Lo siento, lo he dicho sin pensar. Mejor hablemos de ti.

—Ya sabes todo lo que necesitas saber de mí.

—Si te refieres a la cita con el abogado hace nueve años, creo que hace falta una puesta al día.

—Y si tu coche no se hubiera estropeado, te habrías marchado sin tu «puesta al día».

—Cierto. Pero está claro que no era mi destino volver a casa esta mañana.

—Eso no quiere decir forzosamente que estemos destinados a estar juntos.

—Cielo santo. ¿Ha sido eso un intento de hacer humor?

—No.

Ella rio y Aidan suspiró, porque, en el fondo él tampoco era mala persona, sólo alguien que pretendía vivir una vida lo menos complicada posible. Y, si bien no le disgustaba del todo el buen humor de Winnie, no le atraía en absoluto nada más de ella.

—Ya hemos llegados —dijo él con alivio.

El coche salió de la autovía y se dirigió al aparcamiento para clientes de la tienda de repuestos. Ambos bajaron de la furgoneta y cerraron las puertas casi al unísono. Winnie se adelantó unos pasos y Aidan se apresuró para darle alcance, vagamente consciente de las luces rojas y el rugido del motor del todoterreno, justo antes de que el conductor lo lanzara marcha atrás.

—¡Jesús! —gritó Aidan mientras tiraba de Winnie a tiempo de evitar que fuera aplastada por el vehículo—. ¿Estás bien? —preguntó mientras la sujetaba contra su pecho y le hablaba al oído.

La proximidad y el aroma de la mujer se abrieron paso a través de su autocontrol, y del torrente de adrenalina. Un recuerdo susurró en su sangre y por toda su piel.

—Sí, estoy bien —dijo ella, aún jadeante—. Ya puedes soltarme. Tras estar nuevamente libre, miró en la dirección del coche huido y soltó un improperio antes de continuar hacia la tienda. Pero, de repente se paró y se volvió hacia Aidan—. Eres todo un farsante.

—¿Cómo? —dijo él.

—Hablas con brusquedad y representas toda esa pantomima de, «me importan un bledo los demás», como si pretendieras ahuyentar a la gente —ella gesticulaba exageradamente mientras abría la puerta de la tienda—. Pero cualquiera con dos dedos de frente se daría cuenta de que no es más que una pose.

Inexplicablemente furioso, Aidan agarró a Winnie por el brazo, una vez dentro de la tienda. Ella se volvió con una expresión mezcla de irritación y curiosidad. ¿Temor? No, ni pizca.

—Créeme —espetó él con el corazón latiendo a todo galope—, me importa Robbie, y las personas que son algo para mí. Sólo porque prefiera que mi círculo sea reducido, no quiere decir que no me importen las personas que están en él —tras soltarla, concluyó—. ¿Te ha quedado claro?

Sus miradas se fundieron durante unos segundos, antes de que, sin mediar palabra, ella se dirigiera hacia el mostrador del fondo. Mientras tanto, Aidan fue consciente de

que todos los ojos masculinos del local se habían vuelto hacia ella.

Con el ceño fruncido, intentó desesperadamente descubrir qué encontraban tan malditamente interesante en ella, pero fracasó miserablemente. De acuerdo, tenía una manera de andar algo... atractiva. Y cualquier hombre se fijaría en sus brillantes cabellos, o en cómo los desgastados vaqueros se ajustaban a sus piernas y ese trasero bajo la suave chaqueta de terciopelo. Pero, aparte de eso... Winnie no tenía nada de extraordinario. Desde luego, no era la clase de mujer que hacía que a los hombres se les saltaran los ojos. Y, desde luego, no había ningún motivo para sentir esa punzada de celos porque esos tipos la miraran.

Winnie le explicó al dependiente exactamente lo que necesitaba y, tras recibir un gesto de confirmación por parte de Aidan, el hombre desapareció y volvió instantes después... sólo con la batería.

—Lo siento, no nos queda ningún alternador. Vamos a hacer una cosa —el dependiente empezó a teclear sobre un ordenador—. Sí. Mañana me podrían mandar uno de una de mis tiendas de Albuquerque. O se lo puedo reservar si quieren ir hasta allí a recogerlo ustedes mismos.

—Maldita sea —murmuró Winnie antes de volverse a Aidan—. No puedo pedirte que me lleves hasta Albuquerque. Tardaríamos en ir y volver, ¿cuánto? ¿Dos horas?

—A estas horas, seguramente tres —Aidan rechinó los dientes—. Pero no me importa, en serio.

—Pues claro que te importa, perderías casi todo el día. Y, de todos modos, yo no podría marcharme hasta esta noche. Llámame loca, pero no me gusta conducir de noche —se volvió hacia el dependiente—. ¿Hay alguna otra tienda de repuestos aquí?

—Desde luego —afirmó el servicial dependiente, claramente hechizado, mientras colocaba una guía de teléfonos sobre el mostrador—. Haga las llamadas necesarias mientras yo atiendo a esas personas y después me dice lo que ha decidido.

Tras suspirar ruidosamente, Winnie empezó a llamar desde su móvil. Cinco minutos, y cinco llamadas, después, miró a Aidan con espanto.

Por motivos que sólo el Altísimo conocía, no había ni un solo alternador a ochenta kilómetros a la redonda.

Un día más

Podría soportarlo, se dijo Winnie mientras iban de vuelta a Tierra Rosa. Todavía sentía escalofríos al recordar los fuertes brazos que la habían sujetado, el calor y el masculino pecho contra su espalda. «Ha pasado mucho tiempo».

Por supuesto, Aidan no había hecho otra cosa que salvarle la vida. No es que hubiera deseado sujetarla, de modo que no contaba. Aunque sus hormonas gritaban que se equivocaba.

Winnie lo miró de reojo, tenía la mandíbula apretada, una expresión sombría y la mirada fija al frente, e intentó descubrir por qué se sentía atraída hacia él.

Desde luego era atractivo, pero eso no bastaba para que se sintiera atraída hacia alguien, ya no bastaba. No recordaba cuándo había sido la última vez que había perdido la cabeza por un montón de músculos y una bonita sonrisa. No es que la sonrisa de Aidan, si es que tenía una, fuera bonita, aunque recordaba vagamente un

recital de sonrisas cuando se conocieron y él intentaba convencerla de que June y él serían unos buenos padres para su bebé...

—¿Sí? —dijo Aidan al contestar al teléfono y sacarla de su ensoñación—. Estoy conduciendo, Robbie, si la policía me pesca, me va a freír... no, Flo no me lo dijo, seguramente ella tampoco lo sabía... pues claro. Enseguida estoy ahí.

Tras dejar el móvil en el portavasos, miró de reojo a Winnie.

—Al parecer, Robbie se olvidó de decirnos que hoy salía antes. Dado que Flo aún tardará en volver, tengo que ir a buscarle —Aidan se rascó la barbilla—. Ya lleva quince minutos esperando, y el colegio está camino de la propiedad. Si te dejo a ti primero, me retrasaré todavía más.

—No hay problema —dijo Winnie con un nudo en la garganta.

—¿Seguro?

—Por el amor de Dios, Aidan. Esta mañana me he puesto los pantalones de chica grande. Podré con ello, ¿de acuerdo?

Al menos haría todo lo posible.

Con la melena al viento y la mochila colgando, Robbie echó a correr en cuanto vio aparecer el coche de su padre, pero se paró en seco al descubrir a Winnie y, aparentemente, a Annabelle que había sacado la cabeza por la ventanilla a modo de bienvenida. Cuando el niño estuvo más cerca, Winnie advirtió el rastro de lágrimas en sus mejillas.

—¿Cómo es que nadie ha venido a buscarme? —dijo indignado mientras se sentaba junto al perro.

—Porque nadie sabía que hoy salías antes —contestó Aidan con dulzura mientras Winnie miraba al frente intentando no entrar en combustión.

—¡Había una nota y todo en mi mochila!

—¿Estás seguro de eso? Porque yo no vi ninguna nota cuando revisé tu mochila anoche. Pero, ya está, ¿no? —dijo Aidan mientras le dedicaba una sonrisa a Robbie.

«Cielo santo», pensó Winnie al captar la sonrisa. Había olvidado esos hoyuelos.

Durante todo ese tiempo, Annabelle había estado ocupada prodigándole al niño lametones hasta arrancarle una sonora carcajada. «Así deberían sonar los niños», pensó Winnie.

—Creía que te marchabas hoy —dijo Robbie entre risas.

—Mi furgoneta tenía otros planes, cariño. Tendré que intentarlo de nuevo mañana.

—¡Robson, el cinturón! —dijo Aidan cuando el niño asomó la cabeza entre los asientos delanteros.

—¿Puede venir Jacob a casa más tarde? —el niño se colocó en su asiento y se abrochó el cinturón—. Su mamá dijo que le dejaba si a ti te parecía bien.

Aidan lo miró a través del espejo retrovisor con cara de angustia. Ya había perdido toda la mañana y con Robbie en casa, y Florita que aún no había vuelto, también iba a perder la tarde.

—Claro —dijo él tras sonreír—. ¿Por qué no?

—¿Winnie también? —dijo el niño—. Quiero decir ahora, no más tarde.

Winnie no estaba segura de quién estaba más tenso, si Aidan o ella.

—Bueno... —dijo Aidan.

—Por favor —dijo Robbie.

– Cariño... no sé... ya le he hecho perder bastante tiempo a tu papá – dijo Robbie.

– De acuerdo – murmuró Aidan.

Winnie lo miró fijamente en busca de apoyo. Pero, para recibir apoyo, era necesario el contacto visual, y Aidan no lo estaba estableciendo.

Robbie prometió hacer él mismo la comida si su padre tenía cosas que hacer, por lo que a Winnie no le quedó más que suspirar. «¿Qué daño pueden hacer unas cuantas horas más?», pensó.

– Me encantaría – dijo al fin, provocando el grito de júbilo de Robbie.

«¿Qué demonios te pasa», le dijo Aidan mentalmente a Winnie mientras ésta seguía a Robbie por la casa. Como poco, le había impresionado su capacidad para encajar los golpes. Sonreía y reía, cuando era evidente que no estaba nada contenta.

Debería tomar nota, pensó. Nada mejor que un invitado sorpresa para hacerte ver tu casa desde otra perspectiva. La cocina era el dominio de Florita, en el resto de la casa no intervenía apenas, perdida su batalla contra el desorden.

Aidan y June nunca habían considerado las tareas de la casa una prioridad, y por eso habían contratado una asistenta. Aunque el salón y el estudio de June ya no se dedicaban a las múltiples causas que ella había emprendido, aún conservaban el mismo aspecto de desorden. Y la invitada sorpresa no se perdía detalle.

Aidan se sorprendió al descubrir lo mucho que le importaba lo que ella opinara. Sobre todo al llegar al dormitorio de Robbie. ¿Interpretaría la enorme cantidad de libros, la colección de dinosaurios y el techo decorado con estrellas como un reflejo de todo lo que ella jamás se habría podido permitir comprarle, o como una evidencia de haberlo malcriado?

¿Qué pensaría? «Menos mal, hice lo correcto», o «Pero, ¿en qué estaría pensando?».

– ¡Papá! – exclamó Robbie –. ¿Hace falta que nos sigas a todas partes?

– Cariño – murmuró Winnie muy colorada –, papá seguramente no se siente cómodo dejándote a solas conmigo, porque soy prácticamente un extraño – «la pelota está en tu tejado», pensó mientras miraba a Aidan.

Aidan vio una súplica en los ojos de su hijo que no acababa de entender. Tenía la sensación de que, de repente, había perdido el control de la situación aunque, en el fondo era consciente de que cuanto más intentara mantener el control, más se le iba a escapar. June siempre se había tomado las cosas tal y como habían surgido, confiando en que los sucesos siguieran el rumbo correcto. Era esa faceta de su carácter la que le había atraído hacia ella. Y, quizás, la que más echaba de menos desde su muerte. Por eso sus propias palabras le sobresaltaron.

– No hay problema. Iré a preparar la comida. ¿Os parece bien una sopa de lata y sándwiches de queso a la plancha? La cocina no es precisamente lo mío.

– ¿Sopa y sándwich de queso a la plancha? A mí me parece estupendo – los ojos de Winnie reflejaban una mezcla de gratitud, compasión y deseo de hacerse la fuerte.

Capítulo 6

WINNIE todavía tardó un rato en salir de su ensoñación. Era evidente que Aidan se sentía agobiado por lo que pudiera suceder, por si ella metía la pata o si Robbie explotaba. Respecto a lo primero, no había peligro. En cuanto a lo segundo, no había modo alguno de predecir la reacción de un niño que había sufrido una pérdida tan grande.

Un día más...

—Y en esas estanterías —decía Robbie—, están todas las construcciones de Lego que he hecho. Genial, ¿a que sí?

—Genial —asintió Winnie mientras pensaba, «chico, has tenido verdadera suerte».

La luz entraba por dos enormes ventanas e iluminaba el paraíso de cualquier niño. La habitación era una mezcla de palacio de videojuegos, museo y biblioteca. Robbie seguramente no tenía ni idea de lo afortunado que era, puesto que no tenía nada con lo que comparar. Pero tampoco habría tenido la menor idea de lo que se perdía si... Se paró frente a una enorme foto de Robbie junto a sus padres tomada unos pocos años atrás. Un sonriente Aidan abrazaba a June por detrás, y una todavía más sonriente June hacía lo propio con Robbie. Miró alternativamente a uno y a otro, deteniéndose demasiado en Aidan.

—Ésa es mi mamá —Robbie se sentó a su lado con un artilugio hecho con piezas de plástico.

—Ya me lo he imaginado. ¿Cuántos años tenías?

—No sé —el niño se encogió de hombros—. Puede que cinco. Ella aún no estaba enferma, de eso estoy seguro —Robbie se tumbó sobre la colcha de brillantes colores mientras el aroma de la mantequilla fundida empezaba a llegar al dormitorio—. Mamá pintó esas estrellas del techo.

—Vaya —Winnie miró hacia arriba—. Debió haberle llevado mucho tiempo.

—Supongo. Estuve en el hospital con apendicitis. Cuando volví ya estaban.

—Cuántos libros —Winnie intentó ignorar la punzada de dolor que sintió al pensar que su hijo había tenido apendicitis sin ella saberlo—. ¿Los has leído todos?

—Algunos. Mamá y papá me leyeron los demás. Sobre todo mamá —hizo una pausa—. Incluso cuando estaba demasiado enferma para moverse, seguía leyéndome.

—Sienta bien hablar de tu mamá, ¿verdad? —el dolor en la voz de Robbie hizo que las lágrimas afloraran a los ojos de Winnie.

—A papá no le gusta que hable de ella —Robbie asintió tras darle vueltas al artilugio que tenía en la mano durante unos instantes.

—¿Por qué dices eso?

—Lo sé. Eso es todo —el chico se encogió de hombros.

—¿Y qué pasa con Flo? —Winnie se agachó junto al chico—. O... alguien en el colegio.

—Flo siempre parece que tiene ganas de llorar. Y en el colegio es como si... — tras suspirar, soltó el juguete y miró a Winnie—. Desde que mamá murió, nadie me trata con normalidad. Los adultos actúan como si fuera a molestarme, y los otros chicos... a veces creo que tienen miedo de que si hablan de la muerte de mamá, les pueda suceder a ellos también. Es un asco.

—Sí, lo es —ella se había sentido igual tras la muerte de sus padres. Sobre todo en cuanto a no ser tratada con normalidad—. Deberías contarle a tu papá cómo te sientes.

—No puedo.

—Seguro que puedes —ella lo miró a los ojos—. ¿Quieres que intente hablar con él? ¿Te ayudaría?

El niño se encogió de hombros.

—Pero, si puedes hablar conmigo...

—Eso es diferente.

—¿Por qué?

Desde la planta inferior surgió la voz de Aidan que los llamaba.

—Robbie —dijo ella con dulzura mientras se ponía en pie—. Yo no... no estaré por aquí mucho tiempo. Tienes que encontrar a alguien con quien puedas hablar, ¿de acuerdo? Y, a lo mejor ahora que ha pasado algún tiempo, tu padre está más dispuesto de lo que crees.

—Nos está llamando, será mejor que bajemos —dijo Robbie mientras se dirigía hacia la puerta, dejando a Winnie atrás.

En más de un aspecto.

Aidan levantó la vista de los cuencos de sopa cuando Winnie entró, sola, en la cocina.

—¿Dónde está el chico?

—Lavándose —ella evitó claramente su mirada.

—Y... ¿qué tal?

—Dame un minuto —susurró ella mientras ayudaba a poner la mesa. Tras suspirar, se irguió y, con las manos hundidas en los bolsillos de la sudadera, miró a su alrededor—. Una casa maravillosa.

—¿Intentas cambiar de tema?

—Ahora mismo tengo un agujero del tamaño de Montana en mi pecho —ella rió amargamente—. Y no tengo ni idea de cómo rellenarlo. Intenta ser amable. Si yo digo «una casa maravillosa», tú contestas, «muchas gracias», o lo que sea. No me importa.

—Me temo que está un poco desordenada —aunque no había motivo para sentir pena por ella, a fin de cuentas nada de eso habría sucedido si ella se hubiera quedado en Texas, Aidan la sintió.

—De eso nada. Lo que parece es que está habitada. Mi abuela tenía la obsesión de que su casa estuviera siempre inmaculada, pero la limpieza y el abrillantado siempre me parecieron una pérdida de tiempo. ¿De qué sirve guardar las cosas si vas a necesitarlas en un par de horas?

—Exactamente —Aidan se sintió mejor.

Desde el cuarto de baño se oía a Robbie cantar a pleno pulmón.

—¿Siempre lo hace? —Winnie sonrió.

— Antes sí — dijo Aidan mientras servía leche para Robbie y té para ellos—. A todas horas. La falta de talento la suple con entusiasmo.

— Si te sirve de ayuda — Winnie rio mientras jugueteaba con la manga de la sudadera —, no me importa quedarme mientras esté aquí el amigo de Robbie. Quiero decir, hasta que vuelva Flo. Para que tú puedas trabajar...

— No puedo pedirte algo así...

— Es para asegurarnos de que los chicos no se metan en ningún lío. Créeme, ellos no querrán que una chica les moleste, de modo que no hay ningún motivo oculto aquí. Lo juro — dijo ella mientras se ruborizaba—. Además, es lo menos que puedo hacer.

— ¿Sabías que es la primera vez desde la muerte de June que Robbie me pide permiso para traer a un amigo? — dijo Aidan tras contemplarla unos instantes.

— Madre mía... no tenía ni idea.

— Y no me importa que haya otro niño en casa. Pero...

— Déjame adivinar. June era la que entretenía a los chicos.

— Yo nunca he sabido muy bien qué hacer con ellos — las mejillas de Aidan se colorearon—. Por eso... te agradezco el ofrecimiento.

— Todo solucionado. Y no es que pretenda mantener en secreto la conversación con Robbie. Es que... — ella se sentó en una silla—. Dice que no puede hablar contigo sobre June.

— ¿Qué? — Aidan frunció el ceño—. ¡Pues claro que puede hablar conmigo!

— Pues él no lo cree. Los chicos son muy sensibles, Aidan — dijo ella con cautela—. Si a ti te incomoda hablar de ella, él lo notará. Ya sé... ya sé que me meto donde no me llaman, pero te lo tenía que decir. Y que conste que no es una crítica.

— ¿No lo es?

— Claro que no. Cada uno vive el duelo a su modo. Yo también me encerré en mí misma tras la muerte de mis padres. Tenía que salir de ello sola. Y mi abuela... — Winnie soltó otra risita amarga—. Era como si la única manera que tuviera Ida de superar la muerte de su hija era recordando la gran desilusión que había sido para ella — alargó una mano para colocar las cucharas—, pero Robbie es diferente. Necesita que alguien lo escuche. Necesita compartir sus recuerdos. Si te resulta demasiado doloroso, puede que necesites encontrar a alguien...

— Un momento... ¿me estás diciendo que te ha hablado sobre su madre?

— Menuda ironía, ¿verdad? — dijo ella tras asentir.

— Pero, yo soy su padre. ¡Por el amor de Dios!

— A eso voy — dijo Winnie mientras las pisadas de Robbie sonaban cada vez más fuertes en el pasillo y ella se volvía para recibirlo con una sonrisa.

— ¿Por qué está Winnie preparando pizza en mi cocina con Robbie y otro chico que no conozco? — la luz del estudio casi había desaparecido cuando Aidan oyó la voz de Flo a su espalda.

— Ya era hora de que volvieras — gruñó él mientras limpiaba el pincel con un trapo—. Y ese chico es Jacob, al que ya conoces, puesto que yo también lo conozco.

— Es que al final todos se parecen — dijo Flo—. El rojo de ahí — añadió mientras señalaba un extremo del lienzo—, se mata con todo lo demás.

–Creo que has olvidado nuestro acuerdo –Aidan detestaba trabajar con público y que hicieran comentarios sobre una obra inacabada.

–¿Y cómo es que esa mujer a la que estabas dispuesta a enviar a otro planeta ayer mismo está preparando la cena y cuidando de tu hijo? –Flo no se había amilanado lo más mínimo.

–Su coche se estropeó. Le prometí arreglárselo, pero las piezas no estarán hasta mañana.

–¿Y ése es motivo suficiente para dejarla sola con Robbie? ¿Ya confías en ella hasta ese punto?

–Sí –Aidan frunció el ceño mientras contemplaba el lienzo—. ¿De verdad crees que hay demasiado rojo?

–¿Bromeas? Parece la matanza de un cerdo. No sé en qué estás pensando, jefe, pero no me hace falta una bola de cristal para predecir que habrá corazones rotos en tu futuro. ¿Acaso no has visto cómo mira a Robbie?

Por supuesto que lo había visto. En la mirada de Winnie había una mezcla de asombro y remordimiento que le revolvió el estómago. No sabía por qué confiaba en ella, ni por qué estaba dispuesto a arriesgarse. Pero se le había ocurrido que, ¿por qué no podía compartir con ella lo que tan generosamente les había entregado a June y a él?

–¿Qué tal está Tess? –dijo mientras le daba la espalda al lienzo—. Ya le queda poco, ¿no?

–Dos semanas. La he ayudado a preparar la habitación del bebé. Esperaba que a Rico le concedieran un permiso para estar aquí para el nacimiento, pero parece ser que hasta la primavera lo tendrá difícil. Gracias a los móviles y los ordenadores, llama a casa casi todos los días desde Irak. Nada que ver cuando mi Jorge estuvo en Vietnam, a veces entre dos cartas...

–¿Alguna vez te ha hablado Robbie de June?

–Lo animé a hacerlo –dijo Flo tras unos segundos de silencio—, al principio, aunque para mí era muy duro, pero él no quiso. Al final pensé que si alguna vez quería hablar, lo haría. ¿Por qué?

–Se me había ocurrido. Nada más –dijo Aidan con la mirada perdida en el lienzo—. ¿Crees que podrías preparar una ensalada para acompañar a la pizza?

–Claro, jefe –dijo Flo en tono burlón—. Lo haré ahora mismo.

«¿Qué demonios...?». Aidan frunció el ceño mientras seguía a la asistenta con la mirada.

Winnie estaba segura de que nadie en el mundo escaparía a las vibraciones de censura que emitía Flo por invadir su territorio, mientras ella supervisaba a dos pares de pequeñas manos que cubrían la pizza de aceitunas y pimiento. Aunque no sabía bien si era porque estaba con Robbie o porque estaba en la cocina. Seguramente una mezcla de ambos.

–No hagas eso –dijo Winnie cuando la mujer empezó a limpiar la harina caída en el suelo y a recoger todo—. Íbamos a limpiarlo todo nosotros en cuanto la pizza estuviera en el horno.

—No es molestia. Es mi trabajo —dijo Flo sin mirarla, aunque sin quitarle los ojos de encima.

—¿Así está bien? —preguntó Robbie con orgullo mientras el corazón de Winnie daba un vuelco.

—Así está bien.

Una vez la pizza en el horno, Winnie les dijo a los chicos que se fueran a jugar y luego tomó un estropajo para limpiar el único rincón que se le había escapado a la asistente.

—No quería pisotear tu terreno, pero se hacía tarde y los chicos tenían hambre...

—¿Y exactamente qué crees que estás haciendo?

—¿Preparar la cena? —Winnie la miró perpleja.

—No juegues conmigo —dijo Flo mientras la señalaba con un dedo—. ¿Por qué intentas que Robbie se encariñe contigo si sabes muy bien que te marcharás, rompiéndole el corazón?

—¿De qué demonios hablas? —dijo Winnie tras conseguir recuperar la voz—. No llevo más que una tarde aquí. Yo pienso que...

—Pues entonces deberías pensar más. Sobre todo antes de actuar.

—Yo no tenía previsto estar aquí hoy —Winnie cruzó los brazos sobre el agitado corazón—. Es más, lo tenía todo previsto para marcharme esta mañana, pero mi furgoneta se rompió y vine aquí a buscar una guía de teléfonos. ¿Adónde iba a ir? Pero Aidan no sabía dónde estaba...

—¡Está aquí mismo! —dijo Flo con exasperación mientras señalaba a algo que, desde luego, parecía una guía, justo debajo del teléfono colgado de la pared junto a la nevera—. Lleva ahí desde que vine a trabajar a esta casa.

—Yo sólo te digo lo que él me dijo a mí —dijo Winnie mientras pensaba que los hombres eran así—. Y entonces decidió jugar a ser mecánico, y eso nos llevó hasta Santa Fe, donde nadie tenía la pieza que necesito. Después, recogimos a Robbie en el colegio porque, al parecer, Aidan no tenía ni idea de que hoy salía antes y tú no estabas, y el chico insistió en que viniera a comer. Yo me hubiera negado, pero Aidan dijo que estaba bien. No fui yo. Y una vez aquí, me ofrecí a cuidar a los niños para que Aidan pudiera trabajar ya que había perdido toda la mañana por la maldita furgoneta, y entonces se hizo tarde y decidí preparar la cena porque me pareció lo lógico. Si eso me convierte en una especie de manipuladora, pues ¡perdóname por estar viva!

—Lo siento —Florita la miró durante unos segundos antes de soltar una carcajada—. Es que me preocupo por los dos. Y te veo aquí, en mi cocina, preparando pizza y abriéndote un hueco en esta familia, y pienso que tú no tienes familia propia y...

—¿Y crees que busco una familia aquí? —Winnie suspiró—. Confía en mí. Nada más lejos de mi intención. No hacía más que preparar la cena. Mañana Aidan arreglará mi furgoneta y me perderéis de vista para siempre.

—¿Has preparado tú la masa de la pizza? —Flo se dirigió a la nevera en busca de lo necesario para la ensalada.

—Encontré harina y levadura —Winnie procuró mostrarse conciliadora—, y esa piedra para pizza, de modo que preparé una masa. Era eso o un redondo de ternera para cincuenta personas.

—Deberías estar casada —Flo sonrió mientras sacaba de la nevera lechuga, tomates y

un pepino.

—Lo anotaré en mi lista. Pero, ¿acaso es asunto tuyo?

—Estás en mi cocina —dijo ella—. Tengo derecho a hacer preguntas. Además, esto es muy aburrido y no tengo otra cosa que hacer.

—¿Qué quieres que te diga —Winnie empezó a pelar el pepino—. Aún no me ha sucedido.

—¿Algún *pendejo* te dejó tirada? —preguntó la asistente.

—En realidad, más de uno —contestó Winnie.

—¿Una chica guapa como tú? Me sorprende que los hombres no hagan kilómetros de colas.

—Vivo en una ciudad más pequeña que ésta, Flo —«¿guapa?», pensó Winnie—. No hay hombres suficientes para formar una cola de seis metros, mucho menos una de kilómetros.

—Deberías irte de allí.

—No creas que no lo he pensado, pero hasta ahora no podía. Y, de todos modos, no es fácil arrancar las raíces —Winnie le pasó el pepino a Flo y miró por la ventana—. Esto es precioso. Lo más parecido a la naturaleza que tenemos allí es algún armadillo atropellado junto a la carretera.

—Los inviernos pueden ser muy duros aquí.

—No puede ser peor que la bofetada de arena que recibes en el rostro en cuanto sales a la calle.

—Tierra Rosa es como cualquier otra ciudad pequeña —Flo soltó una risita—. Tiene sus cosas buenas y malas.

—Tú aún sigues aquí.

—Como bien dijiste... las raíces.

—¿June también era de por aquí? —Winnie se sentó sobre un taburete frente a Flo.

—Cerca —el rostro de la asistente se ensombreció—. De la siguiente ciudad. Sus padres también han muerto —el cuchillo atravesó un tomate a cámara lenta—. A veces casi siento su presencia.

—¿De quién? ¿De June?

—Sí. Sobre todo cuando nos acercamos a los días de los muertos.

—Yo nunca fui muy aficionada a eso.

—Te parece lúgubre, ¿verdad? —Flo sonrió—. Pero en realidad es una celebración, y en México es muy importante. Nos reunimos para recordar a los que ya se fueron, reímos, contamos anécdotas, les demostramos que no les hemos olvidado, que seguirán vivos en nuestro recuerdo. En nuestros corazones. Es el momento de demostrar que no se teme a la muerte, porque jamás podrá quitarnos a nuestros seres queridos.

—Dicho así, tiene mucho sentido. Pero, ¿qué pasa si...?

—¿Qué? —Flo la miró a los ojos.

—Nada —dijo Winnie, sin poder evitar pensar en aquellas personas que morían sin familia. ¿Quién celebraba sus vidas? ¿Quién las recordaba?

—Todo el mundo adoraba a la señorita June, ¿sabes? —dijo Flo—. Si hacía falta, te ponía en tu sitio con tres palabras, pero, Dios mío, jamás conocí a alguien con un corazón más grande. La gente a veces hablaba y decía cosas feas. Porque la señorita

June era mucho mayor que el jefe. Pero, ¿qué sabe el amor de edades? —ella se encogió de hombros—. Sobre la amistad. Porque jamás se vio a dos personas que fueran más amigas. Y sé que él aún la echa muchísimo de menos.

—Seguro que sí —dijo Winnie—. ¿Lo llamas «jefe»?

—La señorita June lo llamaba así a veces para hacerle reír —Flo sonrió—. Si habían estado discutiendo, ella ponía esa carita y decía, «lo que tú digas, jefe».

Apenas salieron las últimas palabras de boca de la asistenta cuando prorrumpió en sollozos. Winnie saltó de inmediato a su lado y la rodeó con sus brazos mientras pensaba que, si June hubiera tenido la menor idea de lo mustios que estaban todos por allí, se enfadaría mucho.

Pero ya que ella estaba allí, a lo mejor podría intentar hacer algo...

Capítulo 7

WINNIE Porter era una extraña criatura, decidió Aidan sentado frente a ella durante la cena.

Se había quedado fuera de la cocina mientras escuchaba, más tiempo del políticamente correcto, la conversación entre ella y Flo, porque estaba demasiado fascinado para hacer otra cosa.

Los niños charlaban animadamente con la boca llena de pizza y contaban chistes antes de prorrumper en fuertes carcajadas que hacían que Annabelle empezara a ladrar y a dar vueltas sobre sí misma sin saber por qué. Winnie también les acompañaba en las risas. Luego iniciaron una sucesión de adivinanzas que no hizo más que incrementar las carcajadas y los ladridos.

Los ojos de Winnie se fundieron con los de Aidan, animándolo a unirse a ellos.

Aidan se levantó de la mesa para llenar su taza de té y sacudió la cabeza para aclarar las ideas. Estaba agotado y hacía meses que no dormía bien. Seguramente por eso la habitación, de repente, parecía más brillante de lo que él recordaba.

Winnie levantó la vista, riendo a mandíbula batiente y con las mejillas sonrosadas. «Gracias a Dios que te marchas», y «Qué pena que te marches», chocaron frontalmente en su cabeza.

— ¡Papá, papá! ¿A que no sabes lo que nos ha enseñado Winnie?

— ¿A jugar a las cartas? — dijo Aidan secamente.

— ¿Cómo? — respondió el niño.

— Por favor, Aidan — intervino Winnie —, concédeme un poco más de crédito.

— ¡A jugar al ajedrez! — exclamó Robbie.

— ¿Al ajedrez? — Aidan miró perplejo a Winnie.

— Sí. Al ver ese precioso tablero que tiene en su cuarto, le pregunté si sabía jugar y me dijo que no. De modo que le enseñé. A él y a Jacob — dijo ella dedicándole al amigo de Robbie una de esas sonrisas de las que los chicos se han enamorado desde que Dios hizo ese numerito de magia con la costilla de Adán.

Aidan reprimió la punzada de ira porque June había encargado el tablero de Harry Potter para el octavo cumpleaños de Robbie, con instrucciones detalladas para que Aidan le enseñara a jugar.

— Es genial — dijo Robbie —. Casi tanto como el Mario Galaxy... ¡Eh! — gritó mientras un trozo de aceituna negra caía de su nariz —. ¿Quién lo ha hecho?

— ¿Quién ha hecho qué? — dijo Winnie inocentemente mientras bebía un poco de té helado y Aidan abría la boca, para cerrarla de inmediato, negándose a sentirse...

¿Vivo?

— ¡Alguien me ha lanzado una aceituna!

— ¡Has sido tú! — gritó Jacob mientras señalaba a Winnie —. ¡Te he visto!

— Yo no he sido — dijo Winnie mientras le lanzaba a Jacob un trozo de pimienta,

desatando nuevamente el festival de risas. Cuando un trozo de champiñón aterrizó sobre la frente de Aidan, los chicos rugieron de alegría. Cuando las miradas de Aidan y Winnie se fundieron, ella lo miró, entre risas, con ojos traviosos, y Aidan pensó, «no».

Porque desde alguna parte en su interior, una extraña y curiosa sensación, mucho más devastadora que el champiñón, lo golpeó.

«Síguele el juego, cariño».

—¿Se te ha perdido algo? —Aidan recogió el champiñón proyectil y la miró a los ojos.

—Considéralo un regalo —ella rió fuera de sí. Satisfecha y peligrosamente. Y esa risa se convirtió en un aullido cuando el proyectil le fue lanzado de vuelta.

Una hora más tarde, Aidan miró de reojo a Winnie mientras la furgoneta bajaba por el camino de vuelta a la casa vieja para dejar a Annabelle y a Winnie, y después a Jacob. En el asiento trasero, los chicos reían cada vez que pasaban por un bache. A su lado, Winnie sonreía inmersa en sus pensamientos. Aidan desvió la mirada mientras se decía que no le interesaba... ni sus pensamientos ni ninguna otra cosa.

«Bonita mentira».

De repente sintió un golpe de calor en la entrepierna. Dos años antes, jamás habría pensado que llegaría el día en que no echaría de menos el sexo. Hasta que June enfermó y todo cambió, y él prácticamente metió su libido en el congelador.

Después, June murió y ¿qué sentido habría tenido descongelarlo de nuevo?

No es que no pensara en ello de vez en cuando. En «esa cosa», como diría su madre. Pero no pensaba en practicar el sexo, sino más bien en la extraña facilidad con que había desconectado un par de cables esenciales. Más que privarse, se había desinteresado.

Hasta aquella noche.

Lo cual le confundía y mucho. Por no mencionar lo malhumorado que le ponía.

La furgoneta se paró frente a la casa vieja. Cuando Winnie abrió la puerta, Aidan le dijo a los chicos que no se movieran y se bajó del coche evitando la mirada de Winnie. Porque estaba seguro de que habría una mirada.

—Acompañarme hasta la puerta es un poco exagerado, ¿no crees? —dijo ella en cuanto estuvieron fuera del alcance de los oídos de los chicos.

—Sólo intento darles un buen ejemplo.

—Ya —ella tembló en su cazadora color caqui. La noche le había robado todo el calor al aire.

—Yo sólo... quería darte las gracias por ocuparte de los chicos. Y por la pizza, estuvo genial.

—No hay de qué...

—Y por hacer que Robbie se soltara de ese modo.

—No hay nada como una pelea con comida —ella rió con timidez—. Aunque puede que Flo no vuelva a dirigirnos la palabra a ninguno de nosotros.

—Sobrevivirá —Aidan sonrió mientras se decía que los labios de Winnie no eran más que labios. «Esa cosa», reapareció en el peor de los momentos—. Además, el perro limpió la mayor parte.

– La buena Annabelle – dijo Winnie con cariño.
– Sin embargo, debería haberlo hecho yo – dijo él.
– ¿Lamer la comida del suelo?
– No – contestó él entre risas mientras deslizaba los dedos por unos cabellos que, realmente, eran demasiado largos—. Enseñarle a Robbie a jugar al ajedrez. Conseguir que volviera a reír.
– No pretendía usurpar el puesto de nadie.
– Y yo no pretendía insinuar que lo hubieras hecho. Al menos no mucho. Lo importante es ver a Robbie feliz. Poco importa cómo suceda – una punzada de remordimiento lo asaltó—. Creo que June habría sido feliz.
– ¿A qué hora debo estar preparada mañana? – preguntó ella tras asentir.
– ¿Quieres decir que te marchas realmente?
– Hoy ha sido genial, Aidan, en serio – Winnie se sobresaltó tanto como él –, pero no ha sido fácil.
– Ya me imagino que no – dijo él, desolado al descubrir lo mucho que deseaba abrazarla y decirle que todo saldría bien—. ¿Te parece muy pronto a las ocho?
– No. A las ocho está bien.
– Voy a mejorar, Winnie. Con Robbie. No es más que un crío. Y soy consciente de que necesita algunas cosas: ser un niño, disfrutar de la vida. No sé si me entiendes.
– Esto es sólo una sugerencia, ¿de acuerdo? – ella cruzó los brazos y lo miró con dulzura—. Flo me ha hablado del día de los muertos, y de que no es nada lúgubre, sino un modo de festejar a los que se han marchado. A lo mejor, no sé... podrías pensar en celebrar una especie de vigilia por June. Porque... porque si yo fuera ella, no me sentiría feliz sabiendo que Robbie y tú no lo sois.
– Puede que no te falte razón – dijo Aidan mientras un escalofrío recorría su columna—. Empieza a hacer frío. ¿Seguro que tienes bastante leña?
– Suficiente, gracias – Winnie sonrió—. Nos vemos mañana – añadió al tiempo que entraba en la casa y cerraba la puerta impidiéndole a él hacer el ridículo más de lo que ya lo había hecho.

Las pisadas de su padre eran tan ligeras que Robbie apenas tuvo tiempo de sacarse el pulgar de la boca. Sabía que era demasiado mayor para eso, pero a veces lo ayudaba a calmarse por dentro.

– ¿Hijo? – susurró su padre junto a la cama y Robbie se dio la vuelta—. Ah, veo que estás despierto.

Aidan se sentó en el borde de la cama y la inclinación del colchón hizo que Robbie rodara hasta él, provocando una tímida risa en ambos. A pesar de la oscuridad, veía su rostro. Su padre sonreía. Más o menos.

– Te has divertido esta noche, ¿verdad?

– Fue... – Robbie asintió.

– ¿Qué?

– Me recordó a antes. Con mamá.

– Lo sé. A mí también.

– Winnie es muy divertida, ¿verdad?

—Lo es —dijo él con voz muy rara antes de apartar los cabellos de Robbie del rostro—. Ya me había olvidado de lo bien que sienta reír. Hacer pequeñas locuras.

¿Pequeñas locuras? Antes de que su madre enfermara, incluso después, hasta que se puso muy mal, sus padres hacían verdaderas locuras. Robbie recordaba días en que había reído tanto que le dolía el estómago. Aquella noche era lo más parecido que había sentido en mucho tiempo.

—Los dos lo hemos pasado muy mal durante este año —dijo su padre.

Robbie asintió, sin saber muy bien qué debía decir. Pero su padre aún no había acabado.

—Se me ha ocurrido que a lo mejor he dejado un poco de lado mis obligaciones como padre. No lo hice a propósito, es que... —soltó un suspiro—. Sólo quiero que sepas que puedes hablar conmigo sobre cualquier cosa.

—Quieres decir sobre mamá.

—Sí —él sonrió un poco—. Sobre mamá.

—No creí que pensaras tanto en ella —Robbie frunció el ceño.

—¡Robbie! —su padre suspiró de nuevo—. Pienso constantemente en tu madre. Pero me resultaba muy difícil hablar de ella porque me dolía demasiado. ¿Lo entiendes?

—Supongo que sí.

—Pero eso no significa que tú no puedas hablar de ella. Conmigo, quiero decir. Para serte sincero, creo que mamá no estaría muy contenta sobre cómo he actuado desde su muerte.

Los ojos de Robbie se abrieron de par en par. Era la primera vez que su padre decía que su madre había muerto. En cierto modo, tuvo la sensación de que una enorme piedra había abandonado su pecho... para instalarse en su garganta. Una parte de él quería contárselo todo, decirle cómo se sentía cuando iba a la casa vieja, cuánto echaba de menos a su madre y las risas que solían escucharse a todas horas por la casa.

Pero no conseguía que las palabras atravesaran aquella estúpida roca.

En la oscuridad, vio como los ojos de su padre se humedecían, y luego le empujó a un lado para echarse junto a él y abrazarlo contra su pecho.

—No pasa nada si no estás preparado, chico —susurró él—. Cuando lo estés, aquí me encontrarás. Te lo prometo —besó a Robbie en la frente—. ¿Qué te parece?

Con los ojos llenos de lágrimas, Robbie sólo pudo asentir.

A la mañana siguiente, Winnie salió del cuarto de baño y se encontró a Annabelle lloriqueando mientras al otro lado de la puerta se oían ruidos de herramientas. Olvidando que sólo llevaba la vieja bata de Ida, abrió la puerta y recibió una bofetada de aire helado.

—Aún no son las ocho —gritó ella mientras se secaba los cabellos con la toalla para evitar que se le congelaran—. Así es que no me digas que voy tarde. ¿Qué haces?

Desde debajo del capó Aidan murmuró algo sobre haber ido a la ciudad a primera hora a buscar las piezas, antes de cerrar el capó y asomar la cabeza. Estaba muy guapo, modelo forestal, con una chaqueta a cuadros y un gorrito muy mono que le tapaba los rizos.

—En realidad ya he terminado. Puedes marcharte cuando quieras. La furgoneta ya

funciona.

—¿En serio? —fue lo único que dijo ella, que debería haberse puesto a dar saltos de alegría.

—Pensé que te alegrarías —Aidan frunció el ceño, un gesto que, Winnie empezaba a comprender, era normal en él—. Así podrás estar en casa antes de que oscurezca.

Repentinamente consciente de que iba a empezar a congelarse por partes, Winnie le hizo un gesto a Aidan y entró en la casa para cubrirse con varias prendas de ropa mientras se decía que si su actitud hacia ese hombre la noche anterior era una señal, debería estar agradecida. Sobre todo a medida que esas partes empezaban a descongelarse y le recordaban el tiempo que hacía que nadie había hecho un buen uso de ellas, o ningún uso en realidad.

Mientras se ponía las botas, sopesó la necesidad de evaluar su salud mental. Después se consoló pensando que si aguantaba un poco más, saldría de allí con el orgullo intacto. Además del corazón y todas esas partes.

Porque, en efecto, dejar a Robbie atrás iba a ser duro, pero cuanto antes lo hiciera, mejor. Dejar atrás a su padre, sin embargo, no debería causarle más que una ligera punzada de remordimiento. Una oleada de desilusión. Un temblor de... lo que fuera que le temblara.

Con la esperanza de que sus húmedos cabellos no se transformaran en carámbanos, volvió a salir y encontró a Aidan hablando por el móvil. Por supuesto, con el ceño fruncido.

—Era Flo —dijo él mientras apagaba el móvil—. Al parecer Tess se ha puesto de parto. Flo corrió hacia su coche, recordó que debía llevar a Robbie al colegio, sacó el móvil del bolso para llamarme y, entre que no prestó atención, las gallinas y esos estúpidos tacones que lleva, se cayó. Y ahora no puede doblar la muñeca.

—¡Cielo santo!

—Volveré a casa para recoger a Flo y a Robbie —Aidan había activado el modo «hombre en acción»—. Dejaré a Robbie en el colegio, iré a buscar a Tess y me llevaré a las dos al hospital.

—¡Aidan!

Él se quedó mudo y miró a Winnie con una expresión que habría resultado cómica de no haber sido la situación tan seria. Al menos podría haber dicho algo como, «despídate de todos de mi parte», o «es una pena que no pueda quedarme para echar una mano».

—¿Qué? —dijo él.

Ella echó una mirada a su furgoneta y se dijo que no podía ser casualidad que, por segunda vez en dos días, sus planes hubieran cambiado. Suspiró lánguidamente y se volvió hacia Aidan.

—Ya sé que piensas que eres «el hombre», pero ni siquiera tú eres capaz de llevar a tres personas a tres sitios diferentes al mismo tiempo.

—El colegio de Robbie está camino del hospital —dijo Aidan—. Y las dos mujeres van al hospital.

—Pues la última vez que estuve en uno, no curaban muñecas en la maternidad. Además, ¿quién se encarga de Miguel?

—Maldita sea, me olvidé de él.

— Ya me he dado cuenta — ella extendió una mano —. Dame mis llaves. Yo recogeré a Robbie y a Flo, tú vete a buscar a Tess y a Miguel, y nos encontramos en la maternidad. Sabré llegar al hospital — añadió —. Pasé por delante el otro día.

— Pero, ¿qué pasa con tu vuelta a Texas?

— Supongo que Texas seguirá allí mañana — dijo ella mientras se dirigía a su furgoneta.

Robbie, naturalmente, no se mostró nada encantado con que le excluyeran de tanta emoción, pero la situación ya era lo bastante complicada, y tener que responder a las insistentes preguntas de un niño de nueve años era lo último que necesitaban.

Observó con admiración, y cierta sorpresa, cómo Aidan vendaba con eficacia y delicadeza la hinchada muñeca de una Flo completamente fuera de sí, antes de marcharse en busca de Tess y Miguel. Tras dejar a Robbie en el colegio y a Flo en urgencias, donde casualmente conocía a la enfermera desde que Dios iba en pañales, se dirigió a toda prisa a la maternidad.

Antes de verlo oyó su voz, suave y tranquilizadora, que hablaba a Tess durante una contracción mientras rodeaba con un brazo al niño de cuatro años que observaba con más curiosidad que preocupación. Aidan actuaba como si interviniera en partos habitualmente.

— ¿Ya está? — preguntó Aidan mientras fingía una sonrisa y Tess respiraba hondo.

Tras recibir el asentimiento de Tess a modo de respuesta, Aidan levantó la vista y miró a Winnie con esa expresión de, «gracias a Dios que hemos llegado a tiempo».

— Me alegra verte — dijo él —. Si no te importa registrarla, iré a ver qué tal le va a Flo. ¿Te habló de su irracional pánico a los hospitales?

— Con palabras no — dijo Winnie mientras recordaba el trayecto, inusualmente silencioso, con Flo a su lado, rígida como un cadáver y con los labios blancos—. Márchate, estaremos bien.

Aidan se la quedó mirando largo rato hasta que Winnie le imploró «¿qué?», con la mirada antes de que él le apretara el hombro y se marchara. No fue consciente de que lo miraba fijamente hasta que oyó la voz de Tess.

— Te entiendo.

— ¿Perdona? — Winnie se preguntaba si las hormonas de Tess le habían afectado al cerebro.

— Puede que ese tipo sea algo raro. Pero yo también le miraría el trasero si no estuviera de parto.

— Por no mencionar que estás casada.

— Mirar los escaparates de vez en cuando no significa que vayas a comprar nada — la mujer agitó una mano en el aire antes de volverse hacia Miguel —. Cariño, ¿te acuerdas de la señora que conocimos en la casa el otro día?

— ¿Eres la del perro? — unos enormes ojos miraron a Winnie desde un rostro casi enterrado en la cadera de su madre.

— Sí, cariño — ese perro, sin duda, estaría tumbado frente a la puerta de la casa, abatido tras haber sido abandonado. O soñando que pastoreaba ovejas.

— ¡Madre mía...!

Las uñas de Tess se clavaron en la mano de Winnie mientras se iniciaba otra contracción.

– ¡Mamá! Te has hecho pis.

– Maldita sea – murmuró Tess mientras Winnie le hacía un gesto a la enfermera del control.

– ¿Mamá está bien? – unos asustados ojos se volvieron hacia Winnie.

– Sí, príncipe – dijo Tess mientras iniciaba el largo y duro camino hacia el control de enfermería –. Estoy bien. Lo que pasa es que tu hermanita tiene ganas de salir.

– Tener un bebé es muy duro – mientras Tess se registraba, Winnie se agachó frente al preocupado niño –. Pero el cuerpo de mamá sabe lo que debe hacer, como cuando naciste tú.

Como lo había sabido su propio cuerpo nueve años atrás.

Al fin un alma caritativa llevó una silla de ruedas para llevarse a Tess a la habitación, quien insistió en que Winnie la acompañara.

– Pero, si apenas nos conocemos – Winnie pensó que debía estar bromeando.

– Ya que mi tía está fuera de juego, o vienes tú o viene Aidan. Y, si alguien a quien no conozco bien va a estar mirando mi «cosita», prefiero que sea alguien que también tenga una.

– Buena apreciación – dijo Winnie mientras seguía a la silla de ruedas con Miguel de la mano y refunfuñaba porque, a esas horas, ya podría estar a medio camino de casa.

La próxima vez no se llevaría la conciencia con ella.

– Si eso no es una señal de que deberías estar allí – dijo Elektra por teléfono unas horas después –, que venga Dios y lo vea.

– No es ninguna señal, E – dijo Winnie, sentada en la sala de espera con Miguel, dormido, en su regazo. Aidan se había ido a recoger a Robbie a la escuela y, en una habitación al final del pasillo, Florita, exultante gracias a los analgésicos que le habían dado, ayudaba alegremente a su sobrina en la última etapa del parto –. Es una comedia de equivocaciones – acarició la cabeza del niño y añadió –. Sin embargo, es curioso, ¿sabes? – en ese instante la puerta de maternidad se abrió y aparecieron Aidan y Robbie –. Si no me hubiera quedado, ¿qué habrían hecho?

– Sabes que no sirve de nada pensar en esas cosas – dijo E –. Lo importante es que estabas allí. Es el destino, no me digas que no. Primero se estropea la furgoneta y luego, el bebé...

– Eso no es más que mala suerte.

– No existe tal cosa. La suerte tiene que ver con el azar. El destino con lo que debe suceder – Elektra no admitía discusión –. Hay alguien que intenta decirte que no te vayas, al menos no hasta haber hecho lo que has ido a hacer allí.

– ¿Y qué es eso?

– ¿Cómo demonios voy a saberlo? Si tuviera una bola de cristal, ten por seguro que la usaría para acertar a la lotería. Y no se te ocurra poner tus bonitos ojos azules en blanco – justo lo que hacía Winnie –. Y tampoco te atrevas a preguntarme qué tal van las cosas por aquí. Van bien. Igual que ayer e igual que mañana. Vaya, tenemos clientes. Te llamo más tarde, querida...

Aidan se dejó caer en un asiento al lado de Winnie y se inclinó sobre ella para echar un vistazo a Miguel, liberando esas malditas feromonas en sus narices.

—¿Alguna noticia? —preguntó él.

—No, hace rato que Flo no viene a darme el parte. Supongo que ya falta muy poco. O a lo mejor son las ganas que tengo. Sobre todo por Tess.

Winnie se preguntó si Aidan estaría pensando en lo mismo que ella, en el día del nacimiento de Robbie. Él y June habían asistido al parto. De hecho, June había cortado el cordón umbilical y había sido la primera en tomar al bebé en sus brazos. Pero incluso a través de la neblina de adrenalina y dolor, antes de recibir la epidural, había sido plenamente consciente de la intimidad del momento. Las personas presentes en aquella habitación estaban unidas por un lazo que ni el tiempo ni la distancia podría desatar por completo.

—Estaba recordando el día que nació —Aidan estiró las piernas y frunció el ceño en dirección de Robbie—. Creo que jamás te di las gracias.

—Claro que lo hiciste. June... —los ojos de Winnie ardían.

—Ya sé que June lo hizo. Te hablo de mí —tomó un periódico de un asiento y lo volvió a dejar en su sitio—. No puedo siquiera imaginarme lo duro que debió ser para ti.

—Gracias —contestó ella tras unos segundos—. Pero no lamenté mi decisión.

—¿Ni siquiera con el tiempo?

—Sabía, y sé, que no me las habría podido arreglar como madre soltera —Winnie acarició los rizos de Miguel—. Por aquel entonces no...

—¡Ya está aquí! —gritó Flo desde el fondo del pasillo mientras corría hacia ellos sobre sus altísimos tacones—. ¡Tres kilos doscientos gramos! —aún exultante por la mezcla de analgésicos y felicidad, la asistenta se agachó frente a Miguel—. ¿Quieres ver a tu nueva hermanita?

—¿El bebé ya no está dentro de mamá?

—No —Flo rio—. Ya ha salido para que podamos verla, y es preciosa. Y mamá está muy bien y pregunta por ti. Quiere que conozcas al bebé —se levantó y tomó al niño de la mano—. Vamos. Vosotros también —añadió Flo, dirigiéndose a Winnie, Aidan y Robbie.

—No, creo que no —el estómago de Winnie sufrió una sacudida—. En realidad no conozco a Tess.

—¿Bromeas? —dijo Flo—. Después de lo de esta mañana, ya perteneces a la familia.

—Hazme caso —Aidan posó una mano sobre la espalda de Winnie, que casi saltó hasta el techo—. Si no entras ahí, será un insulto para ellos.

De modo que entró a regañadientes y se quedó rezagada mientras los dos niños miraban con cara de asombro al bebé en brazos de Tess. No era el primer recién nacido que veía después de Robbie, y la punzada de dolor siempre se repetía. Pero nunca había sido tan fuerte como en esa ocasión. Entre la mirada de Tess mientras hablaba con su marido en Irak, la presencia de Robbie, la de Aidan, y todos esos recuerdos... la situación era casi insoportable.

Sin embargo, aguantó los siguientes minutos como siempre: con una sonrisa y los habituales comentarios sobre el bebé, mientras se negaba a sentir lástima por ella misma. Hasta que pudo marcharse de allí a hurtadillas para liberar un torrente de

lágrimas en el servicio de señoras.

Con el maquillaje y el peinado recompuesto, respiró hondo y volvió a la habitación. Se dijo que sólo se había imaginado el ceño fruncido de Aidan. Claro que ella era especialista en ignorar aquello a lo que no se quería enfrentar.

Hasta que se dispusieron a marchar y Aidan se la llevó a un lado y la miró con una expresión destrozada, como la de un hombre cuya paz acabara de saltar por los aires.

Capítulo 8

EN cuanto Winnie salió de la habitación, Aidan supo que algo iba mal. Cuando volvió quince minutos después con el aspecto de una muñeca recién pintada, con las mejillas demasiado rosas, la sonrisa demasiado brillante, pensó, «¿a quién quieres engañar?».

Una pregunta que se había hecho a sí mismo durante las últimas horas.

—Escucha —dijo él en voz baja mientras Flo y los chicos se adelantaban—, ya que hemos pasado lo peor, estoy seguro de que nos las podremos arreglar. Por eso, si quieres, puedes marcharte.

Winnie lo miró como si acabara de perder la cabeza. Y con motivo. Porque, en un momento de debilidad, y dado que Flo no iba a poder ayudar gran cosa hasta que su muñeca mejorara, Aidan había ofrecido su casa para que la madre y el bebé se instalaran allí unos días. Y Flo le había pedido a Winnie que se quedara un par de días para ayudar, poniéndola en un compromiso.

Lo menos que podía hacer Aidan era ayudarla a salir de ese lío.

—En otras palabras —Winnie rio con amargura—, acabas de recordar que tienes tantas ganas de perderme de vista como yo de marcharme. Salvo que —añadió antes de que él se recuperara de la evidente irritación que le habían causado sus palabras—, no te veo cuidando de dos niños, un recién nacido y una mujer, puede que dos, que va a necesitar una ayuda bastante íntima.

—No puedo pedirte tanto —Aidan se frotó la barbilla con la mano.

—¿Después de todo lo que pasé con mi abuela Ida? Esto será un juego de niños.

Aidan, que había sido el principal cuidador de June durante las últimas semanas de su enfermedad, sintió una inmediata empatía hacia la mujer.

—Escucha —Winnie malinterpretó la expresión de Aidan—, si no me quieres por aquí, dímelo.

—No quiero —dijo él mientras la seguía por el pasillo—, pero más por ti que por mí.

—Ya te he dicho que no me importa cuidar...

—No me refiero a eso —él le agarró un brazo, obligándola a mirarlo—. ¿Crees que nadie se dio cuenta de que te marchabas de la habitación? Estar con Tess y el bebé te está afectando.

—Un caballero se reservaría esa clase de comentarios —Winnie lo miró con la «mirada Winnie» mientras se soltaba y abría de golpe la puerta de la maternidad.

—Para empezar —Aidan sujetó la puerta antes de que lo golpeará en la cara—, nunca he pretendido ser un caballero. Y si te vas a derrumbar...

—¡Por el amor de Dios! —ella se volvió hacia él con tal virulencia que casi chocaron—. Pasé un mal rato. Pero ahora estoy bien. No busques más de lo que hay.

—Y tú no te comportes como si yo fuera sordo, ciego y estúpido —respondió Aidan—. No tienes por qué fingir que todo va estupendamente siempre, Winnie. Sobre todo

conmigo.

—De acuerdo —ella respiró agitadamente—. Puede que una parte de mí quiera desesperadamente volver a casa, tal y como tenía previsto. Pero no siempre podemos elegir el menú. Lo que sí podemos elegir es lo que vamos a hacer con las oportunidades que se nos presentan. Y, a veces, eso implica ignorar nuestras preferencias a favor de otra persona. A mí eso no me cuesta nada —ella lo miró con ojos furiosos—. ¿Y a ti?

—¿Papá?

Aidan se volvió al escuchar a Robbie al final del pasillo.

—¿Qué hacéis?

—Ya vamos —dijo él antes de mirar nuevamente a Winnie—. Si pudiera pedírselo a otra persona...

—Ya, pero es que no puedes, ¿verdad? O sea que a lo mejor deberías estar agradecido de que haya aparecido porque, de lo contrario, estarías metido en un buen lío.

—Será mejor que vayamos —Aidan reconoció esa expresión de determinación que llevaba nueve años viendo en otro rostro, mientras pensaba que ya estaba metido en un buen lío.

—Me temo que hay bastante polvo aquí arriba —dijo Aidan que seguía a Winnie por las escaleras de caracol que conducían al ático, el estudio de June—, pero espero que, para unos cuantos días, estés cómoda.

—Estaré bien.

Había algo muy atractivo en alojarse allí arriba. Independiente, aunque la habitación asomaba a la cocina y el salón. Como un pájaro en su nido, pensó mientras sentía una nueva conexión con la mujer que había sido la madre de su hijo.

A pesar del techo abuhardillado, había sitio de sobra para una máquina de coser industrial, una mesa para cortar telas, un futón cubierto de colchas y multitud de estanterías abarrotadas de telas e hilos de brillantes colores. La luz entraba por un ventanal orientado al oeste.

—No habías vuelto a subir aquí desde la muerte de June, ¿verdad? —a su espalda, Winnie sentía la tensión que emanaba de Aidan, como si estuviera en un lugar prohibido.

—En realidad desde unos meses antes de que sucediera. Flo no para de darme la lata para que venda la máquina y done las telas y demás al hogar para mujeres.

—¿Alguna vez lo podrías utilizar tú?

—¿Quién, yo? —Aidan casi rio—. ¡No!

—Entonces deberías considerar seriamente su sugerencia —Winnie se volvió hacia él y captó la mirada de Aidan. Sobresaltada, le dirigió una sonrisa y se acercó a la ventana, pasando un dedo sobre el polvoriento cristal—. Podría ser una buena habitación de juegos, o algo así, para Robbie.

—Es cierto —admitió Aidan tras unos segundos.

Desde la planta de abajo oyeron los gritos de los niños, y los gritos de Flo para que bajaran la voz, coronado todo por el alegre ladrido de Annabelle. Dos niños no hacían un rebaño, pero comparados con un montón de gallinas, era el paraíso.

—No sé quién de los dos chicos está más contento porque Miguel se quede aquí —

observó Aidan.

—Un ejemplo más de lo bueno que puede salir de la adversidad.

—Crees realmente en todas esas tonterías, ¿a que sí? —dijo él tras una prolongada pausa.

—Lo que no creo —Winnie se sentó en el borde del futón—, es que ver el lado positivo de las cosas sea una tontería.

—Entonces, ¿qué es?

Las miradas se fundieron y lo que Winnie vio fue a un hombre solitario y apesadumbrado que buscaba respuestas. Aunque él mismo no lo quisiera reconocer. Su corazón lloró por él, pues sabía bien cómo se sentía aquel hombre.

—Muchas veces me he sentido tentada de abandonar toda esperanza —dijo ella—, pensar que no encontraría jamás un motivo para sentirme bien. Tras la muerte de mis padres, créeme, no había una niña más triste en el mundo. Luego tuve que irme a vivir con una persona para la que yo sólo era una carga y que, además, no me permitía vivir mi duelo... —ella negó con la cabeza—. ¡Eso es un infierno! Al menos para una niña de diez años. Pero, ¿sabes qué? Hice amigos nuevos, encontré una familia en el restaurante, tuve suerte y me tocó una maestra que me hizo pensar que me gustaría dedicarme a eso alguna vez. Pero, sobre todo, descubrí que era mucho más fuerte de lo que creía. Y sólo puedo dar gracias a Dios por ello. Si lo piensas, cuanto más dura sea la caída, más alto rebotas.

—Puede... si estás hecha de goma —Aidan sonrió tímidamente.

—Pues entonces supongo que lo estoy. En casi cualquier situación se puede encontrar algo bueno, si sabes dónde buscar. Y si tienes la mente abierta. Como dice un salmo: «Aunque llores toda la noche, el amanecer traerá la alegría».

—¿Y si nunca amanece?

—Siempre amanece, Aidan, pero si no sacas el trasero de la cama y levantas la persiana, nunca lo verás, ¿verdad?

Él la miró fijamente antes de murmurar algo sobre ir a buscar unas sábanas, y desapareció.

Aidan despertó a medianoche, vagamente consciente de un reflejo parpadeante, el aroma de las palomitas, y lo que parecía un infructuoso intento de ahogar una risa.

Se puso la bata y las zapatillas y se dirigió hacia las escaleras. Allí la vio, acurrucada en el sofá, envuelta en una de las colchas de June, viendo la televisión y comiendo palomitas a puñados.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó haciendo que su invitada, el perro de la invitada y las palomitas saltaran por los aires.

—Sufrir un ataque al corazón —contestó Winnie mientras se desembarazaba de la colcha e intentaba recoger todas las palomitas antes que Annabelle—. Pareces un maldito gato andando a hurtadillas por ahí.

—Yo no ando a hurtadillas. Y tú no has contestado a mi pregunta.

—No podía dormir. Hay un árbol o algo que golpea el muro justo al lado del futón y me estaba poniendo nerviosa. Cosa rara, porque normalmente nada me impide dormir. De modo que bajé aquí y eché una ojeada a tu colección de películas —las palomitas ya

estaban de vuelta en el cuenco y Winnie acurrucada en el sofá envuelta por la colcha—. Sin embargo, cuando iba a poner Sopa de ganso, resulta que Monty Python y el santo grial ya estaba dentro.

—¿Estás segura? —Aidan se quedó helado.

—Pues... sí. ¿Por qué?

—Porque... —porque June había sido la última en verla. Porque él mismo había sacado el DVD, meses después, para ver una película infantil con Robbie—. Da igual. ¿Te gusta Monty Python?

—Un tío con el que salí una vez me aficionó a sus películas. El tipo hace tiempo que se esfumó, pero siempre nos quedará La vida de Brian —ella empezó a tararear una de las canciones de la película—. Oye, ya que estás de pie, ¿por qué no preparas más palomitas?

Annabelle levantó la vista, masticando y meneando el rabo. Aidan suspiró y se dirigió a la cocina, pero sólo porque a él también le apetecían palomitas.

—La colección de Python era de June —dijo él—, como la mayoría de los DVDs.

—¿Todas esas comedias británicas?

—Sí —Aidan metió las palomitas en el microondas—. Yo soy el del otro lado del charco, pero a ella le encantaba la comedia británica —Aidan miraba girar el envase—, sobre todo cuando se puso tan enferma. Cuanto más disparatadas eran, más le gustaban —se volvió hacia Winnie que se había acercado a la cocina, envuelta en la colcha—. Solía decir que estaba decidida a morir riendo.

—A diferencia de mi abuela —Winnie sonrió ante el comentario de Aidan—, cuya misión consistía en hacer a los demás tan desgraciados como se sentía ella —la colcha amenazó con deslizarse y ella la agarró con más fuerza, viendo la mirada de Aidan al reconocerla—. Lo siento —balbuceó—, si no quieres que la use...

—No. Está bien. Para eso es.

Winnie abrió la boca, como si fuera a decir algo, pero cambió de idea.

—¿Qué?

—Olvídalo. Seguro que ya piensas que estoy chiflada.

—Entonces, supongo que no tienes nada que perder.

—En eso tienes razón —ella sonrió—. De acuerdo. Te juro que siento a June en esta colcha. Es como si alguien me abrazara, no es sólo un trozo de tela y guata.

Aidan sacó las palomitas del microondas y buscó otro cuenco. Evitó pensar que esa colcha había cubierto la cama que había compartido con June, y que él mismo la había llevado al ático tras su muerte porque, incluso mirarla, dolía demasiado. Pero, verla sobre los hombros de Winnie no le molestaba tanto como habría esperado.

—¿Y quién se ocupa del negocio mientras tú no estás?

—Vaya. Menudo giro en la conversación.

—Lo siento —Aidan se sentó frente a Winnie—. A las dos de la mañana, conversar no es mi fuerte.

—¿Tienes un buen momento para conversar?

Winnie no tenía ni idea de que sus bromas resultaban tan sensuales para Aidan.

—Soy capaz de conversar —dijo él mientras se llenaba la boca de palomitas—. Incluso de mantener una conversación inteligente. Siempre que tenga la cabeza para ello, y cuando la hora no sea muy intempestiva. Además, creo recordar que te había

hecho una pregunta.

—Elektra. Ya te hablé de ella. E estaba allí antes que yo. Si me preguntas, Ida no habría podido sacar aquello adelante de no haber sido por E. Mi abuela no era precisamente muy sociable.

—Ya me di cuenta. ¿Cómo demonios se le ocurrió poner un restaurante?

—Al parecer lo heredó —contestó ella—, y por motivos que sólo ella sabía, se quedó con él.

—En algunos aspectos, tu abuela me recuerda un poco a mí mismo.

—Ya estás otra vez —Winnie frunció el ceño.

—Ya estoy otra vez, ¿con qué? —dijo él mientras sacaba de la nevera dos latas de refresco.

—Por favor... puedes dártelas de cascarrabias, pero no olvides que te he visto hoy con Tess, y con Flo. Y créeme, Ida jamás habría hecho lo que hiciste tú. Me refiero a traerte a Tess y a Miguel. En el fondo —añadió mientras abría la lata de refresco—, eres un buen tipo.

—Supongo que tú prácticamente te criaste en ese restaurante —Aidan estaba demasiado cansado para contraatacar.

—Ida me dejó muy claro que le debía mis servicios a cambio del techo que tenía sobre la cabeza —Winnie sonrió con ironía—. Hacía lo que hiciera falta: atendía las mesas, llevaba la caja, cocinaba, limpiaba. Cuando no estaba en el colegio, claro. Eso sí que debo reconocérselo: no dejó de insistir hasta que me gradué en el instituto —Winnie bebió un sorbo del refresco—, más que nada porque no soportaba la idea de que su nieta fuera una fracasada en la escuela. Entonces fue cuando me quedé embarazada y la fastidié. Al menos la túnica de la graduación ocultaba la barriga... en gran parte.

—Y... ¿después? —insinuó Aidan.

—Jamás dejó de recordarme mi desliz. Jamás.

—Pero te permitió ir a la universidad.

—Ida no me «permitted» hacer nada que no sirviera a sus propósitos. Mi diploma se lo tengo que agradecer a uno de sus médicos, que estaba casado con la hija de uno de los peces gordos de la ciudad, quien, a su vez le contó a mi abuela una historia sobre la necesidad de que continuara mi educación. Sin embargo, Ida no accedió hasta que decidió que, de algún modo, eso limpiaría mi pasado, y repararía su imagen.

—Empiezo a odiar seriamente a esa mujer —dijo él.

—Y eso que te recordaba a ti mismo —Winnie sonrió tímidamente.

—Puede que me haya equivocado —dijo Aidan, provocando la risa de Winnie—. ¿Qué vas a hacer con el restaurante ahora que es tuyo?

—No lo sé. Aún no he pensado en ello.

—A lo mejor podrías venderlo.

—Muy bien. Dime de alguien que quiera una deteriorada gasolinera-cafetería en medio de ninguna parte. Tampoco puedo cerrarlo sin más. Hay personas que dependen de ese trabajo —Winnie frunció el ceño—. Pero, ése es mi problema, no el tuyo. De modo que no te preocupes.

Aidan abrió la boca para decir que, por supuesto, no se preocupaba por ello, pero se dio cuenta de que estaba muy cerca de estar, al menos, interesado.

—¿Y había algún novio? —preguntó para cambiar de tema.

—Lo que había eran expectativas poco realistas —Winnie casi se ahogó con el refresco—. Por ambas partes. En más de una ocasión. Y, si no te importa, me gustaría dejarlo por hoy.

—De modo que nunca has ejercido de maestra —dijo Aidan incomprensiblemente irritado.

—Justo cuando me gradué —Winnie negó con la cabeza—, se hicieron realidad todas las amenazas de Ida de ponerse enferma. Empezó por ir cada vez menos a la cafetería, e insistía en que yo tomara las riendas del negocio. Incluso cuando me dedicaba a cuidar de ella a tiempo completo, salvo cuando permitía que alguien le hiciera compañía un rato para que yo pudiera trabajar.

—¿Cuidabas de tu abuela y dirigías el negocio al mismo tiempo?

—Es increíble cuánto te cunde el tiempo si no duermes —ella torció el gesto—. Me temo que he sonado un poco amargada, ¿verdad?

—Por el amor de Dios, Winnie, ¿cómo no ibas a estarlo? —dijo él con dureza—. No sé si admirarte por tu fortaleza o regañarte por no mirar más por ti. ¿Acaso Ida no tenía dinero para contratar a alguien que la cuidara?

—Podría haber tenido enfermeras privadas las veinticuatro horas del día —Winnie sonrió—, de haberlo deseado. Y yo podría haber intentado forzar la situación, de haberlo deseado. Pero decidí cuidar de mi abuela, Aidan.

—¿Por qué?

—Porque... ella no tenía a nadie más, supongo. Porque me necesitaba. Y porque nadie más en el mundo entero me necesitaba a mí.

—Supongo que es una muestra de tu filosofía del vaso medio lleno —Aidan fue consciente de que respiraba agitadamente. No se había sentido tan furioso desde que el médico le informó de que la última sesión de quimio no había funcionado.

—Parece que alguien por aquí está muy alterado —ella ladeó la cabeza.

—Maldita sea, Winnie, te mereces algo mejor. Te mereces... tu propia vida. Te mereces... —él hizo una pausa con el corazón acelerado, consciente de que iba por un camino por el que jamás pensaba que volvería a transitar—. Te mereces lo que quiera que te haga feliz. Y tu abuela debería haberte ayudado a conseguirlo. Al menos antes de enfermar. No puedo ni imaginarme... —negó con la cabeza—. No puedo imaginarme impidiéndole a Robbie perseguir sus propios sueños. Y no entiendo cómo has podido salir indemne de una experiencia así.

—Estoy lejos de estar indemne, Aidan —ella rio con amargura—. En muchas ocasiones estuve resentida contra Ida, eran ocasiones en que estaba tan agotada que tenía que pedir perdón a Dios porque, mientras le acomodaba la almohada, no podía evitar pensar qué fácil sería acabar con las miserias de la vieja bruja, y con las mías también. Pero de algún modo se me ocurrió que hacer el bien, ser buena —ella bostezó—, a la larga me haría sentirme mejor conmigo misma.

—¿Y lo hizo?

—Sí. Lo hizo. Aunque —volvió a bostezar—, mis motivos no eran del todo nobles. En parte me quedé junto a Ida porque tenía la esperanza de que al final me diera su aprobación.

—¿Funcionó? —el corazón de Aidan se quebró.

—Si cuenta el que me dejara todo lo que poseía, supongo que sí. Sé que hay que portarse bien porque sí, sin esperar nada a cambio, pero... pero aunque sólo fuera por una vez, habría resultado agradable oír un «gracias». Cielos, debo estar más cansada de lo que creía —dijo ella mientras se bajaba del taburete—. ¿Te importa que duerma en el sofá? Por lo de la rama.

—No. Pero, ¿por qué no vas a la habitación de invitados? Tess no la necesitará hasta mañana.

—Olvidalo. Ya le he preparado la cama y no voy a cambiar las sábanas dos veces en un día —tras bostezar nuevamente, se dirigió hacia el sofá donde se acurrucó y se durmió de inmediato.

Durante unos minutos, Aidan se quedó congelado, mirándola. Aterrado. Por el amor de Dios, no era más que una mujer. ¿Por qué ese empeño en hurgar en su pasado?

Más afectado de lo que le hubiera gustado admitir, apagó el televisor y tapó a Winnie con la colcha. Impulsivamente, le retiró un mechón de rubios cabellos del rostro.

La ira lo desbordó. Estaba demasiado cerca de permitirle seducirlo. De permitirse querer de nuevo.

Y eso, pensó, mientras apagaba la luz de la cocina y volvía a la planta superior, jamás debería suceder.

Capítulo 9

MIENTRAS preparaba sándwiches de jamón y queso para comer, Winnie pensaba que gracias al bebé no le quedaba mucho tiempo para irlandeses de mirada ardiente que un día se preocupaban por ti y luego te evitaban durante los dos siguientes. Lo gracioso era que había sido él quien había empezado a hurgar en el pasado y a preguntar sobre la abuela y los novios.

Si a eso se le añadía el hecho de que cada minuto que pasaba junto a Robbie era como verter sal en una herida, su buen humor estaba siendo puesto a prueba. Entonces se recordó que nunca había creído en un Dios que jugara con su creación, que tentara a sus hijos con cosas que nunca podrían tener. Y todo eso significaba que, si había una razón para que ella estuviese allí, lo mejor sería buscar lo bueno en todo aquello.

Mientras evitaba pensar en don Gruñón, y en la sensación de ver a Tess con sus hijos, preguntó a la joven madre, acurrucada en el sofá con la pequeña Julia en brazos mientras Miguel jugaba a sus pies, cómo se sentía.

—Hoy he podido sentarme sin pegar un grito —respondió con una sonrisa—. Eso ya es algo, ¿no? Al menos me estoy portando mejor que la tía Flo —añadió con una carcajada.

Flo, que afortunadamente descansaba en su habitación, se negaba a tomar los analgésicos y no paraba de protestar, sobre todo tras descubrir que no podía subirse la cremallera del pantalón.

—Aunque echo mucho de menos a Rico —susurró Tess mientras jugaba con la manita del bebé.

—¿Cuándo volverá a casa?

—Como pronto en abril. Siempre que no prolonguen su misión —ella hizo una pausa—. Voy de sobresalto en sobresalto.

—Ya me lo imagino.

—Mi cerebro tiene lagunas postnatales —ella sonrió nuevamente—, y no sé si te he dado las gracias por tu ayuda. Parece que encajas a la perfección en toda esta locura.

—Lo tomaré como un cumplido —Winnie rio antes de consultar la hora. Por la mañana le había preguntado a Aidan a qué hora quería comer y él había gruñido algo sobre que no debería molestarse por él, lo que ella había traducido como que no debería molestarlo.

Flo ya le había explicado lo mucho que odiaba que lo interrumpieran cuando trabajaba y que necesitaba tiempo para invocar a las musas o lo que fuera. No es que Winnie no lo respetara, pero aquel hombre tendría que comer alguna vez.

El estudio estaba separado de la casa mediante un pasaje acristalado. A un lado estaba el bosque y al otro unas espectaculares vistas del valle. Annabelle, que el primer día había descubierto el caldeado suelo de terracota, apenas se movió cuando su ama pasó junto a ella.

La puerta estaba entreabierta y de ella salía música clásica y un olor a pintura y trementina.

— ¿Aidan? — dijo ella mientras llamaba a la puerta.

No hubo respuesta. Winnie empujó la puerta con cautela, preparándose para rugidos e improperios, pero se encontró en una sala, grande y desordenada... y vacía. El suelo, salpicado de manchas de pintura estaba repleto de lienzos sin aparente orden. Una corriente de aire le heló el rostro. Provenía de una puerta entreabierta al otro lado de la sala.

Consciente de que era un allanamiento, se dirigió a esa puerta sin reparar en los cuadros. Daba a un patio con el suelo de baldosas sobre el que había un par de sillas y una pequeña mesa oxidada. Aidan, sin embargo, no estaba. Volvió a llamarlo, pero sin obtener respuesta. «Muy bien, por mí puedes morirte de hambre», pensó mientras volvía sobre sus pasos.

Y se quedaba de piedra.

El paisaje era espeluznantemente gigantesco. La cadena montañosa al atardecer llameaba contra el cielo plomizo que amenazaba tormenta. Los colores colisionaban unos contra otros.

«¡Vaya!», pensó Winnie, «de modo que aquí es donde va a parar toda esa testosterona».

— ¿Qué haces aquí?

Sobresaltada, Winnie se volvió y se encontró con los ojos verdes de Aidan, fiel reflejo de los de un animal cuyo territorio ha sido invadido. Llevaba una sudadera raída de color indefinible y vaqueros, ambas prendas manchadas de pintura.

— He venido para decirte que la comida está lista.

— Ya te dije que no te molestaras.

— Menudo paisaje. ¿Cómo se llama? — Winnie lo ignoró y se centró de nuevo en el lienzo en un perverso intento de quitarle el mal humor.

— Puesta de sol sobre Jemez.

— Vaya, pues yo hubiera dicho que sería algo así como, «Sexo furioso».

— ¿Cómo?

— Lo siento — ella se volvió hacia él, satisfecha con la expresión de asombro que se encontró —, pero fue lo primero que se me vino a la cabeza.

Aún tuvo que pasar un rato hasta que la expresión airada fuera sustituida por algo parecido a la confusión. Una mano embadurnada de pintura se mesó los largos cabellos.

— Siempre sueltas lo primero que se te ocurre, ¿verdad?

— Encuentro que ahorra a los demás la molestia de intentar averiguar qué estoy pensando.

La expresión de Aidan delataba los esfuerzos que realizaba para mantenerse serio.

— Últimamente todos tienen ese aspecto — Aidan suspiró

— ¿A sexo furioso?

— No lo había pensado antes, pero sí — Aidan la miró haciendo que se le pusiera la piel de gallina —. Gracias a Dios, mis clientes no son tan perspicaces como tú.

— Pues no sé — dijo ella mientras se recriminaba por la idea de ir a buscarle —. Se me ocurren cosas peores que excitarse por un cuadro. Le da un nuevo sentido al concepto

de arte erótico, ¿verdad?

Al parecer el momento de frivolidad había acabado y Aidan había vuelto a su ser gruñón. Winnie sabía que no debía ofenderse, los sentimientos no podían ser evitados, pero le ofendía.

—Maldita sea, Aidan, tienes que dejar de hacerlo.

—¿Hacer el qué? —él la miró con el ceño fruncido.

—Dar una de cal y otra de arena. No sólo resulta irritante sino que es totalmente injusto para Robbie. Y no te atrevas a soltarme el rollo de que eres un artista y tienes derecho a ser un huraño, porque no me lo trago.

Aidan debería haber sabido que evitar a Winnie no acabaría con el tormento de desear lo que sabía que no podía tener. No era sólo por el roce de dos cuerpos desnudos dándose calor, aunque la idea había alterado su sueño más de una vez durante las dos últimas noches, sino ese espíritu indomable, esa fuerza y sinceridad, esa obsesión por calentar su alma mortecina.

—A lo mejor es que algunos no podemos ser la alegría de la huerta permanentemente.

Ella se cruzó de brazos y lo miró furiosa. Aidan se negó a fijarse en cómo la luz de la claraboya se reflejaba en sus cabellos y le acariciaba los hombros y el pecho, y las largas piernas. Y se negó a ver en esos ojos el parecido con los de Robbie.

Y se negó a ser consciente del tiempo que hacía que no había tocado a una mujer.

—Hay una diferencia entre manejar el dolor e invitarle a que se instale definitivamente en tu vida. Lo juro, Aidan, es como si tuvieras miedo de permitirte la felicidad. Como si hubieras decidido que, como la vida es un asco, lo mejor sería renunciar a ella.

Con la respiración entrecortada, Aidan contempló el lienzo y vio la energía sexual, furiosa y frustrada, plasmada en él. Sólo June sabía lo mucho que le excitaba su trabajo. Sólo June había comprendido que la satisfacción por la contemplación de una obra era casi como un orgasmo.

Sólo June había tenido el valor de llamarle la atención por sus cambios de humor, y la paciencia para engatusarle y sacarle de ellos. Que otra mujer tuviera el mismo valor...

—No me conoces —espetó Aidan—. No me conoces en absoluto.

—Te sorprendería —dijo Winnie.

Sus miradas se fundieron y la soledad y la necesidad tanto tiempo reprimida fue como una bofetada para Aidan. Ella no podía saber por qué se había recluso en el estudio los dos últimos días, cómo oír sus risas y verla con el bebé, y los chicos se había vuelto casi insoportable.

Aidan había tranquilizado a su moribunda esposa, asegurándole que permanecería abierto a la posibilidad de encontrar a otra persona, aunque sabía lo poco probable que era encontrar a otra persona que llegara hasta él como lo había hecho June. La inquebrantable determinación de Winnie por ver el vaso medio lleno ya era suficientemente malo, su aún más inquebrantable buen humor estaba a punto de volverlo loco. Pero el que hubiera descubierto, sin esfuerzo y de inmediato, su

verdadera personalidad...

—No puedo cambiar —él se negaba a mirarla—, sólo por complacerte.

—Esto no tiene nada que ver conmigo —dijo ella sorprendida—. Dentro de unos días ni siquiera estaré aquí. Pero, como te he dicho, por el bien de Robbie...

—Te estás pasando de la raya —le espetó él.

—Alguien tenía que hacerlo —dijo ella sin alterarse—. Escucha, cuando June y tú fuisteis a conocerme antes del parto, estoy segura de que debí pareceros bastante indiferente. Pero sólo porque estuviera enfadada, confusa y aterrada no quiere decir que no os analizara profundamente, intentando descubrir cómo erais en el fondo. La clase de padres que seríais.

—Eso ya lo sé...

—No he terminado. Lo que no sabes es que había hecho una lista de las cualidades que buscaba.

—¿Tener dinero, por ejemplo?

—¡No! —dijo ella con exagerada paciencia—. Y has vuelto a interrumpirme. Me refiero a cosas como bondad, integridad, generosidad. Pero, ¿sabes qué ocupaba el primer puesto de esa lista? —al ver que él negaba con la cabeza, continuó—. El sentido del humor. Quería que mi bebé creciera en una casa llena de risas. Como la que yo tenía cuando vivían mis padres. Y lo que más recuerdo de esa visita —continuó ella—, aparte de lo amables que fuisteis, es con qué facilidad os reíais los dos. Ya sé que la muerte de June te ha hundido, pero ya es hora de que te levantes y busques a la persona que solías ser. Expresa tu frustración sobre los lienzos, pero no sobre Robbie. Y tampoco sobre ti mismo. Porque creo que no me equivoco al decir que quiere que vuelva su papá de siempre.

—Lo intenté, Winnie —contestó Aidan—. La noche que preparaste pizza intenté que se abriera a mí, y no quiso. ¿Qué sugieres que haga al respecto?

—Intentarlo con más ahínco —dijo ella antes de marcharse del estudio, llevándose con ella la generosidad y buen humor, y la franqueza que tanto recordaba a Aidan cómo había sido su vida, antes de que un montón de salvajes células mutantes le explicara lo cruelmente caprichosa que podía ser la vida.

En cuatro días, Winnie Porter había logrado volver su mundo patas arriba... como hiciera June años atrás. Pero había madurado, y era capaz de controlar mucho mejor sus impulsos y hormonas que cuando era joven y se había enamorado perdidamente de la mujer con la que había pasado los quince años siguientes.

A los veintitrés años, no sólo no había sido capaz de resistirse a la fuerza de atracción de June, sino que había abrazado la locura con entusiasmo. El que hubiera funcionado tan bien se debía únicamente a la suerte.

El estómago de Aidan protestó. Miró hacia la puerta y prácticamente escuchó la voz de June que lo reprendía por su tozudez.

Las pisadas resonaron con fuerza en el suelo de baldosas del pasaje acristalado. Al llegar a la cocina, Winnie lo recibió con un gesto de sorpresa que se transformó en una cándida sonrisa, recordándole otra sonrisa a la que no había podido resistirse.

Una sonrisa que aún echaba de menos cada día.

Entonces pestañeó y sólo vio la sonrisa de Winnie. La sonrisa de Winnie lo tentaba, atormentaba, jugaba con él. Deseó poder volver atrás en el tiempo cinco días, antes de

que la maldita mujer apareciera, con su maldita sonrisa y su maldito buen humor, y su maldita negativa a verlo como era en realidad: el bastardo y amargado don Gruñón.

Una vez terminada la comida. Aidan sintió la necesidad de alejarse de allí. La suerte quiso que las tres damas empezaran a hablar de cosas que necesitaban y él vio la oportunidad para ir de compras para ellas.

—¿Cuándo has superado tu alergia a ir de compras? —preguntó extrañada la asistente.

—Desde que tengo que ir a recoger a Robbie —contestó él evitando mirar a Winnie mientras se guardaba la lista en el bolsillo—. ¿Me llevo a Miguel conmigo?

Sin embargo, pronto descubrió que por mucho que hubiera dejado atrás a las mujeres, dos de ellas, una fallecida y otra muy viva, no lo habían abandonado. Le acompañaban metidas en su cabeza como dos cotorras. De manera que hizo lo que cualquier hombre rayando en la locura haría: puso la radio a todo volumen, provocando la risa de Miguel. Eso hizo que Aidan iniciara una reflexión sobre la risa y sobre cómo era capaz de elevar a una persona como si fuera un globo. Pensó en cómo June solía reír hasta llorar, lo cual le hacía reír más. Y pensó en la obsesión de Winnie por lograr que esa risa entrara en su vida.

Lo malo de los globos era que reventaban y hacían que te estrellaras. Por tanto, lo más seguro era quedarse en el suelo, desde donde uno no se podía caer.

Aidan se imaginó la mirada que le habría dedicado June y sintió una punzada de arrepentimiento. Ella no había permitido que el sufrimiento de la enfermedad la destruyera. ¿A qué demonios jugaba él? June le diría, «vete a la porra».

A lo que Winnie respondería, «bien dicho, hermana».

Aidan rio ante lo absurdo de la situación.

—¿De qué te ríes? —preguntó Miguel.

—De nada —Aidan sonrió al niño.

Recogieron a Robbie quien, encantado con la idea de conseguir un helado, incluyó a Miguel en su plan. Los dos chicos se habían convertido en íntimos, lo que hizo que Aidan lamentara una vez más el que June y él no hubieran adoptado más niños.

Aidan aparcó la furgoneta en el aparcamiento de la tienda de Garcia. Una camioneta roja aparcó cerca de la suya. Rachel Griego se bajó de ella e irrumpió con toda la furia adolescente en la tienda. Aidan suplicó la bondad de los dioses para que el padre de Rachel, Johnny, no les descubriera, para que no los saludara con la mano ni se bajara de la camioneta para dirigirse directo hacia él. Estaba atrapado.

—¡Hola, Johnny! —exclamó Robbie mientras se bajaba del coche para saludar a lo más parecido a un amigo que tenía su padre. Un amigo al que no había visto en meses. Ni había hecho intención de ver.

Pero Johnny Griego no se desanimaba fácilmente por un irlandés malhumorado. El criador y domador de caballos siempre se había contentado con aceptar a Aidan tal y como se mostraba.

—Cielo santo —dijo Johnny con una gran sonrisa mientras extendía una mano para saludar a Aidan—. Pensaba que te había tragado la tierra, y resulta que te veo dos veces en una semana.

—¿Cuándo me has visto? —Aidan frunció el ceño.

—Te vi en Garcia el otro día. Estabas con una rubia —Johnny revolvió los cabellos de

Robbie—. ¿Qué te ha hecho bajar de las montañas para mezclarte con los comunes de los mortales?

—Mujeres con una lista de la compra —murmuró Aidan mientras buscaba la lista en el bolsillo.

—¿Mujeres? ¿En plural?

—Flo se hizo un esguince de muñeca mientras Tess se ponía de parto —desde el asiento de atrás, Miguel abrazó a Aidan—. De modo que durante una semana más o menos haré de enfermera.

—¿En serio? —la sonrisa de Johnny se volvió traviesa.

—Tengo ayuda —añadió Aidan mientras se decía a sí mismo, «¿y cómo vas a explicarle eso?».

—¿La rubia?

—¿Cómo...?

—Es una ciudad pequeña —Johnny se encogió de hombros—. Se ha corrido la voz. Tengo entendido que se trata de una bonita chica. ¿Cómo se llamaba?

—Se llama Winnie —apuntó Robbie con el rostro resplandeciente—. Y sabe preparar pizza.

—Una mujer que vale su peso en oro —rio Johnny antes de volver a mirar a Aidan—. Lo que todo el mundo se pregunta es por qué demonios ha decidido visitar Tierra Rosa.

—Dijo algo sobre un artículo en una revista —dijo Aidan señalando la tienda—. ¿Vas a entrar?

—¿Yo? No, sólo he venido a traer a Rach —la habitualmente alegre mirada de Johnny se nubló.

Aidan sabía que Johnny y su mujer, periodista o algo así, se habían divorciado cuando la niña era un bebé, y la chica iba y venía del uno al otro. Aparte de eso, no sabía nada más, ni tenía interés en saberlo. Preocuparse por los demás era agotador.

—¿Papá? —preguntó Robbie tirando de la camisa de Aidan—. ¿Alguna vez volveremos a montar?

—Claro que sí —dijo Aidan con una sonrisa tensa—. Algún día. Me alegra haberte visto, Johnny.

—En realidad quería hablar contigo —dijo Johnny—, sobre los caballos. ¿Tienes un minuto?

Podría darle largas, como había hecho con tantas cosas que no había juzgado imprescindibles, pero, ¿de qué serviría? El tema saldría a relucir tarde o temprano.

—¿Por qué no entras con Miguel y elegís un helado? —Aidan se volvió hacia Robbie.

Los niños entraron en la tienda corriendo.

—¿Los caballos están bien? —preguntó Aidan al ver el gesto preocupado de Johnny.

—Sí, sí. Están bien —dijo Johnny mientras apoyaba la suela de una de las botas en el porche—. Al menos físicamente. Los trato como si fueran míos.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Sabes de sobra cuál es el problema. Intentamos montarlos de vez en cuando, pero no es igual que cuando el chico o tú venías tan a menudo. Los caballos os echan de menos.

—He perdido la ilusión por montar —habiéndose criado rodeado de caballos, Aidan sabía que no serviría de nada discutir.

—Y no creas que no lo entiendo. Pero Robbie... está hecho para montar. Desde luego, más que mi chica. Es una pena desperdiciar un talento como el suyo.

—Le llevaré pronto —Aidan se frotó la barbilla con una mano—. Lo prometo.

—¿Y tú qué? —preguntó Johnny sin recibir respuesta—. Escucha, tengo un cliente interesado en Maggie. Busca un buen caballo para su hija de catorce años...

—Maggie no está en venta —espetó Aidan—. Y antes de que preguntes, Strike tampoco. Ni el poni.

—Demonios, Aidan. Ni siquiera te has pasado a verlos desde... desde hace más de un año. No me malinterpretes, pueden quedarse en mi propiedad todo el tiempo que quieras, pero me mata verlos tan ignorados. Si quieres mi opinión, sería mucho mejor venderlos a alguien que los aprecie. Y sabes que sólo te recomendaría un comprador si estoy seguro al cien por cien.

—No están en venta —insistió Aidan—. Y no quiero volver a hablar del tema. ¿Está claro?

—Perfectamente —Johnny clavó su mirada en los ojos de Aidan—. Pero, si me permites... —respiró hondo—. Demonios. Nadie mejor que yo sabe lo difícil que es volver a ponerse en pie cuando algo así te sucede. Pero la vida continúa...

—Mi esposa murió, Johnny. Mucho antes de que estuviera preparado para dejarla marchar.

—Cuando se te parte el corazón —el rostro de Johnny se ensombreció—, poco importa el motivo, el dolor es el mismo. De modo que no pienses que tienes el monopolio de la tristeza, ¿de acuerdo? Y estoy seguro de que no quieres que ese dolor afecte a tu chico. A él le encantaba montar, Aidan. A ti te encantaba montar. Y a June también. Maldita sea... ¿qué hay de bueno en negarte a ti mismo, o a tu hijo, algo que os hace felices?

—Algo que nos hacía felices, Johnny, en pasado.

Johnny desvió la mirada antes de negar con la cabeza, volver a su camioneta y arrancar.

—¿Papá? —dijo Robbie asomando la cabeza por la puerta—. Miguel también quiere llevar helado para su mamá. ¿Podemos?

—Por supuesto —contestó Aidan mientras intentaba olvidar la conversación y entraba en la tienda.

Sin embargo, la conversación se negaba a borrarse de su mente.

—¿Qué bicho le habrá picado? —murmuró Flo cuando Aidan volvió, casi dos horas después.

—¿Por qué lo dices? —Winnie picaba cebollas para la salsa de los espaguetis y levantó la vista hacia Aidan antes de mirar a Flo.

—Mira su cara.

—¿Se supone que debo ver algo inhabitual?

—De acuerdo, es algo muy sutil. Pero, confía en mí. Está enfadado.

Aidan entró en la cocina con las bolsas de la compra. De repente, se volvió hacia Winnie.

—¿Sabes montar?

—¿Cómo?

—Que si sabes montar. Caballos —añadió, irritado como si ella fuera desesperantemente torpe.

De no haber tenido esa expresión de frustración, y de no haberse empezado a acostumbrar a su brusquedad, Winnie podría haberse ofendido.

—Llevo mucho tiempo sin hacerlo, pero... sí.

—¿Estilo vaquero?

—¿Cuál si no?

—Bien. Tengo caballos en un rancho cerca de aquí y necesitan ser montados. Nos llevaremos a los chicos para que Flo y Tess no tengan que preocuparse por ellos. Pasado mañana —añadió antes de salir de la cocina.

—¿Tiene caballos? —Winnie se volvió hacia Flo.

—Él y la señorita June —Flo tenía los ojos inundados de lágrimas—, solían montar casi todos los fines de semana. Robbie también tiene un poni. Pero desde que la señorita June enfermó, el jefe no ha vuelto a montar. Ni una sola vez. Y, que yo sepa, tampoco ha ido a ver a los caballos.

—¡Vaya! —dijo Winnie al darse cuenta de la trascendencia de todo aquello. Salvo que...—. Enseguida vuelvo.

Lo encontró en la terraza de atrás, mirando furioso la puesta del sol.

—De donde yo vengo —empezó Winnie cuando Aidan se volvió hacia ella—, lo normal es preguntarle a la mujer si le apetece hacer algo, como montar a caballo, por ejemplo. De modo que —ella se cruzó de brazos—. ¿Te importa intentarlo de nuevo?

—Estaba pensando ir a montar a caballo el sábado —Aidan se volvió hacia la puesta de sol—. ¿Te apetecería venir?

—Me encantaría —dijo ella antes de dar media vuelta y volver a la cocina.

Capítulo 10

POR cierto –dijo Winnie mientras cabalgaba sobre la yegua de June por el camino forestal –, al menos podrías fingir que te diviertes.

–Me lo estoy pasando bien –unos metros más adelante, Aidan montaba sobre Strike mientras sujetaba con fuerza a Miguel–. ¿No se me nota?

–Me habías engañado –dijo ella antes de torcer el gesto al iniciar el descenso por una cuesta–. Cielos, mañana voy a lamentar esto. Noto cómo se me estiran músculos que ni siquiera sabía que tuviera.

–Entonces tómatelo con calma –dijo Aidan mientras sujetaba a Miguel con más fuerza–. De todos modos, viniendo con los niños, no tenía pensado hacer nada demasiado duro.

En efecto, el paseo discurría por un camino suave y serpenteante que desembocaba en un claro con espectaculares vistas, donde comerían antes de emprender el regreso. Los caballos se aburrían mortalmente, pero por un día estaba bien, al menos para él.

Había seguido los consejos de todo el mundo. Se había obligado a salir de sí mismo por el bien de su hijo, y por el de los caballos, sin saber lo mucho que le iba a costar ver a otra mujer sobre Maggie, ni lo mal que le había sentado que la yegua aceptara de inmediato a Winnie. Incluso le había mordisqueado la rubia melena, como solía hacer con los negros cabellos de June.

Y había provocado en él reacciones tan parecidas que lo aterraban.

–¡Mira Miguel! –exclamó Robbie –, ¡conejos!

Aidan suspiró sin poder evitar recordar cuando montaba con Robbie de pequeño. El tiempo pasaba, los niños crecían y la vida continuaba, le gustara o no.

«Por fin lo entiendes, cariño», dijo una vocecilla en su cabeza. «Y ahora, ¿qué vas a hacer?».

Con el ceño fruncido miró hacia atrás. Se suponía que debía vigilar a Winnie, quien no había montado a caballo desde que era adolescente. Hacía calor y ella se había quitado la sudadera y desabrochado un botón de la camisa. Llevaba los cabellos recogidos bajo el sombrero.

Era curioso que, hasta ese momento, no se hubiera fijado en su largo cuello de cisne.

–Tienes un buen asiento –dijo él mientras desviaba la mirada.

–¿Disculpa?

–Tu manera de sentarte en la silla. Tu postura –él la miró un instante y volvió a desviar los ojos–. No pareces una persona que lleve quince años sin montar a caballo.

–Las apariencias pueden engañar –bromeó ella–. ¿Cómo empezaste a montar tú?

–Mis padres crían purasangres. Antes de aprender a caminar, ya montaba.

–Robbie dice que sólo les ha visto un par de veces –Winnie miró al niño.

–Viven muy lejos –el comentario había hecho que la situación se volviera más incómoda ante el enorme secreto que compartían–. Y a ellos no les gusta mucho

viajar.

—Me imagino que a ti tampoco.

—De joven viajaba mucho, pero no tanto desde la llegada de Robbie —él sonrió al sentir la mirada de Winnie sobre él—. Seguro que te estarás preguntando por qué soy tan huraño.

—Estaba pensando que si yo tuviera los recursos que tienes tú, me subiría en el primer avión.

—¿Adónde te gustaría ir, Winnie Porter?

—¡Madre mía! ¿Por dónde empiezo? ¿Italia? ¿Brasil? China... me encantaría ir a China. Y participar en un safari fotográfico por África. Irlanda —dijo ella mientras le sonreía provocándole a él una sensación ya olvidada—. Tanto verde debe ser increíble. Aunque, ¿sabes qué? —ella respiró hondo—. Esto de aquí también es precioso, y se respira paz.

—Supongo.

—Aidan, por el amor de Dios

—¿Qué? —él frunció el ceño.

—Hace mucho tiempo que no me sentía así —ella negó con la cabeza.

—¿Desde cuándo? ¿Desde esta mañana?

—Ya sé que te irrita mi obstinación por ser positiva —dijo ella tras unos minutos de silencio en que sólo se escuchaban los cascos de los caballos y la respiración de Miguel —, pero prefiero molestar a los demás con mi alegría que unirme a ellos en sus lamentos.

—Tu alegría no me irrita, Winnie —contestó él con irritación.

—Cómo eres —Winnie rio alegremente mientras se ajustaba el sombrero—. De todos modos, existe una diferencia entre ser alegre y sentirse en paz.

—¿Y cuál es?

—Bueno, supongo que el buen humor es como un vestido bonito que te pones para sentirte mejor, y hacer que los demás también se sientan mejor —dijo ella sonriendo tímidamente—. La sensación de paz, sin embargo, se produce cuando saboreas el momento. No puedes provocarla. Aunque puedes permitirle que suceda.

—Ya veo —contestó él, aunque no viera nada—. ¿Y cuándo fue la última vez que te sentiste en paz?

—¿Durante más de dos minutos? —ella reflexionó antes de contestar—. Supongo que cuando vivían mis padres. Aunque no era así todo el tiempo. También recuerdo momentos de mucha tensión, seguramente por problemas económicos, aunque nunca me decían nada a mí. Papá y mamá sabían disfrutar de verdad de los buenos tiempos. Sobre todo mamá. Jamás conocí a nadie que fuera capaz de sacarle tanto partido a un aspersion en un caluroso día de verano. También amaba con muchísima naturalidad. Para mí no hubo mejor modelo a seguir en todo el mundo.

—Por lo que dices, te pareces mucho a ella.

—Pienso mucho —dijo ella tras mirarlo durante unos segundos—, en las personas que se muestran malvadas con los demás, porque no saben, o han olvidado, comportarse de otro modo.

—Eres muy generosa —dijo Aidan mientras abrazaba a Miguel.

—No tanto. Es más bien que me niego a que la amargura me devore como...

– ¿Papá? – llamó Robbie – . ¿Podemos parar? Me duelen las piernas.
– Que Dios te bendiga – susurró Winnie.
– Ya hemos llegado – contestó Aidan – . ¿Ves ese claro más adelante?
Tras desmontar, Miguel y Robbie corrieron entre risas hacia el bosque.
– ¡Tened cuidado con las serpientes! – les gritó Aidan.
– Lo sé. Lo sé – contestó Robbie sin pararse.
– ¿Has decidido comer ahí arriba? – Aidan se volvió hacia Winnie que aún no había desmontado.
– ¿Serpientes? – fue lo único que pudo decir ella.
– Bueno, en esta época del año no hay muchas. Hace demasiado frío para ellas. Pero nunca está de más recordar a los chavales que deben tener cuidado.
– Muy bien, pues yo tendré cuidado desde aquí arriba, gracias. Pásame un sándwich.
– ¿Te dan miedo las serpientes?
– Sí. Siento una curiosa fobia hacia criaturas resbaladizas y que se arrastran cuyas mordeduras provocan una horrible muerte. Sin embargo, las arañas no me dan miedo. ¿Eso me da puntos?
– Algunas arañas también son venenosas.
– Pero no se arrastran – dijo ella como si eso lo explicara todo.
– ¿Quieres que haga una inspección? Para asegurarme de que la zona está despejada de serpientes.
– Te lo agradecería.
Cuando Aidan volvió de la inspección, Winnie seguía sin moverse.
– Ya puedes bajar. No hay peligro, te lo juro.
– No estoy segura de poder bajar – dijo ella con un gesto de dolor – . Creo que mis piernas están soldadas al caballo.
Aidan debería haberse sentido exasperado, pero lo que sentía era más bien... bueno, desde luego no era exasperación.
– Vamos – dijo él mientras la sujetaba por la cintura – . Suelta los pies de los estribos...
– Sí, creo que de eso me acuerdo – dijo ella secamente.
En el instante en que los pies tocaron el suelo, las rodillas cedieron y Aidan la agarró para impedirle caer mientras pensaba «no caeré en la trampa», al mismo tiempo que Winnie, que debía pensar lo mismo, intentaba separarse de él. Pero, Maggie, que jamás se movía cuando el jinete desmontaba, se desplazó ligeramente a la izquierda, empujando a Winnie contra Aidan.
Curiosamente, él no se sintió tan ansioso por soltarla como hubiera esperado.
Aún más curioso, Winnie tampoco. Aunque, lo cierto era que estaba atrapada entre el caballo y el hombre, y las manos no tenían ningún sitio para apoyarse salvo el pecho de él. Por encima del olor del caballo percibió el aroma masculino a champú y jabón, y fuego de leña.
– Maldito caballo – sonrió él mientras sentía como ella se tensaba.
Winnie le devolvió la sonrisa y Aidan percibió en su mirada, demasiado sincera para ocultarlo, la certeza de que si decidía besarla, ella no se resistiría.
Tras saltar todas las alarmas, él la soltó y se echó hacia atrás tras comprobar que ella se tenía en pie. Sin embargo, tras avanzar unos pasos, las piernas cedieron y dio con el

trasero en el suelo.

— ¡Winnie! — gritó Aidan mientras corría a su lado —. ¿Estás bien?

Aidan, los chicos y el perro llegaron junto a ella al mismo tiempo. Winnie aullaba.

De la risa.

«Lo importante es que no dejen de reír», pensó Winnie mientras se dirigía hacia el arroyo deseando poder olvidar el «casi beso» con la misma facilidad con que el agua resbalaba por sus manos. Lo cierto era que no todo había sido culpa del caballo, como tampoco tenía nada que ver el caballo con las mariposas que sentía en el estómago o el picor en los labios, por no hablar del rincón de la felicidad que estaba a punto de ofrecer un pase gratuito ilimitado.

A su espalda, los chicos, con el entusiasta apoyo de Annabelle, seguían riendo y chillando mientras saltaban sobre las piedras en el arroyo.

A pesar de que las piernas habían vuelto casi a la normalidad, se dejó caer encantada sobre el suelo con la espalda apoyada contra el tronco de un árbol. A unos metros de distancia, Aidan estaba apoyado, con las piernas estiradas y el rostro vuelto hacia el sol, contra su propio árbol.

No pudo evitar pensar en la última vez que habría estado allí con June. La idea le produjo una sensación de tristeza. Por muchas vueltas que le diera, ella era una intrusa.

— ¿Ya te has recuperado? — preguntó él sin abrir los ojos.

— Casi — ella lo miró de reojo —. Pensé que no me habías oído.

— ¿Bromeas? ¿Con todo ese ruido que has hecho pisoteando la hierba seca?

Winnie sintió que se le inundaban los ojos de lágrimas. Allí estaba el hombre al que había conocido años atrás. Le echó otra ojeada y sonrió para sus adentros.

— No mires, pero pareces casi como... como si estuvieras en paz.

— Será la luz — dijo él mientras se rascaba la barbilla —. Pasará. Por cierto, quería preguntarte qué sucedió con todos esos pendientes, anillos y... cosas.

— Superé la fase de acerico.

— ¿Algún tatuaje? — él rio, mostrando los hoyuelos.

— ¿Bromeas? Casi me desmayé con los agujeros de la nariz y las cejas. Puede que dé otra imagen, pero por dentro soy una enorme gallina cuando se trata de agujas — ella hizo una pausa —, o serpientes — otra pausa —. Por cierto... estoy muy orgullosa de ti.

— ¿Orgullosa? — las cejas se dispararon hacia arriba.

— Esto no debe ser nada fácil para ti. Venir aquí. El que yo monte el caballo de June.

— Tenía que hacerlo — dijo él tras abrir los ojos —. Pero, es curioso — añadió mientras frotaba la espalda contra el tronco —, encontrarme con Johnny Grego, al que no había visto desde la muerte de June. Es como si... — negó con la cabeza —. Para ti tampoco debe ser fácil. Ver a Robbie...

— Sentarme en un lugar donde puede haber serpientes...

— Y tú eras la que me acusaba de dar una de cal y otra de arena.

— ¿De qué hablas? — ella lo miró con el ceño fruncido.

— Te estás sincerando conmigo sobre tus sentimientos y de repente... — él se encogió de hombros —. ¿Por qué nos cuesta tanto reconocer nuestros temores? Me refiero a los verdaderos.

— A lo mejor... necesitamos encontrar a la persona adecuada ante quien confesarlos —dijo ella—. Alguien en quien podamos confiar. Como con el asunto de las serpientes. De algún modo, sabía que no te ibas a burlar de mí por ello.

— ¿Por qué iba a hacer algo así?

— Ahí está. Tú no harías algo así. Pero, la mayoría de los hombres... —ella suspiró y se inclinó hacia delante—. Las serpientes me dan pánico desde siempre, pero tuve que aprender a mantenerlo en secreto delante de mis, así llamados, novios.

— Sin embargo, me lo has contado a mí.

— Sí. Te lo he contado —ella apretó los labios con fuerza—. Sé que es un miedo irracional, pero...

— Las fobias no son irracionales para quien las sufre, Winnie —dijo él con irritación—. Pueden superarse, pero nadie debería aprovecharse de tus miedos, sobre todo alguien que pretenda ser un hombre —él hizo una pausa—. Además, ¿dónde dice que tenemos que ser unos valientes? Que no se te suba a la cabeza, pero creo que eres una de las mujeres más valientes que he conocido jamás, Winnie Porter. Desde luego, lo que no eres es una gallina.

«Y si no dejas de hablar así», pensó ella, «voy a enamorarme de ti y, entonces, ¿qué pasará?».

Ella había conocido a muchos hombres que no le convenían. Para ser sincera, la mayoría. Y los dos o tres que habían sido adecuados, o al menos lo habían parecido, resultaron no ser más que una imitación barata de lo que ella buscaba.

Aquel hombre sí era de primera clase. Pudiera ser que tuviera un par de tornillos sueltos, pero... ¿quién no? Además, los tornillos se apretaban. El resto de él era sólido como una roca. Y era justo lo que ella deseaba, aunque no hubiera elaborado una lista con las características que buscaba. Y allí estaba, sentada junto al hombre más adecuado... y que sin duda no podría ser menos conveniente.

— He estado pensando en cómo decirle la verdad a Robbie —dijo él.

— ¿La verdad? ¿Te refieres a...? —ella despertó de su ensoñación y estuvo a punto de desmayarse.

— Sí.

— ¿Cuándo cambiaste de idea?

— Supongo que siempre he sabido que tarde o temprano habría que decírselo —él jugueteaba con una brizna de hierba—. Sobre todo después de que hayas pasado tanto tiempo con el chico —él la miró—. De modo que es una cuestión de cómo y cuándo. Y eso es lo que aún no he decidido.

— Esa parte te la dejaré a ti —Winnie sintió una oleada de calor—. Además, me voy pasado mañana.

— ¿Pasado mañana?

— Flo se está recuperando muy deprisa y Tess ya está lista para volver a su casa. No hay motivo para que alargue más mi estancia.

— Entonces te mantendré informada de lo que decida —dijo él antes de desviar la mirada.

— Bien. ¿Cómo os conocisteis June y tú? —preguntó ella de repente.

— Pensé que todo esto consistía en ir avanzando —tras unos segundos sin contestar, él la miró como si se hubiese vuelto loca.

—¿Cuándo vas a comprender que hablar sobre alguien es avanzar? Escucha, me... alegre de haberte conocido un poco mejor. Por el bien de Robbie, ¿sabes? Y si June estuviera aquí... —«seguro que no me estaría enamorando de ti»—. Si June aún estuviera aquí, también me gustaría conocerla mejor. Y eso es todo —tomó una manzana que había sobrado de la comida y la mordió mientras se acercaba a Aidan—. La pelota está en tu tejado, amigo.

No tendría que estar sucediendo. No tendría que sentirse tan a gusto con ella, no debería sentir...

No debería sentirse como se sentía.

«Pues, haz lo que te pide. Háblale de June, deja que los recuerdos borren a Winnie de tu mente».

—Fue hace quince años —comenzó—. Yo estaba en Dublín intentando salir adelante como artista. Mis padres me habían desheredado por haber elegido el arte en lugar de la crianza de caballos.

—Lo siento...

—Ya nos hemos reconciliado, Robbie lo consiguió, pero, desde luego fueron unos años difíciles. Y por eso dije aquello el otro día sobre no impedir a Robbie perseguir sus sueños. Porque yo jamás le haría a un hijo lo que mis padres me hicieron con el pretexto de desear únicamente lo mejor para mí. En cualquier caso, June estaba recorriendo las Islas Británicas con una amiga y yo tropecé con ellas en un pub. Para ser sincero, yo no sentía una gran estima por los estadounidenses que había conocido hasta entonces, pero ella era diferente. Era auténtica, de una manera que no lo había sido ninguna de las mujeres que había conocido hasta entonces. Al averiguar la diferencia de edad entre nosotros, me sentí como un idiota, pero... —el río—. Por algún motivo, ella nunca me vio como un chiquillo. Y yo nunca fui consciente de su edad —Aidan miró a Winnie—. La amiga se marchó, pero June no. Nos casamos dos semanas después.

—¿Bromeas?

—En absoluto. No hace falta que te diga que mis padres se enfurecieron aún más conmigo. De modo que, ya ves, cuando se trata de rebeldía, no tienes nada que hacer a mi lado.

—Supongo que no —ella volvió a morder la manzana—. ¿Vinisteis enseguida a los Estados Unidos?

—Sí. Yo ya había estado algunas veces en Boston y en Nueva York, pero jamás en el oeste. Lo único que sabía era lo que había visto en las películas. Jamás pensé que el paisaje te pudiera dejar sin aliento, ni hacerte sentir enaltecido e insignificante al mismo tiempo. En cierto modo, me recuerda a la costa irlandesa, donde crecí. Supongo que por su grandeza, por su extensión.

—Sé a qué te refieres —dijo Winnie—. ¿Has estado en Texas alguna vez? —al ver que él negaba con la cabeza, ella rio—. Pues eso sí que es extenso. Muchas personas lo ven como un gran extensión de... nada. Yo lo veo como algo continuo. Ya sabes que intento ver siempre el lado bueno —concluyó ella al oírle reír con disimulo.

—No importa, ya me estoy acostumbrando —en contra de su buen juicio, Aidan

permitió que sus ojos establecieran contacto visual con los de Winnie. Y los restos de lo que una vez fue ese hombre se fundieron con la extensión de bondad y sinceridad de Winnie Porter, y se sintió enaltecido e insignificante como jamás recordaba haberse sentido en su vida.

Winnie inclinó la cabeza, mientras sus ojos reflejaban miles de dudas, y los labios se abrían...

Las risas provenientes del arroyo despertaron a Aidan de su ensoñación. Segundos después, un perro y dos niños subieron por la pendiente, mojados, llenos de barro, tiritando y riendo.

— ¡Annabelle se sacudió y nos ha mojado! — dijo Robbie, apenas capaz de hablar por culpa de la risa.

Aidan respiró hondo. Minutos antes había hecho una promesa que iba a dar un vuelco a la vida de Robbie, mucho antes de que ninguno de los dos estuviera preparado para otro vuelco. «Es lo correcto», pensó mientras se relajaba.

— Sí — añadió Miguel con una sonrisa aún más amplia que su nuevo mejor amigo —. ¡Estamos empapados!

— Menos mal que algo me dijo que trajera ropa seca para vosotros dos — Winnie rió mientras se dirigía a su caballo. Le lanzó la ropa a Robbie y luego se arrodilló para cambiar a Miguel.

— ¡Socorro! — sonó una voz camuflada —. ¡Quién sea! ¡Estoy atascado!

Aidan se volvió hacia Robbie que giraba en redondo envuelto en su sudadera. La risa surgió del oscuro pozo en el que había morado su alma demasiado tiempo. Y atrapó a la peonza humana mientras le quitaba la capucha.

— ¡Éste ha sido el mejor día de mi vida! — con las mejilla sonrosadas, Robbie lo miró exultante de felicidad antes de terminar de vestirse y salir corriendo con Annabelle y Miguel en busca de la siguiente aventura.

Aidan observó a los niños, y a Winnie, en cuyo rostro descubrió una versión más suavizada de la expresión que acababa de ver en los ojos de su hijo.

— Es hora de volver a casa — dijo él.

Sin dejar de sonreír, Winnie se acercó hasta Aidan, apoyó una mano sobre el fuerte brazo y se puso de puntillas para besarlo en la mejilla. Después se volvió y llamó a los chicos y al perro tan fuerte que espantó a todos los pájaros de los árboles.

Capítulo 11

DIOS mío, E! ¿No me digas que...?

– Ya te digo, cariño. Acabo de pedirle a Andy que lo compruebe, para asegurarme de que mis ojos no me engañaban. ¿Qué te parece? ¡He ganado sesenta mil dólares!

– Después de tantos años, Elektra – dijo Winnie concentrada en la luces del techo –. Al final, la fecha del cumpleaños de tu madre ha dado dividendos.

– Eso es lo raro – dijo E –. No jugué con los números de mi madre. Estaba a punto de marcarlos, como siempre, cuando, de repente se me ocurrió una nueva serie de números. Fue muy fuerte, como si alguien me los estuviera diciendo al oído. Once, dieciséis, diecinueve, treinta, cuatro.

– ¿Cómo has dicho? – pregunto Winnie.

– Once, dieciséis, diecinueve, treinta, cuatro. ¿Por qué?

– Dios mío, E... Ésa es la fecha del cumpleaños de la señorita Ida.

– ¿Cómo? Cielo santo... creo que me he puesto lívida. ¿Crees que será, ya sabes, algún tipo de mensaje desde la tumba?

– Lo que yo creo es que se trata de una espeluznante coincidencia.

– No parece muy segura. Me refiero a lo de la coincidencia.

– Cariño – Winnie suspiró –. Yo ya no estoy segura de nada. ¿Y qué vas a hacer con tanto dinero?

– No tengo ni idea. Es un montón de dinero, pero no para retirarme y vivir de las rentas. Supongo que lo invertiré... ¡yo qué sé! A lo mejor puedes ayudarme a decidirlo cuando vuelvas.

– Desde luego – sonrió Winnie –. Sólo será un par de días más. Lo prometo.

Cerró el móvil y lo lanzó junto a Annabelle que se había enroscado sobre la ropa tirada en el suelo. Estaba encantada por Aidan y Robbie, por lo bien que había salido el día, sacándoles a ambos de la profundidad de su dolor. Al menos lo suficiente como para ponerse en marcha de nuevo. Sin embargo, a ella el día le había traído...

De vuelta a casa, con un Miguel que roncaba en su sillita, un eufórico Robbie le había preguntado si podrían grabar caras sobre las calabazas al día siguiente, y ella no había podido negarse. Pero, lo cierto era que lo único que deseaba era largarse de allí antes de que el corazón se le desintegrara por completo.

«Un día más», pensó con un nudo en la garganta mientras contemplaba el cielo estrellado a través de la pequeña ventana. «Un día más».

– ¿Qué te parece, Winnie?

Robbie giró su calabaza a medio grabar y se sintió mucho mejor al recibir una sonrisa a modo de respuesta. Desde el paseo a caballo, las cosas habían cambiado. Ella aún reía y todo eso, pero daba la impresión de que intentaba ser divertida en lugar de serlo.

–Fantasmagórica –sonrió ella mientras vaciaba otro cucharón de pulpa de calabaza en un cuenco. Faltaba más de una semana para Halloween y sabía que las calabazas se estropearían antes de la fiesta, pero al menos las habrían preparado juntos.

A Robbie no le gustaba la idea de que se marchara, pero ya le había explicado que no había ninguna razón para quedarse más tiempo. Su padre y Flo acababan de llevar a Tess, al bebé y a Miguel a casa de Tess. La casa parecía vacía, y cuando se marchara Winnie sería aún peor.

Eso le confundía. Le gustaba mucho. Demasiado quizá. Y por el modo en que su padre la miraba, sospechaba que él sentía lo mismo.

–Oye –Winnie le tocó una mano–. ¿Estás bien?

–¿Tienes que irte? –Robbie la miró, pero ella desvió la mirada mientras se mordía el labio.

–Sí, cariño –dijo ella al fin–. Tengo un negocio que atender en Texas y aquí no tengo trabajo. Sólo estoy de vacaciones, ¿recuerdas? –ella sonrió–. Pero me encanta que quieras que me quede.

–Es que... –Robbie se sonrojó–, todo ha sido más divertido desde que llegaste. Y cuando todos estaban aquí era... casi como Navidad, pero sin regalos.

–Sabes –Winnie se sentó frente a su calabaza con el ceño fruncido–. Deberías pensar en nuestra visita como en una fiesta. Un momento especial que sabes que no durará para siempre.

–Sí, bueno, también lo odio cuando se acaba la Navidad.

–Bueno, a lo mejor ése no es el mejor modo de enfocarlo. Porque tienes razón, enero es un asco. Pero luego llega San Valentín con muchos dulces, y Semana Santa con más dulces aún, y luego el verano con sus fiestas, y Halloween, y el día de Acción de Gracias y, antes de que te des cuenta... vuelve a ser Navidad.

–No soy más que un crío –dijo Robbie–. Para mí, el tiempo pasa a ritmo de caracol.

–Eres increíble –Winnie soltó una carcajada–. ¿De dónde te has sacado eso?

–No sé –el niño se encogió de hombros encantado–. Supongo que mi cerebro funciona así. El bebé es muy mono, ¿verdad? Al menos cuando no estaba aullando, y Miguel también.

–Y tú te portaste muy bien con él.

–Me gustaba enseñarle cosas a Miguel. Era como si fuera mi hermano pequeño.

–Desde luego serías un buen hermano mayor –dijo Winnie tras un momento de silencio.

–Sí. A lo mejor. Mamá y papá no quisieron más niños. Decían que eran felices sólo conmigo.

–Y estoy segura de que lo fueron –ella sonrió.

–Entonces, ¿cuándo dices que te marchas?

–Mañana, cielo –contestó ella con dulzura.

–Apuesto que tienes un novio esperándote.

–No –ella soltó otra carcajada–. Ningún novio. ¿Por qué lo dices?

–No sé –él se encogió de hombros–. ¿Te gustan «los tres chiflados»?

–«Los tres chiflados» son la bomba –ella rió–. Ya he visto que tenéis muchas películas suyas.

—Sí. Eran de mamá. Solíamos verlas juntos.
—¿Tu papá también?
—A veces. Aunque no creo que fueran lo suyo.
—No. Yo tampoco lo creo —dijo Winnie.
—Mamá me contó una vez, hace mucho tiempo —Robbie arrancó un trozo de pulpa alrededor de un diente—, cómo habían ido a buscarme.
El niño se sorprendió de que Winnie tardara tanto tiempo en reaccionar.
—¿En serio?

Winnie había leído en alguna parte que una persona elaboraba unos cincuenta mil pensamientos al día. La mayoría de los niños parecían decididos a verbalizar cada uno de esos pensamientos, siguiendo un orden aleatorio. Lo había decidido tras ver a muchos padres, acompañados de sus hijos, que entraban en el café con ese aspecto que ella había bautizado como «zombie de la carretera». Un aspecto que, sin duda, Robbie conseguiría provocar en veinte segundos.

Salvo que, en el caso de Robbie, nada tenía que ver con el azar. En realidad, había sopesado concienzudamente qué decir, y cuándo decirlo.

—Sí —dijo el chico sin dejar de grabar la calabaza—. Mamá dijo que mi madre biológica era un encanto, pero que le habría costado mucho criarme, porque era muy joven y estaba sola y eso. Por eso eligió a mamá y papá para que se quedaran conmigo.

—¿Alguna vez te habló tu papá de ello? —Winnie se puso en alerta. ¿Qué más le habría contado June? ¿Le había dicho que interrumpió el contacto con él desde que cumpliera los seis meses?

—No. Sólo mamá. Mamá dijo que llevaban mucho tiempo buscando un bebé, pero que, en cuanto me vieron, comprendieron por qué habían tenido que esperar tanto tiempo.

—Es cierto —a pesar de tener el corazón destrozado, Winnie sonrió—. Tuvieron mucha, mucha suerte por tenerte —los ojos se le inundaron de lágrimas—. Apuesto a que tú piensas lo mismo... ¿Robbie...? —al ver que el niño no respondía, Winnie levantó la vista.

—Mamá murió. ¿Eso es tener suerte?

—Cariño... A todo el mundo le sucede algo malo alguna vez. Eso no hace que duela menos, lo sé. Pero el dolor nunca podrá llevarse lo bueno —ella alargó una mano hacia él y se alegró de que el niño no retirara el brazo—. Estoy segura de que tu mamá te amaba muchísimo. Y aún lo hace. Desde donde quiera que esté, apuesto a que te cuida y te desea lo mejor.

—Yo no creo en el Cielo.

—No importa. No tienes por qué hacerlo.

—Papá dice que nadie ha demostrado que el Cielo exista.

—Tampoco ha demostrado nadie que no exista —dijo Winnie—. A veces hay que tener fe.

—¿Qué quiere decir eso?

—Significa creer en algo que no puedes ver o tocar. Como el amor. Aunque ya no puedas ver o hablar con tu mamá, aún podrás recordar su amor. Y nada ni nadie te lo

podrán quitar. Jamás.

Robbie parecía escéptico, aunque no discutió. Pasados unos segundos, se le ocurrió algo:

— ¿Crees que Tess va a entregar a Julia a alguien?

— ¿Por qué demonios iba a hacer algo así? — Winnie levantó la cabeza con tal brusquedad que casi se le partió el cuello.

— Porque ella también está sola.

— Bueno. No es lo mismo que lo de... que lo de antes. Porque Tess está casada, aunque su marido esté en el ejército, muy lejos de aquí. Y tiene a Flo. Y un trabajo. Y un lugar donde vivir...

— Y ama demasiado a su bebé para entregárselo a otros, ¿verdad?

— Cariño... — Winnie fue hasta el fregadero para beber un vaso de agua —, el que una madre dé a su bebé en adopción no quiere decir que no lo ame. A menudo es justo al revés, porque esa madre siente que no será capaz de darle a su bebé todo lo que necesita. Igual que lo de tu... madre biológica. A veces las madres solteras sí se quedan con sus bebés. Depende.

— ¿De qué? — Robbie frunció el ceño.

— De muchas cosas. De si tiene el dinero y la cultura para criar un bebé. Autoconfianza.

— ¿Eso qué es?

— Quiere decir sentirse bien con uno mismo. Sentir que puedes hacer lo que tengas que hacer. Las mujeres jóvenes, como las adolescentes, a veces no se sienten preparadas para ser madres.

— Apuesto a que si tú tuvieras un bebé, jamás lo entregarías en adopción — dijo el niño tras reflexionar unos instantes —. ¿A que no?

El corazón de Winnie estalló en mil pedazos.

Justo en el momento en que Aidan entraba en la cocina.

Winnie sólo cruzó una mirada con Aidan, pero bastó para que él viera el remordimiento grabado a fuego en sus ojos.

— Robbie — dijo él —. ¿Por qué no sales a jugar un rato con Annabelle?

— ¡Es que no he terminado mi calabaza!

— Ya la terminarás más tarde. ¿Lo ves? Annabelle ya está en la puerta y te espera.

— No podemos demorarlo más tiempo, Aidan — dijo Winnie temblorosa una vez que la puerta se cerró tras el niño y el perro.

— Ya me he dado cuenta — suspiró Aidan —. Pero, ¿cómo demonios surgió el tema?

— ¿Quién sabe? Puede que por la presencia de Tess y el bebé — ella frunció el ceño —. ¿Sabías que June le había hablado de mí y de las circunstancias de la adopción? Sin decir mi nombre, claro.

— No. ¿Cuándo?

— No lo sé. No me lo dijo — ella apoyó las manos en los muslos —. No tenía ni idea de que esto sería incluso más difícil que entregarlo en adopción.

Aidan se acercó a la ventana de la cocina para no tener que ver el dolor en los ojos de Winnie.

— Sé en qué estás pensando — dijo ella con dulzura —. Que si no hubiese venido, nada de esto estaría sucediendo. Pero yo no estoy tan segura. Muerta June... supongo que

tiene sentido que haya empezado a pensar en su madre... biológica.

—Estabas a punto de decir «su madre de verdad», ¿a que sí? —Aidan se volvió hacia ella.

—En mi mente —dijo Winnie tras unos segundos de estupefacción—, tengo claro que June es su madre verdadera en todos los sentidos. Sobre todo para Robbie. Sin embargo, en mi corazón... Sabes que lo último que quiero es disgustar a Robbie, pero después de lo que me ha dicho... hay una parte de mí que necesita explicarle que no le dejé tirado como si fuera un regalo de Navidad que no me hubiera gustado. Por Dios, Aidan —añadió, provocándole al hombre una oleada de compasión—. Yo no pretendía que sucediera esto. Lo único que quería era verlo una vez para asegurarme de que estaba bien —las lágrimas se acumulaban en la punta de las pestañas—. Jamás pretendí organizar todo este lío.

—No lo hiciste tú sola —«no tienes ni idea de lo que has hecho», pensó Aidan que apenas podía soportar el deseo de abrazarla—. Yo soy tan responsable como tú. Puede que más.

—¿Cómo es eso posible?

—Porque, cuando te ofreciste a quedarte —dijo él, sentándose en una silla con las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta—, podía haber dicho que no, y no lo hice.

—¿Por qué no? —preguntó ella tras unos segundos.

—Porque soy un bastardo egoísta —dijo él mientras se ponía nuevamente en pie—. Quería fingir, durante unos días, que todo era normal. Que yo era normal. Pero sólo conseguí hacer el ridículo.

—¿Por querer sentirte normal?

—Porque en estos últimos días me olvidé de que sólo debería pensar en Robbie —Aidan se volvió hacia ella y acarició con la mirada lo que sus manos se negaban a tocar—. No me digas que no te diste cuenta de lo que sucedió entre nosotros ayer por la montaña.

—¿O sea que no me lo imaginé?

—¿Imaginate que bajé la guardia? ¿Imaginate que quería bajar la guardia? ¿Que quería besarte? —él negó con la cabeza—. No. No te lo imaginaste.

—¿Y por qué no lo hiciste? —dijo ella.

—Porque sé que nunca seré normal —la voz de Winnie encerraba un regalo que él no osaba aceptar—, ni sentiré con normalidad. Y fingirlo no basta, ¿verdad?

Winnie se quedó tan callada que él empezó a dudar de que le hubiese oído.

—Maldita sea —dijo ella al fin—. No sé si sentirme halagada o no —al ver que él fruncía el ceño, perplejo, continuó—. Al menos, no estás en el mismo estado que hace una semana.

—¿Y crees que es obra tuya? —murmuró él mientras Winnie se encogía de hombros—. Piensa lo que quieras.

—¿Has fingido lo que sientes por Robbie? —ella se acercó al salón y tomó la imagen de uno de los santos de June, un San Miguel toscamente grabado y de brillantes colores.

—¡No! —Aidan sintió una sacudida por todo el cuerpo—. Claro que no.

—Entonces centrémonos de nuevo y no olvidemos que aquí no se trata de lo que

sentimos nosotros. Ni de lo que queremos – Winnie dejó el santo en su sitio –. Aquí se trata de un niño de nueve años que seguramente quiere que vuelva la normalidad a su vida. Y eso jamás volverá a incluir a June, Aidan. Y si yo pudiera darle a Robbie una décima parte de lo que June le dio, al menos para que sepa cuánto me importa, eso sería más que suficiente para mí.

Las palabras de Winnie atravesaron el corazón de Aidan y, quizás la niebla de rechazo en que había vivido durante un año.

O al menos durante la última semana.

– Se lo diremos después de cenar, ¿de acuerdo? – dijo él.

– ¿Decirme el qué? – preguntó Robbie a sus espaldas.

Con el corazón acelerado, Winnie deseó haber podido disponer de un poco de tiempo para recuperarse del primer asalto, antes del segundo.

Habían estado tan absortos en la conversación que no se habían dado cuenta de que Robbie y Annabelle volvían a entrar, ni sabían cuánto tiempo llevaban allí, escuchando. Aunque, a juzgar por su pregunta, lo bastante para comprender que él era el tema de conversación.

– ¿De qué hablabais? – dijo él sin soltar a Annabelle y mientras su mirada iba de Winnie a Aidan.

Winnie echó una ojeada a Aidan, quien asintió, y luego posó su mirada en Robbie.

– Cariño... ¿recuerdas que hace un ratito estábamos hablando sobre tu madre biológica?

– Sí...

– Pues... soy yo.

– ¿Tú? – exclamó Robbie con el ceño fruncido.

Winnie asintió mientras le daba tiempo para asimilar la noticia.

Sin dejar de fruncir el ceño, el niño se agachó lentamente junto a Annabelle, sin reaccionar siquiera cuando el perro decidió que el chaval necesitaba un lavado de cara. Con el corazón a punto de salirse del pecho, Winnie miró de nuevo a Aidan, quien no le quitaba ojo a su hijo.

– ¿Muchacho...?

– Tú lo sabías, ¿verdad? – dijo él.

– Robbie, yo...

– ¿Por qué no me lo dijiste? – el niño lanzó la acusación contra Winnie mientras se ponía en pie de un salto –. ¿Por qué no me lo dijiste cuando estuve en la casa vieja?

– Porque yo le pedí que no lo hiciera – intercedió Aidan.

– ¡Tú no eres mi mamá! – gritó el niño mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas –. Mi mamá ha muerto. Y tú... tú... – Robbie reuló hasta tropezarse con la mesa de la cocina –. No me importa lo que me contara mi mamá. Tú no me querías, me entregaste y... y no puedes volver ahora y pretender que todo va bien.

– No, cariño, yo no... – destrozada, Winnie avanzó hacia él –. Claro que no intento ocupar el lugar de tu mamá. Sólo quería...

– ¡Me mentiste! ¡Los dos me mentisteis! ¡No! – aulló cuando Aidan intentó abrazarlo.

En cuanto Aidan lo soltó, Robbie se lanzó escaleras arriba y estuvo a punto de tirar a Flo que subía de la planta inferior

— ¡Con cuidado! — dijo ella mientras esquivaba a Aidan que corría tras el chico. Después frunció el ceño—. Dios mío —susurró mientras se persignaba—. Se lo habéis dicho.

— Decidimos hacerlo —murmuró Winnie mientras empezaba a limpiar la cocina—. Había llegado el momento, Flo. Pero no esperaba que... —Winnie se calló para no estallar en llanto—. No me vendrían mal unas cuantas palabras de ánimo, ¿sabes?

— Madre mía —dijo Flo al oír los gritos de Robbie—. No le había oído llorar así nunca.

— Ésa no era la idea que yo tenía de unas palabras de consuelo.

— ¿Qué quieres que te diga? Nadie te invitó a venir. Enamoras a todo el mundo...

— ¿Y qué tal está tu muñeca hoy, Flo? —Winnie se volvió hacia la asistenta.

— ¡Yo no tenía planeado torcerme la muñeca...!

— ¡Ni yo tampoco! Por suerte para ti, yo estaba por aquí. ¿Verdad? ¿Verdad? — repitió ella mientras la mujer empezaba a gimotear—. Pero si no te la hubieras torcido, me habría marchado hace tiempo y Robbie ya se habría olvidado de mí. ¡Maldita sea!, Flo. Ya sé que las cosas se han desmadrado, pero... pero, ¿por qué demonios te cuento todo esto a ti?

— ¿Adónde vas? —preguntó Flo mientras Winnie empezaba a subir las escaleras.

— ¿Adónde crees...? —Winnie soltó un gemido cuando las garras de Flo se clavaron en su brazo—. Ya veo que tu muñeca está mucho mejor.

— Lo estaba hasta hace un segundo. Por el amor de Dios, ¿no crees que ya has causado bastantes quebraderos de cabeza? Deja al chico en paz —suplicó ella—. Por favor, déjalos en paz a los dos.

— Pronto —Winnie titubeó un instante antes de soltarse del agarre de Flo y subir las escaleras.

— ¿Robbie?

Sentado en el borde de la cama de Robbie con una mano apoyada sobre la inconsolable espalda del niño, Aidan se volvió ante el sonido de la voz de Winnie.

— No... no quiero hablar... contigo —contestó Robbie.

— No tienes que hacerlo —dijo Winnie con dulzura mientras se sentaba en una silla. Su mirada se fundió con la de Aidan, dura, desafiante—. Sólo un minuto —susurró ella.

Aidan asintió y desvió la mirada, consciente de que oírla ya sería bastante malo.

— Muy bien, Robbie —empezó ella—. Sé que estás muy enfadado conmigo. Y no te culpo. Lo he estropeado todo —cuando Aidan levantó la cabeza, ella lo silenció con el gesto de la mano—. Lo cierto es que, lo que pretendía era arreglar otro lío anterior, aunque no me diera cuenta. Pero, a veces, cuando intentas hacerlo, sólo consigues liarlo todo aún más.

Aidan sintió cómo Robbie se calmaba y su llanto quedaba reducido a un gimoteo.

— Sé que debes pensar que si una madre ama lo bastante a su bebé, encontrará el modo de quedarse con él. Pero en realidad es mucho más complicado. Porque si la

mamá del bebé sabe que no podrá cuidar de él y se lo queda... eso no es amor, es egoísmo. Cariño, a veces no basta con amar a tu bebé. A veces tienes que tomar decisiones muy difíciles y que duelen muchísimo —tras aclararse la garganta, continuó—. Y ahora viene la parte difícil. La parte de la que no quería hablarte. Pero pienso que mereces saber toda la verdad. Sin mentiras. ¿De acuerdo?

Tras un par de segundos, Robbie asintió. Como Winnie no podía verlo, Aidan asintió también.

—Muy bien —dijo ella antes de respirar hondo—. Tu mamá, tu papá y yo habíamos decidido que yo formaría parte de tu vida. La idea era que nos conociéramos, que nos escribiésemos cartas de vez en cuando, incluso que nos viésemos alguna vez. Pero... yo no lo pude soportar. Pensé que podría, pero lo cierto era que dolía demasiado, cielo. Tu mamá me enviaba fotos tuyas, y verlas sin poder tenerte en mis brazos...

Winnie se sentó sobre las manos con la mirada fija en los muslos.

—De modo que cuando tenías unos seis meses, les dije que dejaran de enviarme noticias tuyas. Sé que eso me convierte en la mayor cobarde de la historia, pero así era yo entonces. También descubrí que mi plan no funcionó porque no creo que haya pasado ni un solo día sin que haya pensado en ti. Y entonces —ella respiró hondo—, hace un par de semanas se me ocurre esta locura de verte, sólo una vez. Eso era todo... sólo verte. Y, bueno, el resto de la historia ya la conoces.

Winnie se frotó los muslos con los ojos pegados a Robbie que seguía inmóvil.

—Me siento fatal, Robbie —ella se puso en pie—. Porque nunca quise hacerte daño. Y jamás podré llegar a ser para ti lo que fue tu mamá. Pero te quiero. ¿Me oyes? Te guste o no. Y siempre recordaré estos días que pasamos juntos, aunque nunca volvamos a hablarnos.

Tras una breve pausa, se volvió hacia Aidan, diciéndole con la mirada «lo mismo te digo», antes de salir de la habitación.

Capítulo 12

A WINNIE le pareció una señal que el destino no le impidiera marcharse aquella mañana. O bien podía ser que se hubiera marchado antes de que el destino, o lo que fuera, se hubiera despertado.

Dado que parecía no tener ningún sentido quedarse en un lugar donde nadie la quería, o necesitaba, Annabelle y ella se volvieron a la casa vieja inmediatamente después de la conversación mantenida con Robbie. Allí se volvió loca imaginándose una docena de posibles escenarios, ninguno de los cuales terminaba mejor que la realidad. Si no se hubiese quedado... si no hubiese ido allí... si no hubiera interrumpido el contacto con los Black hace años... si no hubiese entregado a Robbie... si no se hubiese quedado embarazada...

—Cada uno de tus actos tiene sus consecuencias. No lo olvides —le dijo a Annabelle que no perdía de vista la carretera mientras avanzaban por la I-40. Annabelle movió las orejas, por pura cortesía, aunque no tenía nada que añadir a la conversación.

Winnie se preguntó cómo se las arreglaban los humanos para liar las cosas. En ese aspecto, ella era la campeona. Sinceramente, pensó mientras cruzaba la frontera de Texas, todo sería mucho más sencillo sin esas odiosas emociones que agarrotaban la capacidad de razonamiento.

Al menos ya sabía cómo estaban las cosas. Había hecho lo que se había propuesto, aunque la pequeña aventura había tenido unos cuantos giros inesperados. Y aunque Robbie jamás quisiera volver a verla o hablar con ella, no creía que fuera a sufrir en el futuro por una relación que había durado menos de una semana.

Y por mucho que su corazón doliera en aquellos momentos, ella también se repondría.

De modo que había llegado la hora de volver a su casa y continuar con su verdadera vida. Pero antes tenía que decidir algunas cosas, como, por ejemplo, cómo conseguir que su vida pareciera suya en lugar de una que hubiera sido decidida por su abuela.

—Por el amor de Dios —dijo ella en voz alta mientras bebía un trago de su refresco helado—. ¿Qué clase de persona se enamora en una semana?

Annabelle suspiró y le dio un lametón en la mejilla mientras ella reflexionaba sobre las distintas maneras en que había conseguido hacer el ridículo en tan poco tiempo.

Su abuela, pensó con amargura, no habría esperado menos de ella.

—¿Qué quieres decir con que se ha marchado?

—Lo que acabo de decir —Flo le entregó una nota a Aidan—. No dice gran cosa, simplemente que lo siente y que si se hubiera dejado algo olvidado, que se lo enviemos a esa dirección.

—Soy perfectamente capaz de leer yo solito —espetó Aidan antes de salir de la casa

mientras se guardaba la nota en el bolsillo. Teniendo en cuenta el miedo que le daba conducir de noche...

Con el estómago hecho un ovillo, marcó el número del móvil de Winnie, sintiendo aumentar la irritación al saltar el buzón de voz. Pocos minutos después, paró la furgoneta frente a la casa vieja, sin saber por qué ni qué esperaba encontrar. De repente, un golpe de viento abrió la puerta de la casa, como si lo invitara a entrar.

La cama no tenía sábanas, la cocina estaba imaculada, la nevera vacía, como si ella jamás hubiera estado allí. Y mientras escuchaba el sonido del viento, como había hecho tantas veces cuando June y él vivían allí, se dio cuenta de que tampoco quedaba rastro de su esposa.

No había más que una casa vacía llena de frágiles telarañas de recuerdos.

Aun así, y como no soportaba no recibir respuesta al otro lado del teléfono, lo intentó nuevamente, enviándole un mensaje de texto. Apenas oyó el sonido de la bicicleta de Robbie.

— ¿Papá? ¿Qué haces aquí?

— Winnie se ha marchado — dijo Aidan volviéndose hacia su hijo.

— Lo sé — dijo Robbie mientras entraba en la casa—. Flo me lo dijo — la mirada del niño recorrió la casa, como si buscara algo—. No está aquí.

— Claro que no. Acabo de decirte que se ha marchado.

— ¿Cómo? — el niño clavó sus ojos en Aidan—. Yo no quería... da igual — negó con la cabeza mientras fruncía el ceño y antes de alzar la barbilla, la barbilla de Winnie, sin que el desafío lograra borrar el dolor. Un dolor del que era culpable Aidan, así como Winnie—. Todavía estoy enfadado contigo.

— Ya lo sé. Y no es que esté muy orgulloso de mí mismo en estos momentos.

— Las mentiras son un asco — dijo Robbie—. Pero no necesitamos a Robbie, ¿verdad?

Ésa era la gran verdad. ¿Quién necesitaba complicaciones y emociones resucitadas? ¿Quién necesitaba que una extraña les hiciera reflexionar sobre cosas en las que no querían pensar, ni sentir? Con una sonrisa tensa, atrajo a su hijo hacia sí.

— No, muchacho, desde luego no la necesitamos — dijo Aidan mientras se negaba a creer en unas palabras tan vacías como la casa.

A media mañana, Winnie irrumpió en la cafetería y se dirigió hacia el mostrador de las tartas eligiendo una de limón y merengue.

— He vuelto — le dijo a Elektra que la miraba estupefacta junto a la caja.

— Ya me he dado cuenta, puesto que no me he quedado ciega en tu ausencia.

— Hola, Winnie — gritó el cocinero, recibiendo un saludo con la mano a modo de respuesta, mientras se preparaba para la avalancha de la hora de comer.

— ¿Todo bien por aquí? — preguntó Winnie mientras se sentaba sobre el taburete más próximo a E, con la boca llena de tarta de limón y merengue.

— Depende de lo que entiendas por «todo» — Elektra se agachó para acariciar a Annabelle—. El negocio aún sigue aquí, yo sigo viva, no ha habido ningún tornado durante tu ausencia.

— Ya veo que ganar la lotería no te ha cambiado.

— Eso se debe seguramente a que aún no he cobrado. Cuando me den el cheque,

entonces me lo creeré. ¿Por qué no me avisaste de que venías? Además, ¿se te ha olvidado comer con tenero?

—No me hace falta —masculló Winnie mientras se metía otro trozo de tarta en la boca y miraba furiosa hacia las facturas que le mostraba E con las ganancias de la semana. Tras limpiarse los pegajosos dedos en el pantalón, echó un vistazo a las cifras y comprobó que había sido una buena semana, sin que ello le produjera la menor emoción, ni siquiera satisfacción.

Decididamente tenía la motivación para pasar página, sólo necesitaba un buen empujón.

—Puedes dejar de mirarme con esa cara —dijo ella mientras limpiaba un pegote de crema de limón de la esquina de una de las facturas.

—Lo haré en cuanto me cuentes qué ha pasado.

—Lo que sucedió —Winnie guardó las facturas en la carpeta mientras se preguntaba dónde estaba la opción C cuando la necesitabas—, fue que aprendí varias cosas sobre mí misma, sobre todo que creo que mis arranques de impulsividad se han terminado para siempre. En segundo lugar, que montar a caballo después de quince años sin hacerlo no es buena idea. En tercer lugar... —emitió un suspiro y miró a su alrededor—, voy a vender esto.

—¿Y cuándo lo has decidido? —E la miró con sorpresa.

—Unos treinta segundos antes de entrar por la puerta.

—Y eso que habías terminado con tus arranques de impulsividad.

—Te prometo que no se lo venderé a nadie que no me asegure que mantendrá vuestros puestos de trabajo —Winnie tomó la mano de E—, y que os pagará lo que merecéis, algo que la señorita Ida nunca hizo. Pero, si me quedo aquí... terminaré siendo como ella. Y eso, querida, no va a suceder. Puede que haya sido una idiota en muchos aspectos, pero no lo seré en esto.

—Me alegra saber que tu autoestima no ha sufrido cambios.

—Maldita sea, E, hace tiempo que la eché de mi vida. Más o menos cuando me di cuenta de que no era la responsable de las miserias de mi abuela. Sin embargo —continuó ella tras engullir lo que quedaba de la tarta de limón—, incluso las personas inteligentes cometen estupideces alguna vez. Como enamorarse de la persona equivocada, por ejemplo.

—Cariño... —el rostro de E se suavizó—. ¿El chico?

—Sí. Supongo que dejé mi corazón allí, con Robbie. A pesar de que él no lo quería.

—¿Qué quieres decir con que él no lo quería?

Winnie le ofreció una versión resumida de lo ocurrido la noche anterior.

—De modo que huiste como un conejo asustado en lugar de quedarte allí hasta que al chico se le pasara —dijo E tras escuchar el relato—. Cariño, hace falta mucho más para que un niño odie a alguien. Seguramente está enfadado y nada más. Y seguramente se siente confundido. Pero lo superará, aunque tú nunca lo sabrás ya que estás aquí y él... ¿dónde está? Tienes razón. Ha sido una estupidez. Mucho mayor que tu idea de ir allí.

—Pues menos mal que ya no tengo problema con mi autoestima.

—Como has dicho, hasta las personas inteligentes cometen estupideces. Eres una de las chicas más listas que conozco. Pero eso ha sido, con diferencia, la tontería más grande que has hecho.

—Y eso que aún no sabes lo mejor. Porque no sólo... —Winnie respiró hondo sin acabar de creerse las palabras que estaba a punto de decir—, porque no sólo me he enamorado de mi hijo.

—Maldita sea —dijo Elektra casi de inmediato—. Dime que no lo hiciste.

—Hasta la médula —dijo Winnie mientras alargaba la mano hacia otro trozo de tarta, en esa ocasión, de cereza.

—Cariño, necesitas replantearte seriamente tus propósitos de enmienda —dijo E mientras le daba un manotazo.

—No he dicho que haya actuado impulsivamente. Y dame ese maldito trozo de tarta.

—No te hace falta más tarta. Tu trasero ya no es tan pequeño como solía ser...

—Dijo la sartén al cazo...

—Cielo, yo ya nací con este trasero, aunque me alimentara de lechuga nada más, seguiría con este aspecto, pero, además, tendría un humor de perros porque me moriría de hambre.

—Ya, bueno... —Winnie se incorporó para arrancarle el trozo de tarta de la mano de E—. Dado que hace años que sólo Annabelle me ha visto desnuda, correré el riesgo.

—¿Años? ¿Quieres decir que... no?

—Dije que no actué impulsivamente, ¿no? No es que haya habido demasiadas oportunidades, pero el rincón de la felicidad estaba preparado para su gran reapertura.

Mientras E parloteaba sobre la gente que encuentra el modo de conseguir sexo si lo necesitan de verdad, Winnie sacó el móvil del bolsillo y buscó la foto que había tomado de Aidan y Robbie el día de la excursión a caballo. Sin dejar de masticar, se la mostró a E.

—Maldita sea —dijo E cinco segundos después.

—Sí —dijo Winnie tras cerrar el teléfono y dejarlo sobre el mostrador.

—¿Fue una historia unilateral?

—Lo que fue, fue inútil. Y una estupidez.

—Eso ya lo has dicho.

—Merece la pena ser repetido.

El móvil sonó.

—¿No vas a contestar? —preguntó Elektra.

—No —dijo Winnie engullendo otro bocado—. Ya sé quién es. ¡Oye! ¡Devuélveme el teléfono!

—¿Cinco cero cinco? —dijo E mientras esquivaba a Winnie con asombrosa agilidad para una mujer de sus proporciones—. ¿No es eso Nuevo México? ¿Quieres que conteste yo?

—¡No! —exclamó Winnie mientras conseguía alcanzar a E y quitarle el móvil.

—Dime que no te largaste sin más, sin decir nada —Elektra entornó los ojos.

—Yo... decidí salir temprano. No quería despertar a nadie.

—Creo que eres el león cobarde, el hombre de hojalata y el espantapájaros, todo en uno. Según el cuento, se suponía que debías encontrar todas esas cosas en tu viaje, ¡no perderlas!

—E... yo...

—No quiero oír nada más. Toda esa rebeldía cuando eras adolescente, todas esas ocasiones en que ponías a la señorita Ida de los nervios a propósito... ¿Qué pasó con

esa chica? ¿Dónde está?

—Maduró.

—Desde aquí no lo parece —dijo E mientras se volvía con una sonrisa hacia la joven pareja que acababa de entrar en el local.

Profundamente contrariada, Winnie se asomó al otro lado del mostrador, segura de encontrar... en efecto, ahí estaban, media docena de rollitos de canela que habían sobrado del desayuno. Rebañó el plato de tarta con uno de ellos mientras Annabelle gimoteaba a sus pies.

—De todos modos, no aguantarán hasta mañana —dijo mientras se preguntaba si ella sí lo haría.

Debido a la enfermedad de una de las chicas, y de la tardanza de otra, eran casi las siete cuando Winnie, por fin, pudo volver a su casa, a casa de Ida. Y entonces fue cuando comprendió que no contestar a las llamadas de Aidan había sido algo estúpido e infantil. Y, seguramente, injusto. Sintiéndose culpable, se acurrucó en el sofá y lo llamó.

—¿Dónde demonios te has metido? —rugió él sin saludar siquiera—. Te he escrito mensajes de texto y no sé cuántos mensajes he dejado en tu contestador...

—Iba conduciendo, no podía contestar. Y luego he tenido que sustituir a un par de camareras...

—Te marchaste en medio de la noche, antes de que pudiera explicarte...

—¡No hay nada que explicar! Y, de todos modos, no podía dormir —hizo una pausa para controlar el temblor en la voz—. Maldita sea, Aidan. Durante una semana he tenido que ser más valiente de lo que he sido jamás. A lo mejor no parece gran cosa, pero es lo que hay. Y ya no me quedaba más valor. Tenía que marcharme de Tierra Rosa antes de que... —«lo perdiera por completo»—. Antes de que las cosas empeoraran. Robbie está furioso conmigo.

—No sólo contigo, con los dos.

—Ya. Supongo que sí. Y tiene motivos. Nunca debería haber ido.

—No. Yo no debería haber tenido tanto miedo a la verdad. No puedo evitar pensar que a lo mejor las cosas no habrían estallado de ese modo si hubiese sido completamente sincero desde el principio —él hizo una pausa—. Si no hubiera antepuesto mis intereses.

—¿Qué tal si admitimos que ambos la fastidiamos, y lo dejamos así? —Winnie tenía lágrimas en los ojos.

—Me parece justo. Winnie... —él suspiró—. Ya sé que lo he hecho fatal, pero, cuando las cosas se tranquilicen, estoy seguro de que Robbie querrá verte otra vez.

—Mucho se tienen que tranquilizar las cosas. Y aunque quisiera... a lo mejor no es buena idea.

—¿Por qué no? Por el amor de Dios. ¡Es tu hijo!

—No. Es tú hijo. Tuyo y de June. Yo sólo...

—Te sientes herida, y no sólo por Robbie.

—Si es así —dijo ella tras una pausa—, las heridas son autoinfligidas. Había miles de motivos para no permitir que mis sentimientos se descontrolaran. Por vosotros dos.

Pero lo permití.

—Lo siento mucho...

—¿Por qué? ¿Por qué deberías sentirlo? Fui yo quien se empeñó en ver a mi hijo, metiéndome en vuestras vidas...

—Fuimos dos en esta historia, Winnie. Y lo sabes muy bien.

—Hasta cierto punto, supongo que es así. Pero yo traspasé ese punto. Vi la señal de prohibido y no le hice caso. Y lo comprendo perfectamente, Aidan. Yo también conocí a June. Y está por todas partes en esas montañas. Se puede sentir su presencia. Como si el amor que ella sintió por Robbie y por ti siguiera allí. Es normal que sigas enamorado de ella. Y puede que fuera inevitable que yo me enamorara de Robbie, pero enamorarme de ti no formaba parte del trato.

—¿Te acuerdas de Johnny Griego? El de las cuerdas —dijo Aidan tras un largo silencio.

—Claro...

—Él y Thea, la de la cafetería, llevan liados algún tiempo.

—Por eso me resultó familiar —Winnie frunció el ceño—. Les vi juntos aquella mañana mientras desayunábamos, pero ninguno de los dos parecía muy feliz, sobre todo Thea.

—Supongo que no —él suspiró—. Lo sé porque Flo considera su deber informarme de todo lo que pasa en el pueblo. El caso es que se dice que Johnny no ha olvidado a su ex mujer, a pesar de que llevan años divorciados, al menos no lo bastante como para entregarse a Thea. Pero tampoco la deja marchar y lleva años dándole esperanzas. ¿Comprendes?

—Pues... no mucho.

—No quiero hacer lo mismo contigo. Darte falsas esperanzas. Porque yo no soy de los que hacen las cosas a medias. Dios sabe que me atraes, y que me importas, pero es como si... como si todo estuviera en su sitio, pero faltara el alternador...

—De manera que el motor no arrancará —ella rio amargamente—. Yo de ti seguiría dedicándome a la pintura, porque la palabra no es lo tuyo.

—Eres genial, Winnie —él se rio—. Loca, pero genial. Demasiado para un infeliz como yo. Al principio creía que me resistía porque no soportaba la idea de volver a sufrir. Y a lo mejor en parte es así. No lo sé. Pero, lo que tampoco quiero es hacer sufrir a nadie más... sobre todo a ti.

Tras colgar, Winnie se acurrucó sobre la cama hasta que las lágrimas empaparon el colchón.

Un buen rato después, sonó el teléfono fijo. Winnie se despertó de golpe y contestó.

—Quiero comprar la cafetería.

—¿E? —Winnie se sentó en la cama—. ¿Qué...?

—Con mi premio de la lotería. En eso quiero invertir el dinero. Así no tendré que preocuparme porque otro me pague un sueldo, porque el sueldo lo pondré yo. Ya lo he hablado con Andy y las chicas y todos están conmigo. Sé que no hay dinero suficiente, pero, si te parece bien, lo que falte te lo pagaré con los beneficios que saque...

—¡Dios mío! —exclamó Winnie tras un largo silencio—. ¿Que si me parece bien? —ella rio—. Es la mejor idea que ha tenido nadie en mucho tiempo por aquí.

—Entonces... ¿te parece bien ir mañana al abogado y empezar a mover el asunto?

—En cuanto abra el despacho —rio Winnie de nuevo.

Tras colgar, Annabelle empezó a frotar el morro contra la rodilla de Winnie. O bien se moría de curiosidad, o quería salir.

—E va a comprar el negocio, chica —dijo ella mientras abría la puerta de la terraza y se quedaba mirando el cielo estrellado de Texas. De repente fue consciente de que, muy pronto, nada la retendría allí. Su vida sería, por fin, completamente suya y podría hacer con ella lo que quisiera.

El premio de la lotería de E y su oferta para comprarle el negocio era ese empujón que buscaba.

—Ése sí que es un motivo de alegría, ¿verdad? —le dijo a Annabelle.

La barbilla le tembló un instante, pero sólo un instante.

Porque esos pantalones de chica grande cada vez le sentaban mejor.

Capítulo 13

CON las manos hundidas en los bolsillos traseros del pantalón, Aidan miró furioso los tres paisajes colocados contra la pared del estudio, mientras las acaloradas palabras que había intercambiado con Flo daban vueltas en su cabeza.

Como muchos artistas, a menudo revisaba sus obras y cambiaba, según la luz, la estación o el clima, alguna cosa. En ese caso, sin embargo, los tres cuadros estaban más influidos por su estado de ánimo que por ningún factor externo. El diáfano amanecer cubierto de nieve pintado antes de la enfermedad de June reflejaba esperanza y alegría. El segundo cuadro, una puesta de sol realizada un mes después de su muerte era estático, aburrido, sin vida. Por último estaba el del cielo negro y tormentoso, el que Winnie había bautizado como «sexo furioso».

—Mejor que se haya ido —había dicho Flo el día de la marcha de Winnie. No una, sino cien veces.

Luego había empezado a quejarse de lo gruñón que estaba Aidan, mucho más que antes de la llegada de Winnie.

—La chica te hacía reír, jefe —había dicho ella—. Ahora, parece otra vez que alguien ha muerto.

Aunque pudiera ignorar a la asistenta, a pesar del gran esfuerzo que ello suponría, sólo un imbécil no percibiría el mensaje que gritaban los cuadros. Un hombre podía decidir que ya no quería sentir más, pero eso no impedía que los sentimientos se produjeran.

Como ése que le estaba matando en aquellos momentos y que había intentado ignorar infructuosamente desde que descubrió la marcha de Winnie: la echaba de menos con una intensidad que bordeaba el pánico. No tanto como a su esposa, pero sí lo suficiente como...

Como para darse cuenta de que cada vez la iba a echar más de menos porque, maldita sea, Winnie estaba viva, y le había hecho reír, y le había hecho sentirse vivo, y le había hecho ver que a lo mejor no quería ser un ermitaño el resto de sus días. Porque Robbie se marcharía algún día para vivir su propia vida, dejando al pobre padre sólo para recordar lo que una vez fue.

Se acercó al cuadro rebotante de fuego e ira, pasión y miedo, y frustración. Y cerró los ojos mientras veía a Winnie. Dejó escapar un gemido mientras pensaba que no tener el valor para ver el amor, un hogar y la familia desde otro ángulo era la manera más segura de perderselo.

—¿Papá?

«Ahí está», pensó Aidan mientras se volvía y veía nuevamente a Winnie, en su hijo, en sus ojos, su pelo y el gesto. Mientras Robbie sintiera lo mismo sobre lo ocurrido, cualquier conclusión a la que hubiera llegado sobre sus propios sentimientos acerca de Winnie sería cuestionable.

Siguiendo el consejo de Flo, dos noches antes habían celebrado una ceremonia del día de los difuntos en honor de June. Dispusieron un altar con velas y alegres esqueletos, un plato de enchiladas de queso, la comida favorita de June, y todas las fotos que encontraron de ella. Después, padre e hijo habían cantado sus canciones preferidas y repasado más recuerdos de los que creían tener, celebrando su vida, su vida juntos, en lugar de lamentar su muerte.

Desde luego no lo había hecho por él mismo, sino por el chico, con la esperanza de que la ceremonia al menos atravesara el nubarrón que se había vuelto a instalar en los ojos del niño. No hubo suerte. Sin embargo, para sorpresa suya, el dolor en su propio corazón sí había comenzado a ceder, como si June hubiera estado allí, riendo junto a ellos.

También había habido momentos en que había escuchado las risas de Winnie, y visto su sonrisa. Había sentido su amor, tan generosamente entregado sin apenas considerar los riesgos.

— ¡Me prometiste que hoy iríamos a montar! — dijo Robbie —. Si no nos vamos ya, se hará demasiado tarde.

La opresión volvió y Aidan escuchó claramente a June, «hazlo por él, cariño».

«Por mí».

«Por ti».

Por primera vez en su vida empezó a comprender por qué la gente pedía una señal.

Tras la marcha de Winnie, Robbie había intentado prolongar la sensación de ira, porque la ira quemaba el dolor. Había funcionado, más o menos, durante unos días, hasta que se había dado cuenta de que cada vez se sentía más confuso. Sobre todo después de la ceremonia del día de difuntos que había celebrado con su padre en honor de su madre y en la que había tenido la sensación de que se le pedía que se despidiera de algo que aún no estaba preparado para dejar marchar.

Entonces fue cuando sintió que, de todos modos, iba a ser despojado de ello, estuviera preparado o no. Y aquella misma mañana se había despertado pensando, «hoy». Así de sencillo. Ya era hora de dejar de pensar en cosas tristes. Ya era hora de hablar con su padre... sobre su madre.

Al llegar a la granja se quedó paralizado cuando su padre y Johnny decidieron que ya era lo bastante alto para montar a Maggie en lugar del poni. Al principio, le había dado un poco de miedo la altura, pero se acostumbró enseguida, sobre todo porque era genial montar junto a su padre y mirarlo a los ojos mientras hablaban. Su padre le había dejado hablar sin interrumpirle, a pesar de que no conseguía que las palabras surgieran tal y como las tenía ordenadas en su mente.

— Al principio pensaba que estaba enfadado con Winnie y contigo — dijo Robbie —, por no hablar de mí mismo — Maggie aceleró el paso y Robbie tiró suavemente de las riendas—. Sabía que Winnie y tú me ocultabais algo. Como también supe que algo le pasaba a mamá antes de que me dijerais que estaba enferma.

— ¿En serio? — Aidan frunció el ceño y suspiró cuando Robbie asintió con la vista al frente—. Lo siento, chico. No tenía ni idea. ¿Por eso sentías que no podías hablar conmigo sobre tu madre?

—Puede — a Robbie no se le había ocurrido, pero tenía sentido.

—La fastidiamos de verdad, ¿eh? Pero, ¿por qué no dijiste nada? Me refiero a mamá.

—Supongo que porque pensé que si no me lo queríais decir, debía ser algo muy malo — su barbilla tembló un instante —, aunque era mucho peor imaginarse qué pasaba sin saberlo. Como una de esas pesadillas en las que no ves al monstruo, pero puede sentirlo. Y te pasas todo el tiempo conteniendo la respiración y preguntándote cuándo te irá a atacar.

—Robbie... —Aidan se quitó el sombrero para alisarse los cabellos y se lo volvió a poner—. A veces los adultos no os damos a los niños todo el crédito que os merecéis — sus miradas se fundieron—. Sólo espero que algún día comprendas que mamá y yo te lo ocultamos porque no queríamos que te preocuparas. Sobre todo porque esperábamos... —él suspiró—, los dos creíamos que mamá se pondría bien. También tendría que haber confiado en tu capacidad para poder manejar la verdad sobre Winnie. No tenía ningún derecho a hacerte pagar mi enfado con ella.

—¿Por qué estabas enfadado? —Robbie frunció el ceño.

—Sobre todo por aparecer sin avisar. Por cambiar de idea después de tantos años sobre mantener el contacto contigo. Tenía miedo de que te hiciera daño. Sobre todo porque sabía que aún sufrías por lo de mamá... ¿te apetece parar un rato para descansar las piernas?

—Claro.

—¿Sabes lo que es un verdadero asco? —dijo Robbie tras desmontar y atar al caballo a la rama baja de un árbol—. Ahora que sé quién es Winnie, eso lo estropea todo.

—¿Por qué? —preguntó Aidan tras abrazar al niño por los hombros cuando tropezó.

—No lo sé. Pero es verdad.

—¿Te refieres a que crees que se deshizo de ti? —preguntó Aidan tras un momento de silencio—. Supongo que no te acuerdas de lo que te dijo la noche que se fue.

—Eso no cambia nada —dijo Robbie, en un intento de seguir enfadado. Sin embargo, tenía la sensación de resbalarse sin poderse sujetar a ningún sitio.

—¿Sabes a cuántas parejas entrevistó Winnie antes de decidir que mamá y yo nos quedaríamos contigo? Pues más de una docena. O sea que tenía muy claro que no iba a entregar a su precioso bebé a cualquiera. Eso no lo haría alguien a quien no le importaras, Robbie. Y me temo que tendré que pedirte que confíes en mí, y en Winnie, porque no sé cómo explicártelo.

Robbie se deshizo del abrazo de su padre y se dirigió hacia Maggie para acariciarle el hocico. El caballo bajó la cabeza y mordisqueó el pelo de Robbie.

—Es que... es que tengo demasiadas dudas en mi cabeza, y no hacen más que chocar entre ellas.

—Bienvenido al club —Aidan rio.

—¿Tú también? —Robbie levantó la vista.

—Desde luego.

—Supongo que dije algunas cosas horribles —Robbie volvió a mirar al caballo—. Sobre todo que pensaba que Winnie intentaba ocupar el sitio de mamá.

—Todos decimos cosas horribles cuando nos enfadamos, y luego lo lamentamos. No creo que Winnie te lo tenga en cuenta.

—Pero se marchó.

—Creo que pensaba que no tenía elección —tras un momento de silencio, Aidan continuó—. Ninguno de los dos le dimos muchos motivos para quedarse, ¿verdad?

—La echo mucho de menos —dijo Robbie tras reflexionar un rato.

—No eres el único —dijo Aidan mientras acariciaba a Maggie.

Robbie pensó que a lo mejor su padre no la echaba de menos del mismo modo que él.

—Y... creo que parte del motivo de mi confusión es que Winnie empezaba a parecer más que una amiga, empezaba a parecer una mamá. Y eso me hacía sentirme fatal. Sobre todo porque a ti no te gustaba mucho.

—¿Qué te hace pensar que no me gustaba? —preguntó Aidan perplejo.

—Bueno, no es que la odiaras ni nada de eso, pero cada vez que te acercabas a ella te echabas hacia atrás, como si no quisieras tocarla.

—Vaya —dijo Aidan con las mejillas incendiadas—. Eso era porque... no quería invadir su espacio.

—¿Eh? —al ver que Aidan se limitaba a encogerse de hombros, Robbie continuó—. O sea que Winnie me gustaba más de lo que creía que debería gustarme, y no sabía si estaba bien o no.

—Sí. Estaba bien —Aidan se aclaró la garganta.

—¿No crees que a mamá le molestaría?

—¿Tú crees que sí?

—No —contestó Robbie tras reflexionar un instante—. En realidad, creo que le gustaría Winnie.

—Le gustaba Winnie —dijo Aidan—, cuando se conocieron, justo antes de que nacieras.

—Bien —dijo Robbie—, porque... porque, ¿Por qué no puedo querer a Winnie sin dejar de querer a mamá? Además, hacer que Winnie se marche no conseguirá que vuelva mamá.

—Chico listo —dijo Aidan mientras revolvía los cabellos de su hijo.

—No te equivoques —Robbie miró a su padre que miraba al frente con una extraña expresión—. Sigo furioso porque nadie me dijo la verdad. Y Winnie no puede convertirse de repente en mi mamá o algo así. Mamá es mamá, ¿vale? Pero, si me gustaba Winnie antes de descubrir que era mi madre... —él negó con la cabeza—. ¿Por qué iba a sentirme de otro modo después?

—¿Y qué piensas que deberíamos hacer? —Aidan le dio al niño un pequeño codazo.

—No sé. A lo mejor... ¿llamarla? ¿Decirle que lo sentimos?

—En realidad —dijo Aidan mientras acariciaba al caballo—, yo pensaba más bien en algo así como... ¿qué tal un viajecito a Texas?

A Robbie le pareció una idea genial. De repente, sopló una brisa en su mejilla, como si...

Como si alguien le hubiera dado un beso de despedida.

—Te doy cincuenta dólares por todo —dijo Bessie Jenkins mientras miraba con ojos avariciosos la colección de porcelana y cristal desplegada sobre la mesa del comedor.

Por esa mirada, Winnie dedujo enseguida que Bessie, que se ganaba la vida vendiendo objetos de otras personas en un rastrillo, había encontrado un tesoro entre

la basura.

—Hecho —contestó Winnie—, pero tienes que llevártelo contigo. Le prometí a Inez Montoya que le entregaría todo lo que no vendiera para que lo llevara al economato de la iglesia.

—¿Por qué? —Bessie la miró espantada. No comprendía por qué Winnie había establecido una fecha límite, ni por qué había hecho un trato con los católicos.

—Porque mañana mismo salgo para Amarillo.

—¿Amarillo? —el espanto aumentó de proporciones, como si Winnie fuera a mudarse a la China y no a unos cuantos kilómetros de allí—. ¿Por qué demonios...?

—¿Necesitarás una caja? Tengo muchas en el garaje.

Winnie tomó el leve asentimiento de Bessie como un «sí». Al salir a la calle, Annabelle corrió hacia ella con una pelota de tenis en la boca. «¿Ya se han ido? ¿Puedo volver a entrar?».

—Aún no, preciosa —dijo Winnie que agradeció el aire fresco sobre su acalorada piel. Cruzó el patio de césped reseco y pasó junto al único y patético pequeño olmo, camino del garaje.

La afluencia de personas había disminuido con respecto a la mañana, así como, gracias a Dios, una buena parte de los muebles de los años sesenta de los que Winnie dudaba que hubieran tenido mejor aspecto cuando eran nuevos. Una pareja, que Dios bendijera sus almas, incluso se había llevado el sofá laminado y los sillones a juego. Pero, lo que más le sorprendía era que hubiera tantas personas en un radio de 160 kilómetros, y sobre todo cómo habían conseguido encontrar la casa de su abuela en aquel pueblo.

Un pueblo que dejaría de ser su hogar aquella misma noche.

Se quedaría con la hija de E y su marido hasta encontrar una casa propia. Tenía bastante dinero para vivir hasta encontrar un trabajo, y las maestras estaban muy solicitadas en casi cualquier pueblo. Si se lanzaba a iniciar una nueva vida en un sitio nuevo y con nuevas perspectivas, a lo mejor, sólo a lo mejor, conseguiría olvidar todo aquello en lo que no podía dejar de pensar.

Con las manos llenas de cajas y papeles, Winnie inició el regreso hacia la casa y soltó un improperio cuando Annabelle la empujó a un lado para entrar por la puerta de atrás.

—¡Annabelle! —gritó ella.

—¡Annabelle! —gritó un niño. De voz demasiado familiar.

—¡Guau! —ladró Annabelle, y el niño rio.

Winnie se tropezó, quedando las cajas y los papeles esparcidos por todo el salón. Robbie y el perro se revolcaban, y reían, por el suelo. De acuerdo, a lo mejor Annabelle no reía exactamente, pero Winnie conocía a su perro, y su perro reía.

Al contrario que el furioso vaquero irlandés, de pie a unos pasos de ella, que absorbía todo el aire de la habitación. O puede que sólo fuera el de sus pulmones.

—¿Adónde demonios pensabas ir? —dijo en voz baja, con la mandíbula rígida y la mirada furiosa.

Bessie soltó un grito.

Winnie, sin embargo, estalló en llanto.

«Ésa no era exactamente la reacción que yo esperaba», pensó Aidan mientras Winnie salía corriendo del salón.

—Que nadie se mueva —dijo, sin saber muy bien por qué, antes de echar a correr tras ella. La encontró, sollozando, en lo que sólo podría describirse como el jardín más feo de la creación. Aun teniendo en cuenta que era noviembre, era el jardín de alguien para quien el término «cuidados», carecía totalmente de significado. La idea de Winnie, la brillante y divertida Winnie, obligada a crecer en ese entorno...

—Winnie —susurró él mientras la tomaba en sus brazos y la sujetaba con fuerza al intentar ella soltarse, y le besó los cabellos, tal y como solía hacer con Robbie cuando sufría una rabieta—. Lo siento —cuando ella se relajó—. No quería gritarte así, pero paré primero en la cafetería y Elektra me dijo que tendría suerte si aún no te habías marchado, y me entró el pánico. Pensé que había llegado tarde. Que te había perdido.

—¿Que me habías...? —dijo ella con los ojos inundados de lágrimas antes de que Aidan le tomara el rostro entre la manos para besarla. Hasta que Winnie se soltó y negó con la cabeza.

—¿Winnie? —dijo Robbie mientras Winnie forzaba una sonrisa al ver llegar a Robbie corriendo por el patio junto al perro. El niño se lanzó en sus brazos—. Lo siento, Winnie —dijo con el rostro enterrado en el suéter de la mujer—. Siento haber herido tus sentimientos.

—Robbie... —ella se arrodilló y le acarició los cabellos—. No me hiciste daño, yo te lo hice a ti. Y no quería hacerlo, te lo juro. No debería haber intentado verte sin hablar primero con tu padre...

—No. Me alegro de que vinieras —dijo el chico—. Me alegro de que vinieras. Lo juro.

—Y yo también —dijo Aidan con una voz apenas reconocible. Se sentía orgulloso del chico.

Las miradas de Winnie y Aidan se fundieron, y en los ojos de la mujer leyó esperanza. Miedo. Incredulidad, y a lo mejor un poco de vergüenza.

—Entonces... —ella miró a Robbie—, me alegro de haber ido —dijo con una sonrisa temblorosa antes de abrazar fuerte a su hijo con los ojos cerrados—. Te quiero, Robbie. Pase lo que pase y pienses de mí lo que pienses —ella lo agarró por los hombros—. Te quiero. Siempre te querré... y siempre te he querido. ¿Me crees?

—Estoy trabajando en ello —dijo él.

—Eso ya es algo —rio Winnie mientras miraba inquisitivamente a Aidan.

«La mitad de la batalla ya está ganada», pensó él.

Pero, aún quedaba la otra mitad...

—Entonces —dijo Aidan—, ¿ibas a largarte sin más y empezar de nuevo?

Sentada en la parte trasera de la furgoneta, con las piernas colgando, Winnie se encogió de hombros en un intento de parecer más tranquila de lo que se sentía. Intentaba no aspirar el aroma de Aidan, algo difícil dada la proximidad de ambos. Intentaba resistir las ganas de acercarse hasta que sus muslos se rozaran. Porque sabía que en cuanto lo sintiera, o respirara, o simplemente lo mirara de cerca, estaría perdida.

Y ésa no era una opción para alguien que acababa de encontrarse a sí misma.

—Ése era el plan, sí —dijo Winnie mientras se subía la cremallera de la sudadera—. La casa está en buen estado, sólo necesita una mano de pintura y una alfombra nueva.

—¿Ya tienes comprador?

—La casa seguramente es perfecta para otra persona, pero para mí no —dijo Winnie.

—Aun así, ha sido algo impulsivo, ¿no crees?

Ella ya le había contado lo de la lotería que había ganado E con la fecha de nacimiento de su abuela Ida, y que si E arruinaba el negocio, le sería devuelto a Winnie. Pero ella sabía que E no fracasaría y esa parte de su vida ya había quedado atrás.

—Teniendo en cuenta que llevo veinte años planeando mi escapada... no lo creo. Echaré de menos a E, por supuesto. De no haber sido por ella, hace años que me habría vuelto loca, pero no echaré de menos nada más.

Aidan hizo un intento de tomarle la mano, pero ella la retiró. Él le comentó que no se había resistido cuando la había tomado entre sus brazos, y ella puntualizó que sí se había resistido, pero que él no había aceptado una negativa.

Pareció que él iba a añadir algo más, pero cambió de idea y se echó hacia atrás mientras el sol se ponía espectacularmente frente a ellos.

—Algún día tendré que volver aquí para pintar eso —dijo él.

«Pues tendrás que hacerlo sin mí», pensó ella.

—Ya me imaginé que te gustaría —murmuró Winnie con el corazón destrozado.

—Te he pillado desprevenida y estás enfadada —Aidan le retiró los cabellos del hombro.

—No estoy enfadada, estoy confusa —ella se volvió hacia él y en los ojos verdes vio todo lo que siempre había deseado. Y eso le convertía en alguien muy peligroso—. No sé lo que quieres. Ni por qué estás aquí.

—Desde luego no vine por la puesta de sol —él sonrió tímidamente—. Ni tampoco para traer a Robbie —la sonrisa se hizo más amplia—. Seguro que eso ya lo sabes. Y ya que estoy aquí... lo que quiero es que consideres la posibilidad de trasladarte un poco más al oeste de Amarillo.

—¿Me estás pidiendo que vuelva contigo a Tierra Rosa? —el corazón de Winnie latía con tal fuerza que resonaba en su cerebro.

—Ése era el plan, sí —bromeó él.

Pero Winnie no estaba de humor para bromas.

—Hace un par de semanas dijiste... —ella contempló la puesta de sol con los ojos inundados de lágrimas.

—Eso fue hace un par de semanas.

—¿Y esperas que me crea que en tan poco tiempo has sufrido una metamorfosis? —ella negó con la cabeza—. Me pides mucho, Aidan. Me pides que...

—Te pido que me creas cuando te digo que cada vez que miro al chico te veo a ti. Te oigo. Se parece tanto a ti, Winnie. Es cabezota y divertido, y brillante. Pero, sobre todo cabezota. Dios, cómo nos volvía locos a su madre y...

—Está bien —Winnie se volvió hacia él y captó la expresión de arrepentimiento—, June era su madre. Y no espero que él, o tú, penséis nunca de otro modo.

—Winnie. Winnie, por favor, mírame.

En contra del sentido común, ella lo hizo y sintió cómo se hundía irremediabilmente en esos ojos.

—Encontré el alternador —dijo él, provocándole una carcajada, situación que aprovechó Aidan para tomarle una mano y apoyarla contra su pecho—. Lo que te pido es tu corazón, Winnie. Y te prometo que lo cuidaré bien.

—Sabes que ya lo tienes —susurró ella con un nudo en la garganta.

—Entonces te pido tu alma —dijo él mientras le besaba los dedos—. Y tu cuerpo, si estás dispuesta. Y cualquier otra cosa que te apetezca compartir.

—Y... ¿a cambio?

—¿Estás titubeando?

—A... a lo mejor.

—Todo lo que tengo, Winnie —él rio y deslizó una mano por la nuca de ella para atraer su rostro hacia él—. Todo lo que soy... es tuyo. Te amo. Luché todo lo que pude contra ello, pero...

—Pero sólo nos conocemos desde hace unas semanas —dijo ella mientras la angustia inundaba su corazón e intentaba recular antes de ahogarse del todo—. Y la mayor parte del tiempo hemos estado separados.

—¿Me amas, Winnie?

—Eso es diferente —dijo ella mientras se hundía un poco más.

—¿Qué quieres decir?

—Yo sé lo que siento. Pero no sé qué sientes tú. Te oigo hablar, sí, pero...

—¿No me crees? —dijo él con voz angustiada antes de suspirar—. Tienes miedo de creerme.

—¿Y acaso puedes culparme? —dijo ella—. Además, yo soy la impulsiva, ¿recuerdas?

—Maldita sea, Winnie —él la traspasó con la mirada—. Sólo lo diré una vez, y sólo para aclararlo. Creo que no hacía ni diez minutos que había conocido a June cuando supe que quería pasar el resto de mi vida con ella. Contigo me llevó unas cuantas semanas, comparativamente, una eternidad. ¿Lo ves?

—Vaya —empezó Winnie, pero Aidan le impidió continuar.

—Pero, dado que sólo había estado enamorado una vez, creo que es justo decir que no soy un caprichoso. Y sé muy bien lo que siento. Y en cuanto a que seas impulsiva...

—dulcemente, volvió a tomar el rostro de Winnie entre sus manos—. Si no hubieras decidido ir a ver a Robbie, yo seguiría siendo un miserable y solitario bastardo convencido de que la mejor parte de mi vida había acabado. Pero no, apareciste para encontrar a tu hijo, sin saber que me ibas a despertar del coma, chiflada e irritante Winnie... ¡por el amor de Dios!

La boca de Aidan rozó suavemente la de Winnie, primero con cautela y luego con decisión. Y el nivel de agua subió bruscamente, pero en lugar de ahogarla, la empujó a una tierra firme y dulce que ella había empezado a pensar que no existía. «Sí que existe», pensó mientras rodeaba a Aidan con sus brazos y lo besaba. «Existe, existe, existe».

—¿Me crees ahora? —susurró Aidan

—Estoy trabajando en ello —sonrió Winnie mientras él se inclinaba para besarla de nuevo—. Espera un segundo, hay algo que me muero por hacer desde que te vi por primera vez —ella alzó una mano y deslizó los dedos entre los suaves rizos—. Incluso

mejor de lo que me imaginaba.

Se besaron durante un buen rato como un par de adolescentes hasta que, riendo, pararon para recuperar el aliento. Se había hecho de noche, aunque por dentro, Winnie y Aidan brillaban como la antorcha olímpica.

– Hay un pequeño problema – dijo ella –. La hija de E espera que vaya a su casa.

– Estoy seguro de que lo entenderá – dijo él mientras frotaba la nariz contra ella. Aparte de Annabelle, nadie más había frotado su nariz contra ella, y eso ya era un progreso.

– Aún estoy decidida a enseñar... ¿qué haces?

– Ya sé que está muy oscuro y casi no se ve – Aidan sacó unos papeles del bolsillo –, pero son fotocopias de todos los puestos de enseñanza disponibles en un radio de ochenta kilómetros, incluyendo un puesto para tercer curso que quedará libre en enero en el colegio de Robbie.

Winnie sujetó los papeles contra su pecho, incapaz de decir nada mientras Aidan la abrazaba.

– No sé si Robbie podrá alguna vez llamarte mamá...

– Eso no tiene importancia – dijo Winnie –. Te aseguro...

– Pero yo estaría más que encantado de poder llamarte esposa.

– ¿Qué? – dijo Winnie tras quedarse boquiabierta durante varios segundos.

– Incluso he comprado un anillo – Aidan sonrió y empezó a rebuscar en el bolsillo de la chaqueta –, sólo para demostrarte que voy en serio.

– ¿Qué? – repitió ella.

– Espero que no te importe que no sea un diamante. Pero es que no me parecías del tipo diamante. Claro que si prefieres un diamante...

– No. Desde luego que no... ¡vaya! – dijo ella casi sin aliento al ver el anillo de plata con su delicada turquesa –. Dios mío, Aidan, es precioso. Me encanta – ella lo miró a los ojos –. Te amo.

– ¿Entonces crees que podríamos intentarlo?

– Yo estoy dispuesta.

– No soy perfecto, Winnie. Soy desordenado y malhumorado y con tendencia al sentimentalismo...

– Ya veo que no eres perfecto – ella puso los ojos en blanco, pero él colocó un dedo sobre sus labios.

– Pero también me tomo muy en serio eso de, «hasta que la muerte nos separe». Te lo prometo, cariño. Te amaré mientras tú quieras tenerme contigo. Si es que quieres tenerme.

– Pues claro que quiero – dijo ella mientras extendía una mano para que él le pusiera el anillo.

– Me encaja perfectamente.

– Tú también, cariño. Que Dios nos ayude – rió él antes de besarla nuevamente en la boca.

Elektra, cuyo grito de alegría al conocer el compromiso entre Winnie y Aidan, resonó en todo el pueblo, les suplicó que se quedaran a pasar la noche en su casa. Sin embargo,

conociendo el deseo de Winnie de marcharse de allí lo antes posible, Aidan insistió en volver a Tierra Rosa esa misma noche.

—¿Te das cuenta de que nos hemos prometido antes de... de...? ¿Todavía queda alguien que lo haga así hoy en día? —dijo ella unas cuantas horas después, mientras Robbie y el perro dormían profundamente en el asiento trasero del coche.

—¿Buscas una demostración gratuita antes de aceptar? —él la miró de reojo.

—En realidad —ella rio—. ¿Te importaría mucho esperar hasta después de la boda?

—Bueno, de acuerdo. Siempre que el noviazgo no dure demasiado —dijo él distraído con el tráfico, hasta que, de repente, se le ocurrió—. ¿Intentas decirme que no has...? ¿En nueve años?

—Me tocó el premio gordo a la primera —dijo ella—. Aunque tardé un par de meses en descubrirlo.

—Pero... ¿y los novios?

—Bueno, cuando eres madre soltera todos los tíos de la ciudad piensan que eres una mujer fácil. O desesperada. Desgraciadamente para ellos, decidí que nunca volvería a... hacerlo con alguien que no estuviese preparado, ni fuera capaz de asumir responsabilidades —ella suspiró—. Enseguida descubrí que no fue una decisión muy popular.

—Menuda rebelde —Aidan le apretó una mano.

—No es que no me apetezca —añadió ella enseguida—. Todo funciona perfectamente, pero no iba a arriesgarme otra vez.

—A lo mejor deberíamos olvidarnos de Tierra Rosa e ir directamente a Las Vegas —dijo él.

—Cielo —ella rio—, si no fuera por el chico y el perro, aceptaría ese ofrecimiento sin dudar.

Sin embargo, prevaleció el sentido común. Lo bastante, al menos, para aguantar hasta finales de noviembre. Se casaron en el salón de la casa rodeados de un puñado de familiares y amigos, incluyendo los padres de Aidan que quedaron cautivados de inmediato por Winnie.

Cuando la fiesta empezó a decaer, Aidan tomó en brazos a Winnie para entrar por la puerta de la casa vieja, donde alguien había encendido la chimenea y preparado la cama.

—No es exactamente la clase de lugar al que creía que me llevarías —rió Winnie, sentada en el regazo de su marido.

—Sólo quería... saborear el momento —dijo él mientras le acariciaba el rostro con el pulgar—. ¿No fue eso lo que te enseñó tu madre?

—Sí —contestó ella con los ojos llenos de lágrimas. Luego lo besó y soltó una carcajada—. ¡Dios mío!... estoy casada.

—Espero que no lo estés lamentando ya.

—¿De verdad no es un sueño? —susurró ella.

—No lo es. Y dentro de veinticuatro horas estarás en Irlanda.

—Hablando de sueños —dijo ella mientras miraba a su alrededor con el ceño fruncido.

— ¿Qué sucede?

— No estoy segura. Es como si... la casa estuviera diferente. Me refiero con respecto a la primera vez que estuve aquí.

— ¿Diferente?

— Como más ligera. Como si se le hubiera quitado un peso de encima. Claro que puede que sea el champán.

— Ven aquí — rio Aidan, quien también había sentido esa ligereza, mientras le sujetaba la nuca para acercar el rostro de Winnie al suyo hasta que sus bocas se fundieron, seguidas de las lenguas. A través del vestido, le acarició el pecho y casi le hizo saltar cuando le frotó los duros pezones con el pulgar. Sonriendo le abrió el vestido y... se quedó helado —. ¿Qué demonios llevas puesto?

— Compréndelo. No estoy acostumbrada a este frío. Además, es de seda.

— Menos mal. En pie — dijo él mientras le desabrochaba por completo el vestido que se deslizó hasta el suelo, dejando a su esposa vestida únicamente con la ropa interior de manga larga.

No era la imagen que se había hecho del momento.

— Todo fuera. Ahora — añadió mientras se desabrochaba la camisa.

— Sí, señor — dijo ella mientras se quitaba primero los pantalones y luego la camiseta —. Por el amor de Dios — rio mientras ponía los ojos en blanco —. No son más que pechos.

— Ahí te equivocas — dijo Aidan mientras ella reía.

Treinta segundos más tarde estaban desnudos sobre la cama.

— ¿Qué te apetece? — preguntó él.

— ¿Cómo demonios quieres que lo sepa? — contestó ella.

— ¿Te apetece probar el menú degustación?

— Desde luego, pero... ¿quién hace la degustación? No es que importe — añadió cuando él empezó a besarla —. Bienvenido al rincón de la felicidad.

— ¿El rincón de la felicidad? — Aidan levantó la cabeza.

— Sí. Y tú, amigo, acabas de ganar un pase vitalicio.

Él rio mientras se alegraba profundamente de haber escuchado esa voz, o lo que fuera, unas semanas antes.

— ¿Te parece bien ya? — Winnie levantó las rodillas y le dedicó una de esas sonrisas suyas, maravillosas y exasperantes, que le habían salvado la vida.

No podía haber mejor momento, pensó Aidan mientras entraba dentro de ella y le susurraba palabras dulces para que se relajara y así no hacerle daño. Y unos minutos después, cuando su nueva esposa suspiró satisfecha, el pasado se esfumó tranquilamente, dejando una profunda sensación de paz y alegría en su lugar.

«Gracias», pensó Winnie con los ojos cerrados y una sonrisa bobalicona en el rostro.

— ¿Mereció la pena esperar? — susurró Aidan.

— Y yo que pensaba que después de montar a caballo no podía andar... — ella rio.

Aidan rio y se echó a un lado mientras le acariciaba la mejilla con una mano temblorosa.

— Lo cierto es que sí que he visto fuegos artificiales. Bueno, puede que fuegos

artificiales no, más bien algo así como... un fogonazo. Como...

— ¿Como la risa de un bebé? — dijo Aidan muy serio.

— Sí — susurró ella antes de contener la respiración —. Dios mío, ¿crees que?

— Robbie estaría loco de contento — rio Aidan.

— Por no hablar de Annabelle — dijo Winnie mientras él reía y volvía a tomarla en sus brazos.

La mano, cálida, fuerte y siempre manchada de pintura de Aidan acarició la barriga de Winnie, cuyos ojos se inundaron de lágrimas.

Porque la copa ya no estaba medio lo que fuera.

Estaba llena a rebosar.

Epílogo

CON un poco de esfuerzo, no sería tan difícil imaginarse a las dos mujeres jugando a las cartas sobre una mesa blanca y brillante. Una cercana a los ochenta años con el cabello rojizo, y la otra de cabellos largos y sedosos, negros y salpicados de canas. En vida, sólo se habían visto una vez. Tras su muerte, habían unido sus fuerzas, la mujer mayor a regañadientes, para echar una mano. Sin embargo, en cuanto terminase la partida, cada una continuará su viaje personal, aprendiendo lo que la eternidad tenga que enseñarles.

—No me imaginaba que fuera tan difícil —dijo la mujer mayor con irritación, como siempre. Las lecciones que se había negado a aprender en vida, aún no le resultaban fáciles de asimilar—. Aunque no sé de qué me sorprende, esa nieta mía es la persona más tozuda del mundo. Igual que su madre.

—Venga ya, Ida —dijo la más joven mientras se deshacía de dos cartas y tomaba otras dos de la baraja. Una vez cumplida la misión, los vestigios de su materialidad desaparecían a ojos vista—. Admítelo, ¿no te sientes mejor?

—Puede —resopló la mayor, todavía aferrada a su cuerpo que no había hecho más que fallarle durante los últimos veinte años—. No fue fácil tener que criar a un bebé a mi edad. Lo hice lo mejor que pude. Sobre todo cuando Winnie llegó a casa... —bajó la voz—, embarazada. De todos modos, si no le hubiera obligado a entregar al niño...

—No habríamos tenido a Robbie —dijo June—. Está bien. Todo salió como debía. Como siempre.

—¿También cuando Bessie Jenkins se quedó con mi Lenox?

—Ida —June sonrió—. Estás muerta. Déjalo estar, por el amor de Dios.

—Todavía no entiendo por qué querías que estuvieran juntos —la mayor gruñó.

—Robbie necesitaba una madre —June levantó la vista mientras se preguntaba cómo podían estar algunas personas tan ciegas ante lo obvio—. Ya que no podía serlo yo, ¿quién mejor que la mujer que le había dado a luz?

—Pero, ¿liarla con tu propio marido?

—Ya he pasado página —June sonrió cálidamente—. ¿Por qué no iba a hacerlo él? Por cierto, la ceremonia fue preciosa. Deberías haber estado allí.

—No fui invitada —gruñó Ida y June se dio cuenta de que la señora se refería a la boda y no a la vigilia del día de difuntos.

—Yo tampoco estuve allí. Llegado a ese momento, ya no necesitaban ayuda externa. Aunque... sabíamos que no había garantías. Podíamos dar empujones...

—Pero no manipular emociones. Lo sé, lo sé —tras una pausa, la mujer mayor añadió—. Supongo que siempre es así.

—No. No puedes hacer que los demás te amen.

—Pues sin embargo es muy fácil hacer que te odien —dijo Ida con cierta amargura.

—Winnie está embarazada —dijo June—. Parece que hasta sus ovarios son

impulsivos.

— ¿Y eso te preocupa? — preguntó Ida tras recuperarse del impacto.

— En absoluto.

— Creía que lo único que querías era que Robbie fuera feliz, nada más.

— Eso jamás podría suceder hasta que el corazón de su padre estuviera curado también — dijo June con ternura mientras pensaba que aún pasaría otro eón hasta que Ida lograra comprender el concepto de hallar la felicidad en la felicidad de otros. Pero, después de cómo se había portado Aidan con ella durante la enfermedad, era lo menos que podía hacer.

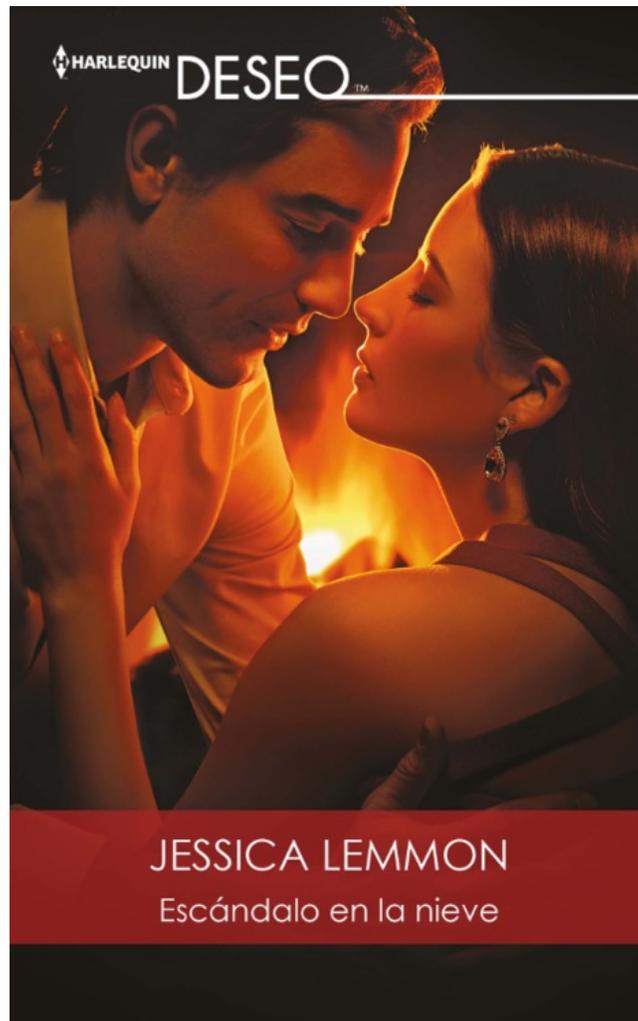
June rio mientras tomaba la última carta.

— ¿Qué tienes?

— Full — rio ella mientras extendía sus cartas frente a la mujer mayor.

La mujer mayor levantó la vista y el ceño fruncido se relajó a medida que la comprensión empezaba a asomar a sus ojos.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com